

FOLLETIN DE LAS NOVEDADES.

MAURICIO,
DE EUGENIO SCRIBE.

TRADUCIDA



POR EUGENIO M. CUENDE.

ILUSTRADA CON 5 GRABADOS.

Madrid.

IMPRESO EN LAS PRENSAS MECANICAS DE VAPOR
DE LAS NOVEDADES Y LA ILUSTRACION, BARCO, 2.

1857.



FOLLETO DE LAS NOVEDADES.

MAURICIO.

DE EUGENIO SCRIBE.

TRADUCCION

POR EUGENIO M. GUENDI.

EN MADRID EN LA LIBRERIA DE

Madrid.

IMPRESO EN LAS TIPOGRAFICAS DE LA VILLA
DE LAS NOVEDADES Y LA DISTRIBUCION, MADRID.

1857.

MAURICIO,

DE EUGENIO SCRIBE.

TRADUCIDA

POR EUGENIO M. CUENDE.

I.

La Saint-Barbe.

Luego que se han salvado las alturas de la calle de Santiago, y se llega á pié hasta la plaza Cambrai (y digo á pié porque los fiacres rara vez suben á esta altura) parase uno de ordinario, aunque no sea mas que para tomar aliento, é inspirado por el ambiente del país latino, aire espeso, científico é impregnado de citas, le dan á uno ganas de exclamar:

Hic tandem stetimus nobis ubi defuit orbis?

Si el transeunte medio asfixiado no pierde el ánimo y se dirige hacia el Este, al sitio en que la plaza Cambrai se va estrechando, y deja á la izquierda la calle de Sept-Voies, calle oscura y enlodada, en donde no han logrado penetrar todavía ni los barrenderos ni el gas; si continúa subiéndolo intrépidamente la calle Charretiére, especie de escalera sin escalones, cortada á pico, despues de algunos minutos de ascen-

sion llegará frente á un viejo pórtico, que nunca he podido ver sin emoción: es la entrada del colegio de Saint-Barbe, establecido constitucional, colocado entre dos gobiernos absolutos: Enrique IV y Luis el Grande (1); limitado al Norte por la calle de Reims y al Mediodía por los edificios Je Montaigne y la calle de Juan Hubert.

—Juan Hubert! este fué el nombre de un buen cura de S. Juan de Letran, que en el mes de mayo de 1430 fundó en Paris, en lo alto de la montaña de Santa Genoveva un colegio á quien puso el nombre y bajo la protección de Santa Bárbara, patrona de su madre; colegio célebre muy pronto, que para sostener su gloria, no se ha contentado como tantas ilustres casas con su antigüedad y sus cuatrocientos años de nobleza. Ha conservado intacta la grande alta reputación de sus estudios y de su clásica disciplina.

Nuestros padres nos han contado su

(1) Los colegios reales de Enrique IV y Luis el Grande.

triumfos universitarios, y sus largas rivalidades con Montaigne, su vecino; guerras ardientes y apasionadas, que los retóricos de entonces comparaban á las de Roma y Cartago. Parece que Montaigne fué Cartago, porque hace mucho tiempo que desapareció, y Saint-Barbe se mantiene en pié aun, mas floreciente que nunca.

En el año 93 cerráronse sus puertas, sus clases quedaron desiertas y sus cátedras mudas y silenciosas; crecieron la ortiga y el cardo en aquella tierra sabia, solo cultivada hasta entonces por las musas, pero estas no estuvieron desterradas largo tiempo; el primer colegio que se abrió en Paris y en Francia fué el de Saint-Barbe, como si la luz debiera venir siempre de allí. Tratabase de levantar esta luz, *oculta entre el cespéd*, como decian nuestros padres, en lo cual habia algun peligro; porque peligro habia entonces en querer enseñar á las gentes. Victor Delauneau tuvo valor para ello, y fué, despues de Juan Hutert, el fundador de Saint-Barbe. Esta antigua casa fué abierta en 1798, bajo el nombre de *Colegio de ciencias y artes*.

Por la misma época se abria el Protaneco y las escuelas centrales reemplazadas despues por los liceos del imperio.

Los numerosos discípulos, salidos de Saint-Barbe, han ido esparciéndose sucesivamente por todas las clases de la sociedad: los hay que brillan en la Cámara y en el Instituto; en la administracion, en la banca, en el comercio, en el ejército y en la marina; hasta halláramos, uno solo es verdad, en la Grande-Chartreuse de Grenoble... Pues bien, á pesar del tiempo, de la ausencia, de las preocupaciones y de las contrariedades de la vida; en medio de los sueños de ambicion, gloria y fortuna, todos ellos son *barbistas* en el corazón.

Y este nombre jamas ha hallado ningun indiferente, ni aun en el mundo, donde todo se olvida.

A todas partes donde la suerte los conduzca, los discípulos del colegio están seguros de encontrar apoyo, y proteccion y consejo, porque en todas las carreras hay barbistas que les tienden la mano y les dicen: ¡valor! Hay mas; entre ellos la bolsa es comun, y todos los años desde las estremidades de la Francia y hasta del Africa, cada uno envia su óbolo á Paris á la caja del Colegio, llamada *caja de socorros*, tesoro que pertenece á todo el mundo, y del cual pueden sacar algo los que tienen derecho para ello. Este derecho es el de ser barbista y desgraciado.

Treinta años hacia que la caja fué fun-

dada, y la gran familia barbista crecia y prosperaba gracias á la union de sus hijos, cuando un terrible desastre amenazó su antigua cuna.

Los viejos muros levantados en 1430 por Juan Hubort, caian arruinados por todas partes; ¡cómo reconstruirlos! ¡cómo pensar en construcciones nuevas y dispendiosas, en un terreno cuya propiedad no tenia! Era preciso ver arruinarse aquellos muros; hundirse aquellos techos, abandonar aquella tierra de recuerdos.

¡Et campos ubi Troya fuit!

Conmoviéronse con semejante noticia los antiguos barbistas; reuniéronse y celebraron consejo: para comprar los terrenos de la antigua Saint-Barbe, y para construir los nuevos edificios, se necesitaban seiscientos mil francos.

—Démoslos, exclamaron: para salvar nuestra cuna, á nadie acudamos mas que á nosotros mismos.

Algunos dias despues los seiscientos mil francos estaban reunidos. Para que un mayor número de camaradas pudiera tomar parte en la ofrenda, se decidió que las acciones fuesen de á quinientos francos cada una.

Así vinieron á ser propietarios únicos de Saint-Barbe los antiguos barbistas. Nombróse director á un antiguo barbista; un barbista para arquitecto, barbistas antiguos para miembros del consejo de administracion, y lo que nunca creyeron estos accionistas improvisados, sus capitales hipotecados sobre vastos terrenos y bellas construcciones produjeron bien pronto rentas seguras y abundantes. Lo que en un principio fué una buena accion, pasó despues á ser un buen negocio, que las inmensas relaciones de la union barbista hace cada dia mas florecientes.

Se comprenderá fácilmente, despues de lo dicho, que el colegio de Saint-Barbe no se parece á ningun otro, y que las relaciones *intra et extra* de él, son íntimas y nunca interrumpidas. Los triunfos obtenidos en el mundo por los antiguos barbistas son propiedad de los nuevos, y el pequeño discípulo de primero ó segundo de latin habla con orgullo de su camarada, el general Cavaignac, vencedor en Africa, ó de su camarada Eynard, que trajo á Paris las banderas y parasol marroquí.

Inútil es decir que todos los antiguos barbistas hacen educar á sus hijos en Saint-Barbe: pero no todos los padres habitan en la capital: muchos de ellos viven en los departamentos, mas sin embargo, sepáranse de sus hijos para enviarlos al establecimien-

to, seguros de que aquí encuentran una nueva familia en sus antiguos camaradas, que tienen un placer y hasta se crean un deber en aceptar el patronato ó la tutela que se les propone.

Un camarada con quien yo habia estudiado todos mis cursos, bravo y excelente muchacho, cuya modestia igualaba á su saber, á su salida del colegio se retiró al pueblo de su nacimiento, pequeña poblacion del Mediodía de Francia. Casóse allí, y allí se deslizó su vida tranquila y apacible, pero honrada y respetada de todos.

Habia seguido la carrera de la magistratura, y cuando, despues de veinte años de trabajos, el mérito y la ancianidad le elevaron al puesto de presidente del tribunal de su pueblo natal, viéronse colmados todos sus votos y satisfechos todos sus deseos. Durante los cien dias, la restauracion y las jornadas de julio, todo cambió excepto él: la ola revolucionaria llegó á estrellarse al pié de su sillón presidencial.

Tres ó cuatro veces quisieron nombrarle diputado, y rehusó: hubiera sido preciso que abandonara para esto sus funciones por tres ó cuatro meses.

En vano los camaradas que tomaban asiento en el Tribunal supremo ó en el de Casacion le escribian que supuesto estaba allí, al lado suyo, cuando recibia sus cartas apresurábase á hacerlas desaparecer; no hablaba de ellas á su familia, no porque no pudiese juzgar sanamente á los hombres y á las cosas, sino porque en cuanto se trataba de él cesaba de ser justo: solo veia á traves de su modestia, que aumentaba el mérito de los demás y amenguaba el suyo propio.

Todos los años nos escribia para enviar su parte á la caja de Saint-Barbe, y algunos versos latinos para la fiesta de nuestra patrona.

Cuando su hijo único tuvo nueve años, le envió á Paris por la diligencia, recomendándole á dos de sus antiguos camaradas: uno de estos era Julio Cl...t., actualmente uno de los mas hábiles y mas afamados cirujanos de Paris, y el otro era yo.

Julio C, salido al mismo tiempo que nosotros de Saint Barbe, habia seguido sus estudios en la escuela de medicina, al mismo tiempo que nosotros hacíamos los nuestros en la de derecho, y habia sostenido una continua correspondencia con nuestro amigo el presidente: no podíamos quererle ni comunicarnos con él mas que por este medio.

Ya conoceréis que el hijo de nuestro

amigo fué acogido con alegría y con placer.

Llevamos á su hijo al colegio y entró á estudiar sétimo.

El jóven Mauricio tenia un rostro encantador, una fisonomia dulce é inteligente y lo que vale mas y es mejor, un corazón bueno y amante. Bien pronto adquirió reputacion de un excelente camarada, y su vida de colegial se resintió de ello, porque en el colegio como en todas partes, el orgullo y las pretensiones no suelen alcanzar buen éxito.

Es allí uno mas feliz por el carácter que por los triunfos que alcanza, y lo que hace que la educacion en comun sea preferible á la educacion particular, es que cada cual, por su propio interés, comprende bien pronto la necesidad de corregir ó de hacer desaparecer los defectos que pueden dañarle; porque se aprende allí desde muy temprano á contar solo con uno mismo, á hacer una posicion y una suerte, á crearse sus relaciones y amigos, á favorecer para que le favorezcan á uno, á ser amable para que le amen. Es ya el mundo, aunque en aprendizaje y en la parte de meritorio.

Mauricio lo habia comprendido, ó mas bien su corazón se lo habia hecho adivinar, y cuando íbamos á verlo, lo que sucedia con frecuencia era para que nos hicieran su elogio.

El primero en el juego y en el estudio, en la traduccion y en la pelota, alegre, indiferente y buen muchacho. Mauricio, en la acepcion de la palabra, era lo que se llama un buen estudiante.

Habia salido perfectamente en todas sus clases; pero al fin de un tercer año, su nombre resonó tres veces en la distribucion de premios del concurso general, entre las aclamaciones de sus camaradas los barbitas, que acogian cada nombre con los gritos de ¡viva Saint-Barbe! En las vacaciones marchó Mauricio llevando sus tres premios y sus tres coronas á su padre que pensó volverse loco de alegría, y lo que es mas aun olvidarse de asistir á la vista de un pleito.

Lejos de enfriarse con estos triunfos, Mauricio redobló su afán y su trabajo: todos los domingos salia del colegio para ir á pasarlos en casa del doctor C... ó en la mia, y nosotros seguimos, con creciente interés, su pasaje de la infancia á la juventud y el desarrollo de sus facultades mas preciosas y de las mas felices disposiciones.

No solo Mauricio se trasformaba en un bello y arrogante jóven con hermosos ojos negros, rostro espresivo y distinguido, sino que tambien germinaban á la par en su co-

razon nobles y generosos sentimientos, que se traslucian en elocuentes y calorosas frases. Su imaginacion viva y exaltada se apasionaba fácilmente y á veces hasta abusaba de ella; pero hasta en sus mismos errores habia tal verdad y los defendia con tal buena fé, que causaba pesar el combatirlos y hasta casi se sentia deseo de engañarse con él.

Alma tan franca y expansiva, sensibilidad tan profunda y arraigada, debia sufrir bien pronto una terrible prueba. Mauricio, que todos los años habia obtenido premios y coronas, acababa de terminar la filosofia con un éxito brillante: salia del colegio: el mundo se abria ante él. Lanzábase impaciente por gozar de la felicidad y de los placeres que creia encontrar en él. Una desgracia terrible le esperaba: la pérdida de su padre. El digno magistrado acababa de morir á los cincuenta años. Las lágrimas y los recuerdos de sus conciudadanos, los elogios que rodearon su tumba, no pudieron consolar ni á sus amigos ni á su hijo de una pérdida tan cruel como imprevista.

Durante tres años, Mauricio permaneció agobiado bajo el peso de la desgracia que le acababa de herir. Érale imposible entregarse á los placeres de su edad; el único que tuvo... era la sociedad de sus antiguos camaradas y de los amigos de su padre, para hablar con ellos de él, tan amado y tan poco conocido.

Me visitaba con frecuencia, y nunca he visto mejor jóven. Habia en el candor de su mirada y en la dulzura de su talento un encanto irresistible.

Su dolor habia aprovechado á sus estudios: no saliendo casi nunca y trabajando siempre, Mauricio habia llegado á ser uno de los jóvenes mas instruidos de su edad. Su padre, que le habia dejado una honrosa y modesta fortuna, cuatro mil libras de renta, habia deseado siempre que fuera abogado.

Este deseo era una orden, y Mauricio sacó la rota de sobresaliente en todos los cursos de leyes.

Iba á recibirse de doctor: habia terminado los ejercicios, y todo nos indicaba al doctor C. y á mí, que nuestro amigo y nuestro pupilo seria uno de los discipulos mas ilustres que habian salido de Saint-Barbe, llegando á ser tambien una de las notabilidades del foro. Y como en nuestros dias la toga de abogado es casi la corona de Francia, nos representábamos ya en perspectiva á Mauricio, diputado y ministro, seguros de que cualquiera que fuese el

puesto que ocupase, defenderia dignamente los intereses y la gloria de su país.

Habia abandonado el cuartel latino, y para acercarse á sus tutores, á quienes miraba como su sola familia, habia alquilado en el centro de la Chaussée d'Antin, no lejos de la fuente de Saint-Georges, una bonita y confortable habitacion; un cuarto segundo compuesto de tres piezas amuebladas con elegancia y sencillez, y además un sexto piso, una especie de belvedere con magnificas luces.

Aquí, para descansar de trabajos serios, Mauricio subia de cuando en cuando á dibujar y pintar; porque Mauricio en pintura y en música era un aficionado de primer orden: en Saint-Barbe no se descuidaba ni aun los talentos puramente de adorno.

En los primeros dias de su instalacion vino á vernos con frecuencia; luego un poco menos, y luego pasaron octubre y noviembre sin tener visita alguna suya.

Enviarnos á menudo á saber noticias suyas: estaba bueno, pero siempre habia salido.

La idea que se nos ocurrió fué que estaria ocupado en preparar su debate en el foro, pues por recomendacion de Julio C... se le habia proporcionado una causa de bastante interés.

Esperamos saber por él mismo, el dia menos pensado, el nuevo triunfo que acababa de alcanzar, y además no debiamos tardar en verlo, porque estábamos á fines de noviembre, y el 4 de diciembre se acercaba.

¿Me preguntareis qué era el 4 de diciembre?

Es Santa Bárbara.

Cuantos antiguos barbistas se encuentran en este dia en Paris, tienen costumbre de reunirse en un banquete consagrado á la amistad y á los recuerdos del colegio.

Figuráos en casa de Lemardaloy, una sala inmensa, donde hay un sinnúmero de mesas que forman una sola imagen embellecida de los refectorios del colegio.

Llegan sucesivamente doscientos ó trescientos convidados, unos á pié como otras veces, otros en suntuosos equipajes, pero de distinciones, de rango y de fortuna, se quedan en el dintel de la puerta.

En cuanto se ha puesto el pié en la sala del banquete, en la alegría y franqueza que brillan en todos los rostros se aperece que no hay allí mas que camaradas y hermanos; el mundo queda lejos; vuelve el colegio, y comienza de nuevo la igualdad.

Cada cual busca entre todos á los que eran de su clase y de su tiempo. Con frecuencia un camarada, ausente há muchos años,

le cuesta trabajo el conocer y ser reconocido. Adivinanse mas bien, y la memoria del corazón viene en ayuda de la de los ojos.

—¿Qué cuesta?

Y se dan la mano y se sientan unos al lado de otros y empiezan las conversaciones.

—¿Te acuerdas?

Esta es la frase que todos dicen.

—¿Y tú?

—Sí.

—¿Ah! qué buen tiempo era aquel!

—¿Eres feliz?

—En este momento por lo menos lo soy.

Y la campanilla del presidente interrumpe todos aquellos recuerdos que se cruzan y se confunden. Después de su amistosa y espiritual alocución, comienzan de nuevo los brindis.

—¿Al fundador de Saint-Barbe!

—¿A la amistad y á los recuerdos del colegio!

—¿Por los que la desgracia ó la ausencia impide que se encuentren en este sitio!

—¿Por los triunfos de nuestros jóvenes camaradas!

Todos estos brindis, regados con vino de Champaña, son seguidos de largas aclamaciones; el último, sobre todo, porque una diputación, de la joven Saint-Barbe, está frente á frente del presidente.

Todos los que han sido primeros en sus clases, son convidados á esta fiesta de familia, y no pueden verse sin cierta emoción aquellos rostros infantiles, frescos y risueños, de aspecto curioso y admirado, adornados de abundantes y rizosos cabellos, en medio de los blanquecinos cabellos y de las tostadas ó arrugadas frentes que los rodean.

Es el presente y el porvenir; son todas las generaciones como todas las opiniones que se confunden y brindan juntas.

Llegan los postres y todo acaba como siempre con algunas canciones. Por fin suena la hora de retirarse; dánse un apretón de manos y se separan. Vanse á recobrar, uno sus opiniones, otro su fortuna, este sus penas; y se espera un año mas, la próxima Santa Bárbara, para rejuvenecerse de nuevo.

Había llegado al propio tiempo que Julio C..., y entre los dos habíamos conservado un sitio para nuestro amigo Mauricio, que se había retrasado un poco. Nos pareció que estaba mas delgado, y aun algo mudado de como siempre le habíamos visto; pero lo que mas nos llamó la atención fué que él, de ordinario alegre, expansivo, estaba triste y cabiloso.

Ni la vista de sus antiguos camaradas,

ni el alegre espectáculo que le rodeaba, ni los estallidos de aquella turbulenta alegría podían disipar su tristeza. Esforzabase algunas veces por animarse y aturdirse, pero esta risa contrainda espiraba pronto en sus labios, y volvía de nuevo á su preocupación y á su ensimismamiento.

Preguntámosle en vano.—Nada tenía. Estaba bien. Era feliz. Y al hablar así pintábase en su rostro un sombrío pesar.

—Es nervioso, me dijo el doctor al salir: es cansancio del cerebro: trabaja demasiado: mañana iré á verlo.

En efecto, la primera visita fué aquella, pero Mauricio había salido muy temprano á caballo, al bosque de Bonlogne.

El doctor volvió á medio día. Tenía un almuerzo de jóvenes en Tortoni.

Fué ya cerca de anochecer.—Estaba en los Italianos.

Una enfermedad que se anunciaba con semejantes síntomas, inquietó mucho al doctor: dudó durante una semana entera en hablarme de ello: pero el mal se agravaba, y le ví llegar una mañana conmovido y agitado, el, que nunca se turbaba.

—Esto va mal, me dijo.

—¿Qué?

—Que Mauricio está en peligro.

—¿Le has visto?

—Sí, en mi casa, esta mañana, porque en la suya era imposible encontrarle... Ha venido á decirme que renunciaba al importante negocio que le habían confiado por recomendación mia, y con el cual debía debutar en el foro. Desconfía, dice, de sus fuerzas y de su talento.

—Esa es modestia.

—No has caído en lo que es, veo.

—¿Cómo que no he caído?

—No; ese joven pierde su carrera, y quiera Dios que no pierda algo mas.

—¿Por qué?

—Porque está lanzado, y sabe Dios á dónde irá á parar.

—No es posible: es tan prudente siempre.

—Razon mas para que la explosión sea terrible. El equilibrio tiende siempre á restablecerse y temo que no se vuelva tan extravagante como razonable ha sido.

Tan asustado como el doctor corrí á informarme; lo que el doctor decía era cierto. El modesto y tímido Mauricio frecuentaba el gran mundo, la juventud dorada, los héroes de la moda. Había tomado su tono y sus maneras, sus cigarros y sobre todo sus locos gastos.

Tenía dos caballos y un groom. Y además jugaba en el club, el wisth, á cincuen-

ta francos la ficha, perdiendo por lo comun en la noche un billete de mil francos.

Pero esto no era nada: amigo de un banquero, jugaba segun los consejos de este y segun su ejemplo a la Bolsa, cuya ficha es aun mucho mas cara. Temblaba por las cuatro mil libras de renta de su padre, y me preguntaba al ver semejante metamorfosis tan pronta y tan inverosimil:

—¿Cómo asi en plomo vil se cambió el oro?

Me quería persuadir que le calumniaba, que cuanto habian dicho era falso, que se engañaba. Tuve cuidado de averiguar por mi mismo la verdad.

Una mañana le vi llegar triste y sombrío como el dia de Santa Barbara: tenia que pedirme un favor. Le contesté que nada podia negar al hijo de un antiguo amigo, y de paso le hablé de su padre, cuya conducta habia sido siempre tan pura y tan intachable.

Algunas lágrimas se desprendieron de sus ojos.

Le hablé entonces de él y de las locuras que se le atribuian: no las negó.

—¿Os habeis, pues, vuelto jugador y avaro?

—No.

—¿Esos placeres os divierten?

—Me fastidian horriblemente.

—¿La nueva sociedad que frecuentais, os parece seductora?

—La encuentro insípida.

—¿Para qué continuais entonces esa vida que os arruina y os desagrada?

—Lo hago á pesar mio, pero es preciso.

—¡Oh! ¡volved á vuestros antiguos amigos, á vuestra carrera, á vuestro estudio!

—¡Oh! bien quisiera, pero no puedo. En este mismo momento vengo á pedir os un favor, que no podeis figuraros lo que me cuesta el decirlo.

—¿Temeis, pues, que os lo niegue?

—Lo temo, y sin embargo, toda mi felicidad depende de él.

—¿Cual es ese favor?

—Temo...

—Vainos, explicaos.

—¡Ah! me dijo ruborizándose y bajando los ojos; esa es la dificultad.

—Sin embargo, yo no puedo adivinarlo.

—Es verdad.

—Pues entonces...

—Teneis razon, replicó haciendo un esfuerzo y como si sufriera evidentemente con lo que iba á decirme.

—Hablad.

—Pues bien, ¿no van á representar una gran ópera vuestra?

—Sí... ¿y qué?

—En esa ópera no hay bailables... uno en particular...

—Sin duda...

—Podriais obtener que uno de los pasos de ese bailable...

—¿Qué?...

—Fuese bailado por...

—¿Por quién?

Quiso continuar, pero le fué imposible: se detuvo y me alargó un papel enrollado que sacó del bolsillo, diciéndome:

—Tomad, su nombre está ahí.

Desarrollé el papel y leí: la señorita Fedora, tercera bailarina.

—¡Ah! le dije friamente; ya comprendo.

—No, caballero, no comprendeis.

—Esta es la causa de todas vuestras locuras.

—No señor.

—Amáis... adorais á esta mujer...

—No señor.

—Estos amores son caros, y si á vuestra edad comenzais á comprarlos...

—No, caballero, no he descendido aun tan abajo.

—Vamos, confianza; decídmelo todo: ¿dónde la habeis conocido?

—No la conozco.

—¿Dónde la habeis visto?

—No la he visto nunca.

—¿Mauricio, quereis engañarme?

Levantó la cabeza con orgullo y vi brillar en sus ojos las chispas de aquel fuego que antes habia en ellos.

—Amigo mio, me dijo, un dia podreis echarme en cara mis extravagancias, mi ruina y mi desgracia; pero nunca una mentira.

—Sin embargo...

—Nunca he conocido á esa persona: su suerte me es de todo punto indiferente.

—¿Pues entonces, qué especie de interés es el que os tomais por ella en este momento?

—No puedo decíroslo.

—¿Que no podeis?

—Lo único que puedo decíros es, que la poca felicidad que espero en la tierra, depende del favor que os pido; no puedo obligaros á que me le concedais; pero acaso algun dia tendreis remordimiento por haberme negado.

Pronunció estas últimas palabras con una desesperacion tan tranquila, y sin embargo tan profunda y verdadera, que me conmovió. Le miré atentamente, y en aquel momento hublera deseado tener el golpe de

vista tan perspicaz y tan seguro de mi amigo C..., pero nada vi ni nada adiviné. Mauricio había vuelto á caer en su ensimismamiento. En pié, apoyado en la chimenea, parecía estar en otro mundo lejos de mí.

—Haré lo que me pedís, le dije.

Se estremeció.

—Pero á condicion, añadió, de que me direis toda la verdad.

Me miró dolorosamente y me contestó:

—Con semejante condicion no puedo aceptar.

—Pues bien sea; pero no acuseis á nadie si os sucede alguna desgracia.

Me apretó la mano en un trasporte de alegría, y se marchó. Por la tarde hablé al director del baile, Mr. Coraly, que no se contenta con tener talento sino que es un hombre tan amable como instruido.

Me prometió colocar á la señorita Fedora en un paso á cinco, y presentarla de modo que fuese ventajoso para ella y para el público, es decir, muy poca.

Al día siguiente recibí la visita de la señorita Fedora, que venia en *gran toilette* para darme gracias por la proteccion interesada que concedia á los artistas.

Mauricio entró en este momento, y viéndome con gente, cogió un periódico y fué á sentarse en un rincon del gabinete. Ni la menor emocion, ni la menor alteracion se notó en sus facciones, y cuando pronuncié el nombre de Fedora para presentarsela, la contempló con sorpresa y con curiosidad, al propio tiempo que la joven bailarina, dejando caer una mirada de proteccion y de interés sobre aquel bello joven que tenia el aire tan triste, parecia preguntarme quién era.

Mauricio me habia dicho la verdad: no se conocian. Venia á darme las gracias y parecia estar mas tranquilo que la vispera. Durante un mes ó dos continuó del mismo modo, y supe que habia renunciado á sus caballos y á su groom; me aseguró tambien que no iba al club.

Le creia salvado ya, cuando un dia el doctor entró en mi casa bruscamente esclamando:

—¡Esta es otra! el muchacho quiere suicidarse.

—¡Cómo suicidarse! le dije con espanto. ¿Qué te hace pensar eso?

—¡Pardiez! ¡esta carta!

—¡Esa carta!

—Dirigida á nosotros dos, y que no debian traernos hasta mañana. Felizmente he pasado hoy por casa de Mauricio, y su portero se ha apresurado á dármela, con objeto de no tener que hacer el recado.

La carta contenia en efecto un adios, concebido en términos tales, que eran mas que suficientes para justificar los temores del doctor.

Corrimos á casa de Mauricio; habia salido y le esperamos. Su asombro fué grande al vernos. Nos apretó las manos con efusion, pero sin exhalar ni una queja. Nada hay tan peligroso como los dolores concentrados y taciturnos. Mientras son comunicativos, el mal no existe mas que á medias, y se alivian por sí mismos, al par que se van confiando; pero qué argumentos emplean contra una desesperacion que nada dice y que ha tomado ya su partido?

Todo cuanto contestó á nuestras quejas fué que habia perdido su fortuna, su porvenir y su valor, persiguiendo una felicidad que no habia podido alcanzar, y de la cual su mismo honor le prohibia hablar. A nadie acusaba mas que á sí mismo, considerándose ya como un sér inútil en la tierra. Apenas habia llegado y ya se le hacia tarde para marchar de ella; pero no habia querido hacerlo sin dirigir un adios á sus solos amigos.

Habíamosle de enemistad, de que se mostraba tan poco digno, y de los derechos que nos habia transmitido su padre.

A esta palabra, siempre poderosa sobre él, se echó á llorar, y el doctor me miró con ese aire de triunfo que significa: el enfermo se ha salvado.

—No queremos conocer vuestro secreto, le dijimos; pero exigimos de vos la promesa de renunciar á vuestro proyecto.

—Bien quisiera acceder, pero no puedo responder de nada; soy muy desgraciado.

—¿Cuándo principió esa desgracia que os agobia? ¿en qué época?

—No sé; pocos meses antes de nuestra última reunion en Santa Barbara.

—¿Y pensais que un pesar de algunos meses debe durar siempre; que la Providencia que ha hecho tan fugitivas y pasajeras nuestras alegrías, quiera hacer eternos nuestros dolores?

—Eso es imposible, esclamó el doctor, cuyo sistema halagaba con mis palabras: el golpe destruye el equilibrio.

—Pues bien, continué, os pedimos solo un año de plazo; un año, y nada mas.

—¿Qué quereis decir? preguntó Mauricio admirado.

—Prometednos, que por un año al menos renunciareis al insensato proyecto que me dictais. Mauricio calló.

—No podeis rehusar ese plazo á vuestros amigos.

—Mas aun á los amigos de vuestro padre.

El joven nos miró conmovido y nos dijo:

—Os lo prometo.

—Así que en la próxima Santa Bárbara vendreis á sentaros al lado nuestro, en medio de vuestros camaradas de la infancia.

—Lo prometo tambien.

—Y si vuestra suerte no ha cambiado, si de aquí á allá nada ha encontrado que os haga amar la vida, os devolveremos vuestra promesa.

—Acepto, exclamó Mauricio; seré fiel y exacto á la cita; pero de aquí á entonces me será imposible permanecer en Paris.

—¿Marchais, pues?

—Sí; adios, amigos míos, adios.

—Hasta el 4 de diciembre, le grité.

—Hasta el 4 de diciembre.

Y nos separamos.

Mauricio dejó efectivamente á Paris, porque no volvimos á verle: mas fiel á su dolor que á sus amigos, no nos escribió. ¿Qué habia sido de él? ¿A dónde habia ido? Largo tiempo estuvimos sin saberlo.

Por fin tuvimos noticias suyas; pero no por él: estaba recorriendo la Grecia y la Siria.

El tiempo avanzaba; el tiempo marchaba lo mismo para los ociosos que para los trabajadores, para los felices como para los que no lo son: solo que marcha un poco mas rápidamente para los unos que para los otros, hasta que al fin todos llegan al mismo objeto, hasta los que nunca lo han tenido.

Habian pasado la primavera y el estio. El otoño traía de nuevo á Paris la poblacion elegante de los castillos y del veraneo; estábamos á fines de noviembre; no habiamos tenido noticias de nuestro desterrado; sin embargo el 4 de diciembre se acercaba.

¿Mauricio habia olvidado su promesa, ó mas bien no podia ya cumplirla?

Todo me hacia creer que el desgraciado joven no habia tenido valor para esperar y habia cedido á su desesperacion.

En medio de esta perplejidad y de estos temores llegó el 4 de diciembre. Por primera vez en mi vida fui á esta fiesta dominado por un penoso sentimiento y con un inesplicable pesar de corazón. En medio de todas aquellas alegres y animadas fisonomías, buscaba un rostro triste y pálido que no veía.

Atravesé en todos sentidos el inmenso salon del banquete: Mauricio no estaba. Ni aun el doctor habia ido y á nadie podia dar parte de mi angustia.

Ya comenzaban á resonar las animadas conversaciones, los gritos de alegría y el chocar de los vasos. El presidente habia

reclamado el silencio y con voz lenta y solemne acababa de pronunciar el brindis acostumbrado.

«Por aquellos de nuestros compañeros á quienes la ausencia ó la desgracia impida presentarse aquí.»

Todo el mundo se levantó y repitió este brindis con entusiasmo: únicamente yo no tuve fuerzas para ello... y murmuré en voz baja: *¡Por el pobre Mauricio!*

En esto vi aparecer al doctor que entraba precipitadamente con la priesa propia del que llega tarde.

Vióme á la primer mirada, así como tambien el asiento que habia conservado vacío á mi lado, y corrió á ocuparlo.

—¿Y bien? le dije mientras desdoblaba su servilleta.

—¿Qué? me preguntó.

—Mauricio no ha venido.

—Lo sé; vengo de verlo.

—¿Segun eso ha llegado?

—Hace tres dias.

—¿Y cómo no ha venido aquí?

—Porque no podia.

—¿Que no podia venir?

—No.

—¿Qué se lo impedia?

—Está herido.

—¿Segun eso ha atentado...

El doctor hizo una señal negativa con la cabeza.

—¿Acaso un duelo?... añadió.

Nada de eso: es una pierna rota. ¡Oh! no tengais cuidado; las piernas rotas me pertenecen... eso es mi parte... mi especialidad. Cada uno la suya... y por cierto que no te ha de llamar esto mas la atencion que lo que te la pudiera llamar el tener que mudar una escena ó reformar un acto.

—Pero, ¿cómo ha sucedido ese accidente?

—No lo sé.

—¿Nada sabes!

—Es que Mauricio, fiel á su sistema de callar, nada me ha dicho.

—¿Segun eso continúa siendo desgraciado?

—Al contrario: está alegre, decidior, habla, rie, canta, y hasta bailaria si yo se lo permitiera: en fin, es un cambio completo, y no hay hombre en el mundo tan feliz como él desde que se ha roto la pierna.

—¿Te chanceas!

—Palabra: creo que esto le ha curado.

—¿De veras?

—Ést tal vez un nuevo descubrimiento, un remedio contra el spleen: pensaré sobre ello.

Y todo el resto de la comida, el doctor

estuvo de un humor magnífico, como lo estaba siempre que acababa de salvar á uno de sus enfermos. Con esto casi se puede decir que pasaba su vida siendo amable.

Al día siguiente corrió con él á casa de Mauricio; pero en vez de pararnos en el segundo piso, subí tras él hasta el sexto: allí vivía nuestro amigo: de su anterior habitación solo había conservado aquella especie de buhardilla, abrasadora en verano, fría como una nevera en invierno. Aquella sola pieza servía á Mauricio de dormitorio, comedor y despacho: pero su resplandeciente rostro, y su ardiente fisonomía, parecían reflejarse en el pobre mobiliario que le rodeaba, como con un rayo de felicidad.

El doctor no me había engañado; nunca había visto á Mauricio más satisfecho ni más contento. Le hablé de su herida; pero ni pensaba en ella, ni sufría.

—Amigos míos, mis queridos amigos, nos dijo apretándonos afectuosamente la mano: fui muy culpable y tuvisteis razón: nunca se debe desesperar de nada, mientras haya tiempo delante de uno, y yo, gracias al cielo, lo tengo aun para reparar mis faltas.

El porvenir me pertenece, y con él espiaré el pasado.

Los bienes que me dejó mi padre han quedado reducidos á unos mil francos de renta. ¿Mas qué importa? He tomado, ya lo veis, un cuarto que me cuesta cincuenta escudos, y todo mi presupuesto está de antemano calculado con la mayor economía. Con valor me pasaré sin lo que me falta: con el trabajo ganaré lo que he perdido. El trabajo no me asusta porque soy feliz, y la felicidad todo lo allana.

—¡Feliz! exclamé; ¿y cómo es eso?

—¡Oh! la prueba de ello es, me contestó Mauricio ruborizándose, que me volveis á ver, que me amais todavía, y que espero reconquistar vuestra estimación.

Cumplió su palabra. No era ya el mismo nombre: no se desvió en nada del camino que se había trazado. Apenas estuvo curado, se entregó al trabajo con pasión, con frenesí.

Dedicado completamente á su profesión de abogado, parecía que solo había venido al mundo para compulsar causas, desenredar pleitos y hablar de procedimientos. Su primera causa fué un negocio difícilísimo é interesante, que había llamado la atención pública. Debatió brillantemente, y escuso decirnos que todos los barbistas de su tiempo estaban aquel día en el palacio de Justicia.

Nos vió entre la gente al doctor y á mí, y vino hácia nosotros.

—¿He cumplido mi palabra, nos dijo?

—¡Oh! si tu padre estuviera aquí, estarías no tan solo contento sino orgulloso de ti.

—¡Ah! exclamó alzando los ojos al cielo, nada podiais decirme que me hiciese más feliz.

Este solo era el primer paso. Mauricio continuó con perseverancia su difícil y honrosa carrera que había abrazado: pobre todavía, pero estimado de los jueces y querido de sus compañeros, veía poco á poco formarse su clientela, sin que me hubiera dado cuenta de los acontecimientos, de que había sido juguete, y sin explicarme lo que así le había hecho caer y levantarse.

Ya se creía en el puerto, al abrigo de las tormentas y salvado para siempre cuando una noche en que me retiré muy tarde á casa, me encontré con el siguiente billete:

«Amigo mio, os necesito; pues nunca vuestra ayuda me fué más precisa... venid. Esta vez os lo diré todo... Os espero mañana por la mañana temprano, donde dicen las adjuntas señas...»

Y las señas que mandaba no eran las de su casa.

Fuí despertado por el doctor, que recibió la vispera por la noche otra carta en un todo igual á la mia, y aunque en diciembre, en que amanece tarde, gustaba levantarse tarde también, bastante temprano estábamos ya en la casa, cuyas señas se nos indicaban.

Era un grande y magnífico palacio; uno de los mejores del arrabal de San Jorge, pero la elegancia y la comodidad brillaban más en él aun que la riqueza.

Semejante vista hizo fruncir las cejas al doctor.

¿Qué tenemos que hacer aquí? me preguntó con aire de desconfianza.

Un criado nos introdujo en un pequeño salón, donde Mauricio nos esperaba. Estaba vestido de negro, y era tal su emoción, que su mano temblaba al estrechar las nuestras: apenas podía hablar.

—¿Qué hay todavía? le pregunté asustado.

—Lo que hay, amigos míos, vais á saberlo; pues justo es que antes de explicaros el nuevo favor que voy á pedir, os diga, os confiese lo.

Y comenzó entonces el siguiente relato, el cual, os lo digo en confianza, me interesó vivamente: y si en voz alta no me atrevo á decirlo, es por temor ¡oh lectores! de que esta confesión no produzca en vosotros un efecto contrario. Pero en ese caso, la falta será del historiador y no de la historia, que

de memoria voy á referiros y en toda su sencillez.

II.

Las buhardillas.

Al salir del colegio Mauricio, habia ido á habitar cerca de nosotros, en la habitacion de que ya he hablado. Piso segundo, que tenia por su canal un belvedere en resto; sucursal que habia sido mas tarde el piso principal de su habitacion. Pero entonces solo subia allí de cuando en cuando para pintar, atendido á que la luz allí era mejor y mas clara que en el piso segundo. Una vez allí, Mauricio permanecia horas enteras, en lo que él llamaba orgullosamente su taller.

Mauricio gustaba de la pintura, y hubiera brillado sin disputa en ella á no ser por las Pandectas y el derecho romano, que hacian á las bellas artes una notable concurrencia; pero concedia á aquellas al menos cuantos momentos tenia libres; y eran para él, que nada amaba todavia, el mas dulce pasatiempo y el mas agradable de sus recursos.

Un dia, despues de haber consumido casi toda la mañana en una cuestion de derecho, de las mas arduas, Mauricio se sintió con la cabeza pesada y fatigosa; tenia necesidad de descanso y el sol era magnifico. El jóven Cujas, vuelto Rafael, subió rápidamente á su taller: habia ya llegado al quinto piso, y se preparaba á subir el sexto cuando notó que subia alguien delante de él.

Era una persona vestida de blanco, y Mauricio descubrió en ella, al primer golpe de vista, el rostro mas distinguido y mas encantador...

Una jóven de graciosa sonrisa, de ojos azules, de talle airoso y gentil presencia, y en atencion á la elevada region en que entonces se hallaba, se la hubiera podido tomar, tanto por un ángel, como por una simple mortal.

Mauricio, que hasta entonces se habia cuidado muy poco de sus vecinos, pensó por primera vez que el quinto y sexto piso podrian estar habitados.

El ruido de una puerta que se cerraba confirmó sus conjeturas: la aparicion que acababa de encantarle no tenia, gracias al cielo, nada de ilusion, y era positivamente real y terrestre. Era sin duda una vecina de formas graciosas y elegantes: ¿por qué la gracia y la elegancia no habian de habitar en un quinto piso?

Tal vez era una artista, una pintora co-

mo él; Mauricio pasó todo el dia con el oido pegado á la puerta de su taller para oir bajar á su encantadora sílfide: pero ó no volvió á salir, ó bajó tan ligeramente que no se oyó el ruido de sus pasos.

Este dia y el siguiente fué imposible á Mauricio ocuparse del derecho romano; no podia leer; turbábasele la vista, y parecia-le que el dia estaba muy oscuro... Imposible era ya trabajar en el segundo piso, y sucesivamente Digesto, Código y Pandectas, con todos los demas libros y papeles, tomaron el camino del sexto piso.

El portero se sobresaltó un poco al encontrarse cada dia en la escalera con aquella mudanza parcial: pero como nada salia de la casa, se tranquilizó y se admiró solamente del capricho de su jóven locatario, que pasaba todo el dia en una buhardilla del sexto piso, con la puerta entornada á riesgo de atrapar un constipado.

Entretanto nadie parecia: Mauricio maldecía las costumbres domésticas y sedentarias de su vecina, que semejante sin duda á la Lucrecia de Mr. Ponsard,

Siempre estaba en su casa hilando lana.

A fuerza de ocuparse de un mismo objeto siempre, la imaginacion del pobre jóven, hasta entonces ociosa y dormida, se despertó ardiente y activa. Cada dia, cada noche, concebía un nuevo sueño, veía allí ante sus ojos aquella belleza que apenas habia divisado; aquella desconocida, ya demasiado seductora, y á quien él adornaba con mil nuevas cualidades.

No hubiera querido decir que ya, sin confesárselo á si mismo, Mauricio estuviera enamorado, pero enamorado de una sombra, de una quimera que él mismo se habia creado, cuando un incidente, sencillito por demas, vino á dar cuerpo á sus pensamientos, y realidad á sus sueños.

Mauricio oyó un dia subir con paso tardío y pesado la escalera que pasaba por delante de su buhardilla. El sonido metálico del paso, atestiguaba unos zapatos herrados, y á Mauricio, ni aun se le ocurrió la idea de mirar á través de su puerta entornada. No podia ser su desconocida. Oyó, pues, sin prestar atencion á ella, la siguiente escena, que pasaba delante de su cuarto en los peldaños de la escalera.

—Pues bien, sí, soy yo, Antonio el aguador; déjame paso.

Estas palabras, pronunciadas por una voz ronca por las nieblas del Sego, estaba además considerablemente avinada. Pero si hay un oficio á quien le está permitido el

vino de cuando en cuando, naturalmente es el de aguador, y Antonio llevaba hasta la exajeracion el gusto de los contrastes.

Mauricio abrió rápidamente su puerta; una mujer toda turbada se precipitó por ella en su cuarto, único asilo que se le o fre



—Déjame pasar te digo... pero ya comprendes, niña... que es preciso pagar el pasaje... Dadme un abrazo...

—¡Socorro! exclamó una voz dulce y temblorosa.

cia, pues la escalera estaba obstruida por el aguador.

Antes de que esta hubiese vuelto de su admiracion la puerta estaba cerrada, y Mauricio, al volverse de echar el cerrojo,

vió á una pobre jóven que acababa de caer desmayada en una silla...

Era su desconocida, y por la segunda vez que la encontraba hallábase encerrado con ella en un sexto piso y en una habitacion de hombre solo.

Hubiera dado á mis lectores una idea muy imperfecta del carácter de Mauricio si no comprendiesen que el primer sentimiento que experimentó fué un extremo temor y en seguida un terrible embarazo.

Podia contemplar á su placer aquellas encantadoras facciones y aquella fisonomia tan suave, mas para y bella aun que la que se la habia inspirado. De alguna mas edad que la que la habia concedido en un principio; debia tener de diez y ocho á veinte años.

Su tocado se componia de un traje blanco, un sombrero de paja y un schal azul; era la misma sencillez, pero en aquella sencillez habia la mas refinada elegancia.

Mauricio nada vió de todo esto; pensaba solo en los medios de sacarla de aquel desmayo que le asustaba, y cuando vió los colores volver al rostro, reanimarse sus labios y mejillas, y entreabrirse sus ojos, atolondrado, fuera de sí, por un movimiento que no fué dueño de contener, se arrojó, y avergonzado de lo que habia hecho, volvió á levantarse.

¿Le habia visto la jóven? Esto es lo que yo no puedo decir, pero al ver á aquel jóven que se mantenía respetuosamente á algunos pasos de ella, con los ojos bajos, se sintió de pronto tranquilizada.

—Nada teneis que temer, señorita, la dijo Mauricio, que venia de escuchar á la puerta; el que os amedrentaba ha bajado ya la escalera.

La desconocida se levantó —Mauricio comprendió entonces su torpeza, y quiso vanamente repararla, añadiendo:

—Tal vez será prudente que esperéis aun algunos momentos.

La desconocida continuó caminando hacia la puerta.

—Somos vecinos, creo, continuó Mauricio.

La jóven se sonrió ligeramente.

—¿No es vuestro padre el señor Tricot, ese sastre que vive encima?

La desconocida, que se preparaba para salir, y que habia ya colocado la mano en la cerradura, hizo un movimiento, que Mauricio tomó por una afirmacion. Cobra valor con esto y balbuceando añadió:

—Si me permitis, á titulo de vecino... me presentaré en casa de vuestro padre, para

hablarle de lo que ha ocurrido, y pedirle noticias vuestras...

La jóven se ruborizó: quiso hablar, pero una idea desconocida la contuvo: se contentó con inclinar la cabeza en señal de asentimiento, y quiso salir de nuevo.

Mauricio, en el colmo de la alegría, cogió la llave, que ella no podia hacer correr en la cerradura, y en aquel movimiento, tocó sin quererlo una mano deliciosa y admirablemente bien calzada.

A su vez le tocó ruborizarse, murmurando excusas que nose oyeron, porque la puerta acababa de abrirse, y haciendo á su protector un gracioso saludo con la cabeza y la mano á la par, la jóven bajó rápidamente la escalera, y algunos momentos despues habia desaparecido.

Mauricio quedó inmóvil en su sitio, encantado de su aventura, pero descontento de sí, porque desde que la desconocida no estaba allí, se le ocurrían mil cosas que decirle, mil delicados y esotrituales cumplimientos que dirigirla, que se le ocurrían en tropel, y de los cuales ni una palabra se le habia venido antes á la imaginacion.

De seguro que hubiera debido sacar mejor partido de su encuentro tan feliz y tan romántico, pero se consolaba pensando que habia obtenido el permiso de verla. No se atrevio el mismo dia, aunque tenia vivos deseos, á subir á casa del Sr. Tricot, su vecino: pero al siguiente, antes de medio dia, llamó á la puerta de aquel.

Los medios de introducirse eran fáciles; tenia que hacerse un traje, un traje de moda, y habiendo oido hablar de la buena tijera de su vecino, venia á encargárselo.

El Sr. Tricot era un hombre honrado, sastre laborioso y regularmente establecido, que vestia á los tenderos y obreros; es decir, los pisos bajos y buhardillas, pero que no estaba acostumbrado á los primeros y segundos pisos. Atrájole, pues, infinitamente el nuevo parroquiano que le llegaba, sin comprender absolutamente nada de la súbita estension que acababa de cobrar su fama.

Mientras que tomaba medida á su cliente, este miraba á su alrededor con curiosidad. La habitacion estaba limpia, pero todo en ella era bastante comun y ordinario, principiando por la Sra. Tricot, gruesa alsaciana, que vista su habilidad para el cosido, ahorraba á su marido un segundo oficial.

El primero era un tal Mateo, jóven guapo y frescote á quien no se podia negar la incontestable ventaja de una salud brillante: esta era su principal cualidad. Pero te-

¡Además otras. No dejando jamás el establecimiento, y manejando vigorosamente la aguja, permanecía todo el día con las piernas cruzadas sin cambiar de postura mas que para llevar la obra á los parroquianos.

Mauricio esperaba á cada instante ver entrar á una persona que no parecia, y forzoso le fué traer la conversacion al objeto que le interesaba.

—Creia, Sr. Tricot, le dijo, ó al menos habia oido decir á la Sra. Galuchet, nuestra portera, que teniais una hija?

—Sí señor, una hija tengo y muy hermosa, y me envanezo por ello.

—¡Mi Athenais! exclamó la Sra. Tricot. Y el sastre y su mujer cambiaron una mirada de orgullo y de satisfaccion.

Mateo, que tambien habia levantado los ojos, lanzó un suspiro, cogió de nuevo la aguja y continuó el respunte que estaba haciendo.

—¿No está en casa? preguntó Mauricio mirando á su alrededor.

—No señor, trabaja fuera.

—¡Ah! dijo Mauricio, ¿y en dónde trabaja?

—En casa de una camisera; mi mujer la ha mimado y dado cuantos gustos ha querido, así que nunca la hemos podido haer que cosa chalecos y pantalones.

—¿Y eso es culpa suya? respondió la señora Tricot; á nadie le es dado el elegir sus inclinaciones. No le gusta el oficio de sastre.

Mateo suspiró de nuevo.

—¿Es una muchacha muy guapa, y le sienta tambien todo! Es natural que la guste estar bien puesta. Cuando salgo con ella, todo el mundo se queda mirándonos en la calle. Así que, todo lo que yo siento es no haberla podido dar una educacion adecuada á su fisico.

—Demasiado bien que la has criado, dijo el buen Tricot; la has educado como si fuera una duquesa, y hoy quiere ser camisera; ya se vé; ¡no se halla en nuestra casa, en un piso sétimo! preciso es que esté en un salon del piso principal, como lo está en casa de la señora Evrard.

—¡Ah! una de las primeras camiseras de Paris.

—En cuya casa hay espejos con marco dorado, donde esas señoritas se miran, y muebles de palo santo y camapés donde se sientan.

—Donde está lo malo.

No es bueno que se acostumbre á los carruajes. ¿Los hay en casa por ventura? Y luego, ¿qué gente es la que frecuenta esas camiserías y esos almacenes de lujo.

—Buena es esa! dos veces he estado á buscar á mi hija, y solo he visto hombres y mujeres jóvenes todavia.

—Pero jóvenes *comme il faut*. ¡Siempre carruajes á la puerta!

—¿Es verdad! y yo que acompañaba á Athenais á pié, la he visto suspirar por lo bajo al mirar aquellos hermosos carruajes.

Al decir estas palabras, Mateo suspiró en alta voz, y el sastre le miró con interés.

—En fin, señor, dijo dirigiéndose á Mauricio: aquí teneis un jóven á quien yo he criado; que nunca se ha separado de mí, que no tiene defecto ninguno, que es un buen oficial, á quien yo pensaba dejar, cuando me retirase, mis parroquianos y mi hija.

—¿Y bien? preguntó vivamente Mauricio...

—Pues bien: ella no dice ni sí... ni no tampoco. Nada dice, pero claro es que tiene otras ideas, en tanto que este pobre muchacho solo tiene una... Quiere á Athenais como un loco.

—No hablemos de eso, maestro, dijo Mateo conmovido: eso me hará perder el juicio.

—Ved mas bien, dijo la Sra. Tricot cómo enflaquece.

—¿Y eso que prueba? respondió el sastre, continuando en tomar las medidas á Mauricio; eso prueba que es preciso una salud como la suya para poder resistir; á pesar de todo, yo soy buen padre y no obligaré á Athenais á que se case con él; pero que tenga cuidado conmigo; si obra mal... será causa de mi muerte.

Y una gruesa lágrima desprendida de los ojos del buen sastre cayó sobre la tira de papel que le servia para tomar sus medidas.

—¡Vamos! dijo la Sra. Tricot, ¿qué idea tienes tú de nuestra hija? Por ventura ¿has tenido hasta ahora nada que echarle en cara?

—No, pero es coqueta, le gustan los adornos, y hay siempre jóvenes señores dispuestos á aprovecharse de esto y á comprar el reposo y el honor de una familia pobre. Podria uno decirles: Tambien hay grandes señoras que hacen lo mismo; dirigió á ellas y dejad su hija al artesano, puesto que ella sola basta á su felicidad...

No os escucharian... ¿no es verdad? Hablando así, el sastre estaba de rodillas delante de Mauricio, á quien acababa de tomar medida; y Mauricio, todo conmovido, se echaba á sí mismo en cara el motivo que allí le habia llevado.

En esto la campanilla sonó violentamente, agitada por varias sacudidas.

—¡Es ella! exclamó con alegría Mad. Tricot! es mi Athenais.

El sastre se levantó con presteza; Mauricio palideció y Mateo dejó caer sus tijeras. Con la cabeza un poco inclinada y el corazón todo conmovido, Mauricio miraba hacia la puerta. Se abrió esta, y vió entrar á una joven morena, de unos quince años, alegre, risueña, indiferente y tierna como una rosa; el verdadero tipo de las grisetas.

Mauricio lanzó un grito de sorpresa; no era su desconocida.

Athenais Tricot, á quien Mauricio nunca habia visto, la hizo un saludo con cierto aire coqueton; en seguida dirigió una sonrisa al sastre, hizo una caricia á su madre y una pequeña mueca á Mateo: todo esto al mismo tiempo y sin interrumpir la narracion que habia empezado.

Al ver á aquella muchacha, que hubiera encantado á cualquiera, Mauricio cogió su sombrero y sin contestar al sastre, que le preguntaba para qué dia queria su traje, salió desesperado.

¿Se habia engañado! No era su desconocida... ¿Dónde vivia, pues? En el piso sétimo, en frente del sastre, habia dos puertas.

En su atolondramiento y sin saber lo que se hacia, Mauricio llamó á la primera. Era un cuarto habitado por una anciana encajera, septuagenaria ya y casi paralítica, que vivia sola y que nunca salia de casa.

No era aquí, adonde él queria dirigirse.

Desesperado y presa de una exaltacion, que no le permitia reflexionar, Mauricio llamó tambien en la puerta del último cuarto. Vino á abrirla un muchacho, y Mauricio entró en una habitacion muy baja pero grande; una mujer y muchos niños trabajaban alrededor de una mesa, donde se veian mezclados y revueltos flecos, agremenes y cintas; se hallaba en un taller de pasamanería, y pronto arregló el motivo que le llevaba allí.

Tenia que vestir un pequeño salon con telas y franjas nuevas, y en lugar de dirigirse á un tapicero de fama, preferia, á fin de que no le costase tan caro, hablar directamente á la obrera que vivia en la casa.

La señora Durouseau le prometió enviar á su casa al dia siguiente, ó mas bien bajar ella misma, para calcular el número de metros que se necesitarian para el trabajo que queria emprender.

Cumplió su palabra, y á la hora convenida estaba en casa de Mauricio.

La Sra. Durouseau era una mujer alta,

seca, sóbria en palabras y aire severo. Toda entregada á su oficio, no hablaba mas que de torzales y de cordones, en tanto que Mauricio de lo que la hablaba era de su familia.

—¿Teneis marido?

—No señor, soy viuda... la seda azul será mas bonita pero de menos duracion.

—En cuanto á eso lo dejo á vuestro gusto... ¿Y muchos hijos?

—Seis.

—Entre ellos una joven encantadora á quien he tenido el placer de encontrar.

—No tengo hija alguna, son todos hijos. Si os parece elegiremos un color puro, es un poco mas caro, pero ganareis en ello.

—¿Como gustéis! Me parecia haber oido que habitaba en vuestra casa una joven.

—Mi sobrina Fedora: es posible... ¿La conocéis?

—Sí señora.

La frente ya severa de la Sra. Durouseau se oscureció mas y mas. Mauricio se apresuró á referirle el servicio que la habia prestado, y la admiracion respetuosa que le habia inspirado su linda vecina.

La Sra. Durouseau le miró admirada, y continuó sus cálculos. Mauricio, aunque un tanto desconcertado, se atrevió á preguntarle si su sobrina trabajaba en su casa.

—No señor, no trabaja.

—¿Segun eso no hace mas que vivir con vos?...

—Tampoco vive conmigo.

—Que no...

—No señor.

—¿Pero qué motivos puede tener?...

—Pienso que esto á nadie le importa mas que á mí, respondió con aire seco y glacial la pasamanera.

Mauricio no se sintió con fuerzas para seguir preguntando.

Todo se convertia en misterio desde que se trataba de aquella joven, y este misterio redoblaba naturalmente su curiosidad.

Despidió á la tia diciéndola que examinaria el proyecto que ella le indicaba: luego, cansado de buscar la explicacion de un enigma que no podia ni comprender ni adivinar, salió para tomar el aire, pasó por la iglesia de Nostre-Dame-de-Lorette, bajó la calle Lafitte y entró en el boulevard para atravesarlo, cuando le detuvieron unos cuantos carruajes que se habian cruzado en aquel sitio.

Plafaban delante de él dos magnificos caballos ingleses de pura sangre, engançados á un elegante cupé que guiaba un grueso cochero, todo galoneado, con guan-

tes blancos y peluca de lana del mismo color. El carruaje estaba adornado además con dos lacayos que iban en la trasera, y sus correspondientes escudos en las portezuelas.

Como muchacho que no le gusta perder el tiempo, Mauricio, esperando que desfilasen los carruajes, se divertía maquinalmente en descifrar el blason que ante los ojos tenía.

Eran estas unas armas de baron, sobrepuetas de un cuerno de la abundancia y varios otros atributos del comercio, lo que hacia suponer que el cupé pertenecía á la nobleza de la banca.

En tal momento, la persona que iba sin duda sola en el fondo del carruaje, adelantó la cabeza hacia la portezuela, y Mauricio reconoció las facciones en que pensaba en aquel momento; las de su bella incógnita que se ruborizó al verle, pero que á pesar de esto se inclinó con gracia para saludarle.

Mauricio, gozoso, se lanzó hacia la portezuela, pero la fila de coches acababa de deshacerse y los caballos ingleses, impacientes ya con la parada, desaparecieron rápidamente, llevándose el cupé, la bella desconocida y las nuevas esperanzas de Mauricio.

Mas desgraciado y mas confuso que nunca, continuó su paseo rompiéndose la cabeza para esplicarse esta segunda aparicion que le recordaba las del *Dominó negro*; pero no estaba en la ópera cómica, sino en la calle y enfrente de su casa.

En el momento en que ponía la mano sobre el agarrador de la puerta una luminosa idea, aunque muy sencilla, se le vino á la imaginacion.

Era la de dirigirse á la Sra. Galuchet, su portera.

Una portera sabe cuanto pasa en una casa por grande que esta sea... Una portera conoce los negocios de los amos, mejor á veces que los amos mismos los conocen.

Mauricio, desdenando todos los vanos rodeos de la diplomacia, abordó francamente la cuestion preguntando á la señora Galuchet si conocia á la sobrina de la señora Durouseau, la pasamanera del piso séptimo.

—¿La señorita Fedora?

—La misma.

—¡Vaya si la conozco!... Ha dado tantos pesares á su tia, que es muy buena mujer y vive honradamente.

—Sí, pero la sobrina...

—El padre Doucet, señor, es uno de los curas asistente á la parroquia de Nuestra

Señora de Loreto, que goza de mucho crédito en el barrio y que me ha prometido una colocacion para mi marido en cualquiera parte. Ya comprendéis que aquí no hacen falta dos personas para ver quien pasa y tira de las campanillas, y que si mi marido ganase por su lado como yo gano por el mio, en vez de un jornal...

—¡Si, tendriais dos!... ¿Y la señorita Fedora?

—Su tia la educó muy bien y quiso hacerla pasamanera como ella. El padre Doucet habia cobrado aficion á la familia, y todo el tiempo que no ocupaba en el trabajo queria que lo pasase en su casa. Su intencion era la de hacerla entrar en un establecimiento de personas piadosas donde hubiera sido feliz... En cuanto á la señora Durouseau, si no hubiera temido contrariar al padre Doucet, hubiera preferido en verdad que su sobrina se quedase á trabajar en su casa... Pero héte aquí que mientras dudaban sobre si debian tomar este ó el otro partido...

—Y bien, ¿qué?

—Que la señorita Fedora se metió...

—¿En dónde?...

—En la ópera.

—¡Imposible!... exclamó Mauricio estupefacto.

—Sí señor, como os lo digo; entró en la Opera. Es bailarina. El padre Doucet quedó consternado: su tia está furiosa contra ella, y yo no hablo á nadie de ello por la casa y mucho menos á la pequeña Athenais Tricot, la hija del sastre, que era muy amiga de Fedora y á quien puede contagiar este ejemplo. Ya comprendéis, señor, á dónde puede pasar de los bailes de la Opera. ¡Desgraciada!

—A la fortuna, exclamó Mauricio con amargura, porque acabo de verla en este momento en el boulevard con un magnífico tren.

—¡Ella!... ¡la señorita Fedora! exclamó la portera con acento algo mas amable!

—En un carruaje con dos lacayos.

—¡Ya! continuó la portera con cierta admiracion.

—Y si he de creer á los escudos del carruaje debe ser de la banca... ¡algun rico banquero que se arruinará por ella!

—¡Un banquero! exclamó la Sra. Galuchet con un transporte de alegria: ¡un banquero! Es imposible que por él no obtenga yo esa colocacion que el padre Doucet me habia prometido para mi marido... tanto mas, cuanto que yo he conservado muy buenas relaciones con la señorita Fedora. ¡Pobre muchacha! la querian obligar á que

fuera devota y á que pasara todo el dia en la iglesia .. ¡Sujete, sujete Vd. á las jóvenes! Esto es lo que sucede. Pero ¿de quién es la culpa sino de los que las obligan á ello?...

La digna portera continuaba aun hablando por el estilo, con calor y conviccion sobre el tema de la tolerancia doméstica y religiosa, hasta que notó que Mauricio la habia dejado para subir á su cuarto, desesperado y avergonzado de cuanto habia visto y oido.

En su casa encontró á un compañero de Saint-Barbe, Alfredo G., hijo de un célebre y rico negociante, que venia á buscarle para llevárselo á comer con él.

En la disposicion de ánimo en que estaba Mauricio, su primera intencion fué rehusar, pero su jóven compañero añadió:

—Tengo tambien dos butacas para la Opera.

—¡Para la Opera! esclamó Mauricio con un acento de rabia que admiró á su amigo: acepto; iré.

Y ambos amigos salieron.

III.

El banquero.

Los dos amigos llegaron á la Opera en un entreacto, y se pasearon un momento por el salon de descanso. Paráronse cerca de una de las chimeneas, donde un hombre, jóven todavía, pero pequeño y grueso y muy encarnado, hablaba en alta voz como si fuera un orador.

Un ceceo desagradable hacia incómodo su acento, pero prestaba á su discurso cierta originalidad y cierta gracia, que no le hubiera prestado por cierto la novedad y la rarera de sus pensamientos.

Por lo demás, su traje era irreprochable y toda su persona respiraba el aire satisfecho de un hombre que cree poseer todos los medios de seduccion, confianza que no hubiera sabido cómo explicarse sin los tres grandes botones de brillantes que brillaban en la pechera de su camisola, y que parecian añadir á todas las frases que decia estas palabras: ¡soy rico!

—Si, señores, decia con su eterno ceceo: lo digo con pena y con dolor: la Opera desaparece.

—¿Quién es ese señor? preguntó Mauricio á su amigo.

—Es el baron Havrecourt: un opulento banquero, contestó Alfredo.

—Tiene un aire particular.

—Es un abonado á la Opera.

Acercándose luego al orador, le saludó. —Tranquilizáos, baron, y dad de mano á vuestros temores, le dijo riendo. El mal no es tan grande como os figurais. Tenemos todavia en el baile, y sobre todo en el canto, talentos de primer orden.

—¿Y eso qué importa? Yo no vengo aqui para eso. Vengo á ver á las señoras á quienes conozco, en cuyos palcos entro para saludarlas. Vengo al salon en que estamos para saber las noticias politicas, diplomáticas ó escéntricas que en él se refieren: porque antes, diputados, nobles, embajadores, todo el mundo se citaba para este sitio: pero ahora quién viene?

—Primero vos, señor baron, respondió Alfredo saludando: —luego nosotros... que venimos á oiros, y en verdad que lo que acabais de decir no es muy galante para vuestro auditorio.

—No tal, señores, no tal; esclamó el banquero sonriendo con aire de proteccion; lo que yo digo, no lo digo precisamente por vosotros, que sois amable hasta el extremo: lo digo por interés vuestro. En el tiempo de que yo os hablo, habia escándalos picantes, beldades célebres que atraian todas las miradas por el brillo de sus conquistas ó de sus aventuras. Esto ya no existe, y aquí reina un fastidio capaz de matar á cualquiera... Estas señoritas son como las obras que se ejecutan: nadie habla de ellas: todo el mundo es prudente... es honrado.

¡La ópera desaparece! Es desolador para nosotros, jóvenes de talento, aficionados al placer... ¡Oh! la nueva regencia... Todos aman á alguna... Pero este les es fiel... tiene virtudes domésticas... Es casi...

La campanilla del salon interrumpió al orador en medio de su discurso: levantábase el telon y nuestros jóvenes corrieron á ocupar sus butacas de orques a.

El anteojo de Mauricio, asestado sin cesar al foso, iba siempre dirigido á las bailarinas con gran admiracion de su compañero. Trataba á las partes principales con completa indiferencia y ni las miraba siquiera.

En revancha examina las del cuerpo de baile una por una, con escrupulosa atencion, y á todas aquellas jóvenes bayaderas, que se llaman figurantes de la ópera.

Pero ¡ay! la que Mauricio buscaba, la sobrina de la señora Durouseau; no estaba allí, ni aparecia ante su vista. Alguna indisposicion, ó una comida en el campo, debian hacer que estuviera en otra parte. En efecto, hubiera sido muy difícil á la desco-

nocida de Mauricio presentarse en aquel acto en el foro, porque en el entreacto, al volverse Mauricio para examinar y ver la gente que habia en el teatro, la vió en el salon. Todavía no habia mirado por aquel lado; estaba en un palco de platea, mano á mano con un hombre, cuya vista produjo en Mauricio un movimiento de rabia y de despecho.

Aquel hombre era el baron de Havrecourt, el rico banquero; el orador del salon de descanso, por el cual sintió Mauricio, cuando la vió, una antipatía repentina é instintiva.

Era el amante preferido por aquella jóven tan bella y tan distinguida... Hay elecciones que causan una debilidad imperdonable. En cuanto al banquero, lejos de conocer y apreciar su felicidad, se ocupaba muy poco de su bella compañera; apenas le dirigia la palabra; bostezaba á cada momento, y para distraerse miraba á todas las damas que habia en el salon.

—¿Qué tienes? preguntó Alfredo á Mauricio, viendo que este se estremecía.

—Nada.

Mauricio hubiera preferido morir á confesar, ni aun á su amigo, la humillacion y los tormentos internos que sentia.

Esforzóse por comprimir el espasmo nervioso que le agitaba; hizo cuanto pudo para escuchar sereno las bromas de su amigo: hasta se sonrió, pero sin saber siquiera de qué ó por qué se sonreia: esto le era imposible.

Antes de terminar el espectáculo, viendo que Fedora y el banquero se disponian á salir, dejó bruscamente á Alfredo, y se lanzó fuera de la orquesta.

—¿Por qué?

Ni él mismo lo sabia; sin duda para cargar á Fedora de reproches; para desafiar al baron; pero á medida que subia los escalones que separan el patio de los palcos bajos, enfriaba su razon y le demostraba lo absurdo de su conducta, si bien al llegar á la puerta del salon de descanso, donde habia un grupo de jóvenes se detuvo, porque vió á Fedora y al banquero que venian hácia donde él estaba.

No habia podido admirar aun cómo en este momento, aquel talle esbelto y majestuoso, aquel porte de reina ó diosa; nada veia mas que los diamantes de que iba cubierta y que indignaban al jóven. Solo vió aquel brazo tan bello, tan blanco, tan admirablemente formado, que apoyaba con gracia en el brazo del banquero, y cuando pasó cerca de Mauricio, dirigiéndole como por la mañana un ligero saludo con la ca-

beza; Mauricio correspondió; antes bien levantando su frente con orgullo, dejó caer sobre ella una mirada de desprecio, y se alejó sin reparar en la admiracion de aquella mujer.

Mauricio pasó una noche horrible; no durmió; tuvo calentura y mil resoluciones locas y desatinadas rodaron en su cabeza. El resultado de aquella larga pasadilla fue el siguiente razonamiento, que para él tenia la mas completa evidencia.

No p dia estimar á esta mujer y no debia amarla, pero con vergüenza de todos los principios y de todos los sentimientos de honor, se veia obligado á confesarse que le amaba como un insensato, y que su solo deseo, el dulce sueño de su vida, era el de que fuera suya.

En fin, de consecuencia en consecuencia llegó á felicitarle de lo que antes le indignó. Las cualidades de que antes se habia complacido en adornarle, hacian imposible su conquista... valia mas, pues, el poder disputársela al baron. Eran dos adversarios que ninguna relacion tenian entre sí, pero de los cuales el uno era mucho menos terrible que el otro.

Sin ser fátuo, Mauricio sabia bien lo que valia; era menos rico, es verdad, pero mas jóven, mas bello, y sobre todo estaba mas enamorado que su rival.

—La volveré a ver, se decia, y tanto la amaré, que al fin me amará ella tambien. La levantaré á sus propios ojos y á los míos, y con la embriaguez del presente, trataré, á fuerza de amor, de olvidar el pasado.

Consolado con este nuevo plan y decidido á ponerlo en planta, Mauricio se levantó alegre y lleno de esperanza. Encontró sobre su mesa una esquila de convite que algunos dias antes le habia enviado su amigo Alfredo G., cuyo padre daba aquella noche un suntuoso baile.

Cuando recibió la invitacion habia decidido no asistir, pero ahora cambió de idea. Su amigo Alfredo y muchos camaradas que asistirian al baile podrian darle buenos consejos, á él tan jóven como inesperto.

Además, en su cualidad de banquero, Mr. Havrecourt se encontraria en aquel baile, que reuniria á todo el comercio y la alta banca, y á Mauricio no le disgustaba el poder estudiar de cerca á su rival, puesto que queria vencerlo, y apenas le conocia.

Esperaba hacerle hablar, lo que era fácil y saber por él mismo cuáles eran los momentos del dia en que estaba mas ocupado: la hora de bolsa no es siempre buena hora; los banqueros y los agentes de cam-

bio desconfíaa mucho. Algunos, los mas acaso, escogen, dicen esta hora para volver

ricio, que no habia olvidado su Tito Livio se comparaba á *Flavio Cunctator*.



repentinamente á su casa, lo cual ha sido causa de algunas desgracias.

Soñando en la campaña de observacion y en la sábia maniobra que meditaba, Mau-

Para empezar se vistió lentamente: no tenia prisa. Cuando llegó, el baile habia ya empezado y reunia en hombres y mujeres lo mejor de la sociedad parisiense.

Mauricio no se habia engañado en sus presentimientos: una de las primeras personas que vió fué á Mr. de Havrecourt, colocado en una mesa de whist, y atrayendo hacia sí la atención general, por su expansiva alegría, que queria decir: *gano*.

Mr. de Havrecourt! tenia muy mal humor cuando perdía, y soportaba entonces difícilmente cualquier broma, pero se permitía decir las cuando la fortuna le era favorable, y en aquel momento esta le halagaba como á ninguno.

Mauricio le dejó que amontonara oro, y entró en el salon, mas deslumbrante aun que por mil bugías por la triple fila de señoras, en todo el esplendor de su belleza y de su adorno.

Pero cuál se quedó Mauricio al ver en medio de ellas, al lado de las personas mas nobles y mas ilustres á Fedora, que se inclinaba en aquel momento al oído de una señora sentada al lado suyo, dama de honor de la reina, con la cual parecia tener grande intimidad.

No sabiendo si debía alegrarse ó indignarse, Mauricio se volvió hacia su amigo Alfredo, felicitándose de que gracias á la resolución de Julio, no hubiera ya preocupaciones ni aun en un salon.

Alfredo le miró con admiración, y le preguntó qué queria decirle.

—Mira á esa jóven, la reina del baile: ¿la conoces?

—¿Pues no?

—¿No está en la Opera?

—¡Ella! vamos, tú estás loco.

—¿Por qué?

—Porque nunca creo que haya pensado en semejante cosa.

—¿Por qué?

—Es la Sra. de Havrecourt, la mujer del banquero.

—¿Su mujer! exclamó Mauricio, y un estremecimiento nervioso agitó todo su cuerpo.

—Si tal, continuó Alfredo: esa linda mujer sobre la cual están fijas todas las miradas, es la mujer de ese original que peroraba anoche en el salon de descanso de la Opera... ¡pero qué pálido estás! ¿estás malo?

—¿Un poco!... ¡El calor del salon!... ¡Además... hace mucho tiempo que estoy en pié!

—Aquí hay un asiento... sentémonos... ¿Quieres un helado ó un chocolate?

—¿Gracias! estoy mejor.... ¿Con que decías que es la Sra. de Havrecourt?

—Y la mujer mas notable de Paris: primero por su belleza, y despues por sus vir-

tudes. Es adorada en los salones y en todas partes, y bendecida en todas. Pero se oculta para hacer el bien como otros para hacer el mal, y nadie sabria los beneficios que dispensa, si no la hicieran traicion algunos de los que ha hecho. Mi madre me ha contado sobre ella detalles que me han arrancado lágrimas, á mí que no sé llorar. Pero callemos, porque mira hacia este lado, y se apercebe de que hablamos de ella.

Acababan de invitar para un rigodon á Mad. de Havrecourt, y pasó junto al divan donde estaban sentados los dos amigos. Su trage rozó las rodillas de Mauricio, que pálido y con los ojos bajos parecia un culpable agobiado con el peso del crimen que se echa á sí mismo en cara, y que no se puede perdonar.

—Es la mujer del banquero, exclamó Mauricio con emoción, luego que habia pasado.

—¿Como lo he dicho! Ese pájaro ha sido afortunadísimo. Su crédito y su fortuna estaban vacilantes cuando se casó... una jóven encantadora que le llevó dos ó tres millones de dote... esto le ha hecho colocarse á la cabeza de la banca...

—¿Y cómo se hizo ese matrimonio?

—Como se hacen todos: la jóven, que no tenia madre, y que creo que era huérfana, salió del colegio para casarse.

Y continuó Mauricio temblando:

—¿Es feliz?

—Infinitamente. Es tan buena y tiene tal confianza que no cree en el mal. Aunque su marido tiene sus intriguillas y sus trapi-cheos, no ha concebido aun la menor sospecha; y con tal que la deje cumplir con sus deberes de amistad, de caridad ó religiosos, nada mas quiere. Mira, desde aquí puedes verla. —Mira esa pura frente que no ha turbado aun el soplo de ninguna pasión. ¡Qué regularidad! ¡qué finura en sus facciones y sobre todo qué aire de inocencia y qué suave candor. Un mal hombre se podría volver hombre honrado mirándola. Solo su marido... pero verdad es que este no la mira nunca.

—¿Oh! añadió Mauricio mas turbado; me parece que hablas de ella con mucho calor. ¡La amarás tal vez!...

—¿Oh! la amo... como todo el mundo la ama, pero me he convencido afortunadamente bien pronto de que de una mujer como esta no se puede esperar nada. No soy bastante loco para intentar un imposible, y he renunciado, contentándome con lo que la suerte me depare en mi camino.

Hablando así, Alfredo miraba de lejos á una mujer jóven, adornada con una guir-

nalda de camelias, á quien corrió á invitar para el siguiente baile.

Solo ya en medio de la gente, Mauricio mas turbado, mas agitado que las olas de bailarines que cruzaban por su lado, Mauricio no sabia qué decir, ni qué hacer, ni en qué idea fijarse.

La sola cosa cierta que nos sorprendió, era su amor por aquella mujer, por aquel ángel! Asi que la amaba mas que nunca. Mas que nunca tambien comprendia los obstáculos insuperables que ponian entre ambos su posicion en el mundo, su fortuna y sobre todo sus virtudes.

Reflexiones tan sensatas como esta, no le impidieron dirigirse á la sala de baile. Acercóse á ella tímida y respetuosamente, y se mantuvo á su lado algun tiempo, desde donde estaba viendo y no era visto. Esto era ya una gran felicidad.

Una dama que pasó á su lado la llamó Amelia.—¡Amelia! ya sabia su nombre. Esta fué la segunda felicidad de la noche, pero tambien fué la última.

Al volver á su sitio observó que habia hecho como que no le habia visto y que pasó sin saludarle. Mauricio sintió mucho, muchísimo su inesplicable é impolítica conducta de la vispera, que merecia castigo semejante y de lo cual no podia quejarse. ¿Cómo justificarla además? ¿Cómo atreverse á hablarla? Esto era una empresa superior á sus fuerzas?

En fin, despues de haber dudado mucho, de haberse repetido á sí mismo que acaso aquella era la única ocasion que tendria para hablarla, Mauricio se atrevió á atravesar el salon.

Luego que llegó delante de Amelia se detuvo pálido y tembloroso, hasta que por fin, cobrando ánimo balbuceó con voz trémula que apenas se oia, una invitacion para bailar.

—Estoy comprometida, caballero, respondió Amelia con voz severa y breve.

—¿Y para el próximo rigodon? añadió Mauricio.

—No bailaré mas en toda la noche.

Mauricio salió del salon y se marchó á su casa desesperado.

Quando una pasion se apodera de un corazon joven, novicio, ardiente, reina en él como soberana absoluta, como dueña tiránica que no permite ni rivalidad ni participacion alguna. Asi que, entregado á un solo pensamiento, Mauricio dejó sus libros, sus tabaco, sus estadios. Hubérale sido imposible ocuparse de otra cosa que de Amelia: este era su sueño, su vida, su pensamiento único y fijo.

Era digna de su amor; merecia la adoracion de todo el mundo; estaba encantado, pero no era feliz...

Solo tenia un deseo: el de verla. Pero ¿cómo? Apenas la conocia y ya habia tenido el talento de indisponerse con ella, de cambiar en antipatia y aversion tal vez los buenos sentimientos que habia hecho nacer la casualidad de su primer encuentro.

Podia presentarse en su casa trabando amistad con el marido, pero este le inspiraba una repugnancia invencible. Desagradábase su fatuidad, su orgullo, su conducta y relaciones escandalosas, su traicion á aquella encantadora mujer, y mas que nada, el que fuese su marido: preciso es decir la verdad.

El negocio mas importante del dia era conocer y saber lo que haria Mad. de Havrecourt y los sitios adonde deberia ir. Respecto á los bailes y á las grandes reuniones, Alfredo y algunos amigos le tenian al corriente; esto era fácil.

Lo que no lo era tanto, era el informarse sin despertar sospechas y sin descubrir su secreto.

Muchos dias él mismo se ponía en acecho y de centinela bajo los balcones de Amelia.

¿Cuántas veces olvidó el frio, la nieve, la lluvia, porque habia divisado una luz á traves de los cristales y esperaba verla algunos momentos! O bien habia oido el ruido del carruaje que rodaba en el patio ó el relincho de los caballos al ponerles las guardaciones.

¡Iba á salir!

Lanzabase; la seguia en los conciertos, en los bailes, en los teatros, donde quiera que entraba, y pasaba toda la noche embriagado con el placer de verla.

Estos eran los dias mas felices de su vida, y todas las mañanas las pasaba buscando una sola cosa; se resumian en una sola frase:

—¿Cómo la veré esta noche?

Ya comprendereis que no le quedaba tiempo ni para sus negocios, ni para sus amigos, ni para los tribunales. Inquietaba esto poco; habia renunciado á su carrera; todo le era indiferente, con tal que viera á Amelia.

Pero de pronto dejó de verla: no salia hacia una semana. Era este un acontecimiento que no habia previsto y que estuvo á punto de hacerle perder el juicio.

Era menester á todo trance que lo presentaran en su casa. A pesar de la repugnancia que le inspiraba Mr. de Havrecourt,

buscó los medios de conocerlo y de entrar en relaciones con él.

Acababan de adjudicar al banquero una empresa, y según costumbre publicó los prospectos de ella en los periódicos. Sin examinar si el negocio era bueno ó malo, sin saber siquiera de qué se trataba, Mauricio tomó sobre los fondos que su padre le habia dejado una suma bastante considerable, y se dirigió á casa del banquero.

El corazón le latía con violencia al entrar en casa de este; y al atravesar sus umbrales, al subir aquella escalera, que sin duda era la de Amelia. Pero no era á la habitación de esta donde iba, y una puerta sobre la cual estaban escritas estas palabras: *Caja y oficinas*, le indicó el camino que debía seguir.

El banquero se hallaba en un despacho de los mas ricos y mas lujosos; donde resplandecian el oro y las mas preciosas maderas. Tenia puesta una bata de una tela de Lyon, de seda y oro, sentado junto á un buen fuego, con los piés envueltos en pantuflas de cachemir y colocados sobre unos morillos cincelados por Desnieres.

Por el cuaderno que tenia en la mano, hubiérase dicho que era un hombre que pensaba ó trabajaba.

La verdad es que dormía agobiado con el peso de los mirtos que habia cogido la víspera. Esto al menos fué lo que dijo á Mauricio, cuya entrada acababa de despertarle, y semejante confianza redobló la rabia del jóven, y estaba á punto de olvidar el objeto de su visita.

Repúsose, sin embargo, y deslizando algunas palabras sobre el negocio que allí le llevaba, le preguntó por la salud de Mad. de Havreccourt.

—A fé mia que no lo sé: hace ya muy cerca de una semana que no la he visto: está como si dijéramos retirada.

—¿Cómo así?

—¿Qué quereis: caprichos de mujer!

—Son bien estraños por cierto.

—Es el aniversario de la muerte de su madre, y todos los años por esta época se encierra, y no vé á nadie durante seis ú ocho dias.

—¡Oh! ¡es demasiado eso!

—Convergo con que el dolor es una cosa muy buena, pero no para abusar hasta ese punto de él, y yo lo suprimiria. Imaginaos, querido, que durante este tiempo me veo obligado á no recibir y tratar á mis amigos, porque tengo muchos que vienen á casa todos los dias.

Mauricio sintió mas que nunca deseo

de su amigo, de aquel hombre á quien detestaba.

—Pues bien, continuó el banquero, sin adivinar la reflexion de Mauricio; ayer he tenido que comer en la fonda. Estábamos reunidos como unos doce en la *Maison-dosée*. Cuando digo una docena, no creais que eran todos gente de bolsa y del comercio, habia tambien algunas damas; seis, si mal no lo recuerdo. A mí me tocó al lado una—á cuyo lado me senté por capricho, y que creo que por capricho tambien seguiré tratando. ¿Es raro, no es verdad? Pero la fortuna es ciega, y yo estoy decidido á hacer la de esa muchacha.

Inútil es decirnos que la cena se prolongó hasta muy entrada la noche, porque se cena muy bien en la *Maison-dosée*, ó mejor dicho solo allí se cena. El champagne, las atenciones que con uno tienen y los salones particulares, todo es admirable. ¿No habeis estado allí nunca?

—No señor.

—Habeis hecho bien, porque ya no os gustaria el ir á ningun otro lado. ¿Con que venis á pedirme algunas acciones?

—Sí señor.

—Solo las doy á mis amigos. Es un negocio admirable que hubiera debido reservar para mí solo... pero nada de lo que tengo es mio... soy un... Cuatro acciones que vos quereis y seis que he prometido á la pequeña, son diez... Se las llevaré hoy mismo despues de bolsa.

Llamó, y se presentó uno de los empleados de la casa.

—Perdonad, llamo á mi ayuda de cámara... pero lo mismo da: Sr. Dumont, quereis decir á mi cochero que saldré á las dos: que me ponga la berlina y un solo caballo. ¿Comprendis? Ah, una palabra. Tomad, llevaos este dinero.

Y el empleado salió.

—En cuanto á vos, dijo á Mauricio entregándole sus acciones, aquí teneis las láminas. ¿Cómo está vuestro amiguito Alfredo G...? Es un muchacho muy guapo, pero demasiado arreglado como vos. Será preciso que uno de estos dias tengamos una pequeña fiesta.

Mauricio se inclinó como hombre que se creia muy honrado con aceptar, pero el banquero le condujo hasta la puerta prodigándole los apretones de mano y los saludos, mas sin ofrecerle la casa.

Desde este dia Mauricio buscó al banquero con tanto ahinco como el que hasta entonces habia puesto para huir de él, y detestándose á sí mismo, ruborizándose por su bajeza, le escuchaba, parçiale amable,

le adulaba, y llevó su adulacion, ó mejor dicho su amor, hasta reirse de sus chistes.

Alfredo y otros amigos habian presentado á Mauricio en un circulo celebre, en un club de los mas á la moda, y con su recomendacion se habian dignado admitirle. Su solo objeto al ir allí era el de encontrar á Mr. de Havrecourt, que casi siempre pasaba allí las noches; pero por parecerse á la juventud elegante y disipada que se dignaba acogerle, Mauricio, el amigo de la sencillez, se vió obligado á vestir á la última moda, y no volvió á dirigirse para ello, como se conocerá, al Sr. Tricot, su vecino.

Mauricio, que detestaba el lujo y que gustaba andar á pié, se vió obligado á tener un groom y un carruaje que nunca usaba.

Pero no era esto solo.

Todo el mundo jugaba, y Mauricio, que desde la infancia profesaba un santo horror al juego, aprendió el whist á fin de intimar mas con Mr. de Havrecourt, que en efecto adoraba á Mauricio, cuando no lo llevaba de compañero. Pero no le invitaba para que fuera á su casa.

Sucedianse á las partidas de juego las comilonas, en que la sobriedad de Mauricio sufría de un modo horrible. No hablo de su reputacion, porque esta estaba ya hecha, ó mas bien deshecha. Y un pobre y honrado muchacho que no habia cometido mas falta que profesar un amor profundo y verdadero á una mujer honrada, estaba generalmente reconocido como un libertino, todo, por supuesto, sin que hubiera llegado á conseguir el objeto que se propusiera, porque al baron, en cuya intimidad adelantaba, no le placia recibir en su casa á sus compañeros de desarreglo, no por celos, sino por temor á las indiscreciones que pudieran cometer.

Un suceso cambió el curso de las cosas. Fedora, de quien ya hemos hablado, era una de las bellezas á quienes el baron adoraba de cuando en cuando; pero mas diestra que las demás habia sabido adquirir sobre él un ascendiente y un imperio que se esplican, no por su hermosura, sino por su coquetería y por su indiferencia. Tal poder se tiene cuando no se ama á quien os ama.

El banquero era muy generoso para Fedora, que por su parte ponia poca atencion en las riquezas. Tenia otra ambicion mas difícil de satisfacer; queria brillar en primera fila por su talento, y como el talento no se compra, el infeliz banquero no sabia á qué santo encomendarse.

Cuando hablaba de corazon, le contesta-

ba: «gloria;» y el baron hubiera dicho de buena gana como lord Albermarle á su querida, que contemplaba una estrella:

—«No la mireis, porque no puedo dárosela.»

Pero Fedora no se quejaba de semejantes razones. Tenia la pretension de que al amor todo le era fácil y posible. Que obtendria triunfos si tuiera papeles que desempeñar, pero que nadie se los daba (lo cual era verdad), porque hubiera sido menester tener sobre los ojos la venda del amor, para no ver que solo bailaba bien por casualidad, los dias por ejemplo en que mirando al salon del teatro se equivocaba.

No sabiendo, pues, qué contestar á las exigencias de Fedora, que amenazaba abandonarle, si no bailaba en un paso de la próxima ópera, el desolado banquero contó el apuro en que se hallaba á sus camaradas, prometiéndoles una gratitud eterna y sin límites al que le ayudase á conseguir lo que necesitaba.

Mauricio nada prometió, pero vino á buscarme. Ya se ha visto por qué serie de intrigas diplomáticas la señorita Fedora se presentó en un paso á cinco, y se comprenderá cómo Mauricio obtuvo por fin la amistad esclusiva y la amistad sin límites del baron, celoso en conservar una proteccion que el talento de Fedora amenazaba hacer de dia en dia mas necesaria.

IV.

Una mujer honrada.

El baron de Havrecourt debia dar una gran *soirée*: la ocasion era favorable y natural. Mauricio fué presentado por él á su mujer, como un amigo íntimo. Amelia le acogió con la politica y los miramientos que acogia á cuantos recibia por primera vez, ni mas ni menos. Sin embargo, no podia desconocer al que por todas partes seguia sus huellas: su asiduidad, y sobre todo su silencio, debian decirle elocuentemente:

—¡Os amo!

A cualquiera otra mujer hubiera halagado semejante amor; esta no pendia de él sin duda, ó lo que es aun mas terrible, parecia no haberse apercebido de él.

De un carácter dulce y una bondad suma, Amelia era graciosa y amable para con todo el mundo. Nunca mujer alguna habia comprendido mejor los deberes de ama de casa: las palabras mas sencillas parecian en sus labios un cumplimiento ó una muestra de afecto. Cuando dirigia su palabra á al-

güen, este quedaba contento y satisfecho de ella. Cuando le habia escuchado con su | conocia los verdaderos sentimientos y la conducta del baron; pues tenia con él á los



dulce sonrisa, quedaba uno contento de sí mismo; y hasta se creia que tenia talento.

Pero en lo que estaba admirable era con su marido. Nadie hubiera podido decir si

ojos de todos tal respeto y tan alta estimación, que todo el mundo se veia obligado á confesarlo.

Solo hablaba de él con benevolencia, con

afecto, elogiándole; jamás se apercibía de sus ridiculeces; ponía en relieve sus menores cualidades, y ante sus amigos ó estranos le realzaba con tal destreza y tal felicidad, que siendo en todas partes un tonto, al entrar en su casa se convertía en un hombre de mérito.

Mauricio se convenció de que nada había adelantado con semejante mujer; mas no se admiró de ello. Era demasiado modesto para tener esperanza de agradaarla: pero tenía la felicidad de verla, y esto le bastaba.

Aprovechándose de su nueva posición, se convirtió en uno de los mas asiduos amigos de la casa. Las *soirées* en que había poca gente eran las que mas le agradaban, y allí, dejando de contenerse y de afectar vicios que no tenía, volvía á ser lo que realmente era: un amable y honrado joven, dejándose llevar por sus generosas inspiraciones, por sus nobles sentimientos, y entregándose con delicia á los placeres de una buena sociedad, que eran su verdadera patria, su centro.

Amelia le escuchaba primero con sorpresa, con interés marcado luego, y Mauricio, encantado, creía haber dado un paso mas en su estimacion. Mas lejos de esto, Amelia recobraba su frialdad habitual; pintábase en su rostro cierto aire de desconfianza y de desprecio; vagaba, frecuentemente sobre sus labios una sonrisa burlona, como si hubiera querido mostrar que no la engañaban las apariencias, y que la máscara que quería tomar ocultaba solo á medias su verdadera fisonomía.

—¡Ah! este es colmo de todos los males, exclamaba Mauricio: me supone hipocresía y fingimiento; me acusa de querer representar el honor y la virtud.

Y el desgraciado joven, conociendo que era menester ser hombre honrado para agradar á aquella mujer, veía cada dia empeorar su situacion y aumentarse su despecho.

Un dia de un frio rigoroso, paseábase por el boulevard pensando en ella... siempre en ella.

Sacáronle de su abstraccion estas palabras:

—¡Señorito, tengo frio; tengo hambre!

Eran pronunciadas por un muchacho de siete ó ocho años, cuya pequeña mano tiritaba al pedirle limosna. Mauricio iba á darle, pero mejor inspirado, le preguntó:

—¿Quién eres?

—Señorito, soy el mayor de cuatro hermanos, todos menores que yo.

—¿Mas pequeños?

—Sí señor, mi madre acaba de dar á luz á mi quinto hermano.

—¿Y quién es tu madre?

—Una lavandera que no tiene trabajo.

—¿Dónde vive?

—Muy lejos de aquí.

—¿Muy lejos?

—Sí señor, en una buhardilla.

—Tanto da: enséñame el camino.

—¿Venís conmigo, caballero?

—Sí, anda, ya te sigo.

Y Mauricio echó á andar detrás del muchacho.

Llegó por fin á una buhardilla trasera.

—Madre, madre, dijo el muchacho al entrar empujando una puerta que apenas podía cerrarse; madre, aquí hay un señor que quiere verte.

Mauricio miró en derredor y se estremeció: no estaban acostumbrados sus ojos á semejante miseria.

Sacó su bolsillo y lo vació sobre la cama de la pobre enferma, que le cogió la mano y se la besó.

—Volveré á veros, y no os abandonaré ni á vos ni á vuestros hijos.

—Dios os bendiga, dijo la pobre mujer, y él os haga feliz.

—¡Feliz! no puedo serlo.

—¿Y por qué no? ¿qué deseáis? decidlo, para que ruegue al cielo que os lo conceda.

Mauricio movió la cabeza con ademán de duda; la mujer continuó:

—Hoy me ha concedido lo que le he pedido, porque le rogaba que me enviase un ángel y habeis entrado.

—Pues bien, dijo Mauricio conmovido con esta idea, rogátle... para que ella me crea... para que me ame.

—No os comprendo; pero es lo mismo, yo rezaré siempre, dijo la pobre mujer estrechando al hijo recién nacido contra su pecho.

Esta era una niña.

Mauricio, que iba ya á marchar, volvió sobre sus pasos, y le dijo:

—Quiero ser el padrino de esa niña.

La pobre madre alzó al cielo sus ojos, húmedos de alegría.

—Pero con una condicion.

—¿Cual?

—Que la llamaremos Amelia.

—Como queráis, señor, exclamó la madre.

Mauricio se despidió, y a' marcharse vió una mujer en pié junto á la puerta destrozada de la habitacion.

Era Amelia de Havrecourt.

Quedóse estupefacto con aquel increíble

encuentro, y su turbacion le impidió notar la de Amelia. Aun no se habia repuesto de su sorpresa, cuando Mad. de Havrecourt, tranquila y sereno el rostro, le decia con encantadora sonrisa:

—Perdonad mi admiracion, señor Mauricio, y no os ofendais por ella. Me encanta el encontrarnos aquí, pero no lo esperaba.

—Soy yo, señora, quien me felicito por semejante encuentro, balbuceó Mauricio.

—Sea, dijo alegremente, pero no habléis á nadie de esto; ya os diré el por qué.

Y le saludó con la mano, añadiendo:

—No os detengais por mí, sobre todo si tenéis que hacer muchas visitas como esta.

Mauricio bajó la escalera, y á la mitad de ella encontró á un criado sin librea que reconoció por el hombre de confianza de Amelia. Su ama, jóven y ligera, habia rápidamente subido los seis pisos y él no habia podido seguirla mas que de lejos, cargado como estaba con un pesado canasto, que contenia probablemente ropa para la pobre mujer y una envoltura para la niña.

Mauricio recordó lo que Alfredo le habia dicho de Mad. de Havrecourt y del bien que hacia en el barrio. Esplicóse entonces su primera aparicion en la escalera del belvedere de su casa.

Iba sin duda á llevar algun socorro á la pobre encajera infeliz septuagenaria y paralitica, que vivia en el piso sétimo. Mauricio comprendió entonces que si en Paris la miseria habita en las buhardillas, algunas veces se encuentra en ellas tambien la riqueza y el bienestar.

Era Mauricio quien á su vez bendijo á la pobre mujer. Desde entonces tendria fé en sus oraciones; iria á verla, para pedirle que orase por él.

Era bueno, era religioso; por nada iba á hacerse devoto; ó mas bien todo se explicaba con estas palabras: estaba enamorado.

Lo que sobre todo le encantaba era el secreto que le habia recomendado Mad. de Havrecourt. Era, pues, participe á medias de este secreto. Esto era ya un privilegio, una ventaja que tenia sobre los demás. Solo una cosa le embarazaba y le causaba alguna inquietud. ¿Habria oido Mad. de Havrecourt las últimas palabras que dijo á la pobre lavander?

La puerta estaba abierta, y en tan mal estado, que se podia no solo ver, sino escuchar perfectamente desde ella cuanto se hablaba en la buhardilla. ¿Hacia mucho tiempo que estaba allí Mad. de Havrecourt? ¿Llegaba en el momento en que Mauricio salia? Esto es lo que él no podia saber, y lo que se prometió asimismo averiguar.

Pero falló toda su ciencia: cuando entró por la noche en el salon de Amelia, fué acogido como de costumbre: no se turbó, no se ruborizó como esperaba.

—¡Ah! se dijo Mauricio: nada sabe, nada ha oido.

Amelia, sin embargo, le dirigió varias veces la palabra, y en la conversacion, que era general, cada vez que se trataba de alguna cosa noble, buena ó bella, volvía los ojos hácia donde él estaba, como hácia alguien que podia comprenderla.

En fin, por un sinnúmero de delicados é imperceptibles giros que solo Mauricio podia adivinar y comprender, todo en Amelia parecia decirle:

—Os habia juzgado mal, y os devuelvo mi estimacion.

Habia en el salon de Mad. de Havrecourt muchas personas de talento. Amelia acogia con preferencia á las gentes del comercio que la llevaba su marido. Esta era su sociedad: amaba á los artistas y era amada de ellos porque hablaba su lenguaje.

Mauricio, que por costumbre callaba, se lanzó este día. Nada hace tan expansivo como la felicidad.

Estuvo pronto, animado, brillante, oportuno, y como estaba lleno de talento, de ingenio y de erudicion, y todo esto estaba realzado por el encanto de una voz dulce, vibrante y sonora, obtuvo un éxito general y completo.

Un triunfo ante un público semejante, un triunfo ante Amelia, que mas de una vez le habia animado con la mirada, esta era demasiada ventura para una vez, y todo lo que Mauricio habia sufrido hasta entonces se borró en aquella noche.

Mientras se tomaba el té, Amelia le hizo seña para que viniera á sentarse á su lado. Esto era ya un gran favor: añadió á este uno mas dulce todavía: se inclinó hacia él y se puso á hablarle en voz baja del encuentro de la mañana.

—Os he pedido que callárais, le dijo, porque temia que me riñeran. Antes salia sola, pero despues de un suceso, e ntrínú bajando los ojos, en que un amigo que no conocia se vió obligado á venir en mi ayuda, llevo conmigo un antiguo criado, hombre de confianza que nunca se separa de mí. Mi marido desaprueba esas escursiones matinales, no porque no sea muy caritativo y haga mucho bien, pero se inquietaria por peligros imaginables, y no quiero que mis placeres le causen la menor pena. Hé aquí por qué os he suplicado que guardárais el secreto,

En tanto que hablaba, Mauricio no sabía que admirar más, si el tacto ó el talento de aquella mujer, y se separó de ella como se separaba todas las noches, mas enamorado que nunca.

Pasó así un mes, y esta fué en los amores del pobre Mauricio la época mas floreciente y mas feliz.

Su posición como capitalista no era tan buena: gastaba mucho, no ganaba nada; llevaba un gran tren y tomaba todas las acciones de que el banquero quería deshacerse.

Pero era amigo del baron, su amigo íntimo; no se separaban nunca. Veía todos los días á Amelia, en cuya confianza parecia hacer progresos. Demostrábala algun interés. Inquietábase por su posición y por su porvenir, y se permitía darle algunos consejos. Esto era casi amistad, y Mauricio cuyas dudas renacían á cada momento, se preguntaba:

—¿Me habrá oído? ¿sabrá cuánto la amo?

Pero nunca su pensamiento, ni aun el secreto hubiera osado ir mas lejos.

Una noche habia baile en casa del baron, que bailaba poco pero que jugaba mucho. Habia detenido á Mauricio que queria marcharse á la sala de baile, y le habia enclavado cerca de él en una mesa de juego que rodeaba ya una numerosa y brillante juventud.

El ama de la casa entró en aquel momento mas bella, mas fresca que las rosas que brillaban en su frente y en su pecho, mas ligera y mas aérea que el trage de gasa que ondulaba en derredor suyo.

Dirigió una mirada de reproche á todos los bailarines que llenaban la habitación del juego, y todos aquellos jóvenes, un poco avergonzados y bajando la cabeza, se lanzaron á la sala de baile.

Mauricio, que hubiera deseado hacer lo que ellos, se inclinó y saludó respetuosamente á Amelia, pero esta volvió la cabeza y pasó sin mirarle... Mirábala él siempre y seguíanla sus ojos con tan amorosa inquietud, que olvidándose de lo que hacia perdió una soberbia puesta, que debia haber ganado. Aplaudióse, porque tardaban en ganarle lo que tenia, y solo así podria reunirse á Amelia.

Pero la fortuna, que también tiene sus caprichos, que rara vez están de acuerdo con los nuestros, se empeñó en favorecer al pobre Mauricio, tan contrariado entonces con los favores que le prodigaba, como antes lo habia sido por los que dejara de prodigarle. Tenia siempre magnífico juego; no podia perder; ganaba á todo el mundo, y á

pesar suyo no podia de ningun modo levantarse de la mesa de juego.

La noche avanzaba, y el oro iba amontonándose delante de él, y Mr. de Havrecourt, que ya varias veces habia jugado, acababa de hacer una entrada, perdiendo con ella unos tres mil francos. En este momento Mauricio levantó la cabeza y vió enfrente de él, detrás del sillón de Mr. de Havrecourt á Amelia, que le miraba de aquel modo que tan bien conoce. Todo su rostro espresaba queja y reproche, y al propio tiempo un sentimiento mareado de inquietud.

—¡Cielos! exclamó para sí Mauricio con alegría; ¡con que se digna interesarse por mí! ¡Tiene miedo de que pierda!...

Y un momento despues tuvo prueba cierta de ello, pues que Amelia, dirigiéndose á él, le dijo con voz algun tanto conmovida:

—Siento interrumpir á Mr. Mauricio, pero me habia prometido ayer dar buen ejemplo y bailar (lo cual era verdad); ¿es preciso recordarle su promesa, é invitarle yo misma? continuó estendiéndole hácia él su linda mano; pero... al momento, porque el rigodon va á comenzar.

En este momento, el baron, que estaba ya incómodo con la pérdida, dijo con voz seca.

—Yo llevo el todo de Mauricio.

—Aceptado, respondió este levantándose.

Tenia diez y ocho años, y con los ojos brillantes de alegría abandonó sus mil escudos al baron, y corrió á tomar la mano de Amelia.

—En verdad, caballero Mauricio, dijo esta en el momento en que se colocaban para bailar; es una locura lo que habeis hecho.

—¿Por qué? respondió él admirado: ¿acaso debia haceros esperar?

—Digo que es una locura para vos, que no sois rico, el jugar de ese modo, y mucho mas cuando dicen que no sois muy feliz en el juego.

—Escepto hoy.

Y Mauricio pronunció estas palabras con tan verdadera espresión de felicidad y tan naturalmente, que Amelia pudo ver que aquel era efectivamente el fondo de su pensamiento: pero ella ó no comprendió, ó no quiso comprenderlo, porque replicó con voz fria y severa:

—Justamente, porque teniais hoy suerte, porque ganábais una gran suma, debiais haberla conservado para otros usos mejores.

Mauricio se estremeció.

—Me habia parecido, continuó Amelia, que sabiais alguna vez emplear mejor vues-

tro dinero que esta noche; y sentiria pensar de vos que solo sois caritativo y bueno por casualidad.

—Gracias por vuestros consejos, señora: no siempre los recibe uno tan buenos; me aprovecharé de ellos y ya no jugaré mas.

—No es eso lo que yo quiero deciros.

—Y yo os juro cumplir mi palabra.

—Tanto mejor para vos, caballero, y sobre todo para otros, que os darán gracias por semejante resolucion. A propósito de esto, tenia que hablaros de una pobre mujer conocida vuestra; tenia que daros un encargo para ella.

—¡Oh! hablad, decidme.

—Aquí, en un baile, y durante un rigodon, no es momento oportuno. Venid, no mañana, porque estaré cansada y me levantaré tarde; venid pasado mañana á medio dia, si es que esto, caballero Mauricio, no os produce ni incomodidad ni estorsion alguna.

Nunca Mauricio habia tenido tan completa satisfaccion ni tan pura. Concluido el rigodon, parecia aun estar escuchando la musica de aquellas dulces palabras que le habian encantado, y cuando el baron que se creia obligado á consolarle de su desastroso fin en el juego, vió la alegria que brillaba en su fisonomía, no pudo menos de esclamar:

—Hé aquí un filósofo.

Al dia siguiente Mauricio no vió á Amelia, y el dia le pareció largo aunque embellecido con los mas dulces sueños y las mas rientes ilusiones, porque el dia despues, el que solo la veia por la noche y delante de gente, iba á verla al medio dia en su casa, sola...

Era esto casi una cita... Y así continuaba soñando cuando recibió una carta, cuya letra conoció al momento.

Era del banquero y contenia estas palabras.

«Mi querido Mauricio, tengo que hablaros para un asunto importante sobre el cual podeis hacerme un gran servicio: mañana os espero á almorzar; pero para que podamos hablar en libertad, venid temprano y antes de que mi mujer se haya levantado. Es cosa importante.»

Este billete no llevaba firma, y por *post scriptum* tenia estas palabras:

«Quemad este billete.»

Lo cual hizo Mauricio como se lo encargaban, porque era la probidad personificada, tanto para las cosas chicas como para las grandes, y sonriendo mientras que la llama consumia el papel, se decia:

—La fortuna, largo tiempo enemiga,

quiere ahora colmarme de favores: Amelia me admite en su intimidad; soy bastante feliz para que necesite de mí, y al propio tiempo soy indispensable á su marido, el cual me dispensa toda su confianza.

Y de aqui seguia formando castillos en el aire y arreglando la siguiente mañana; calculando que á las diez iria á ver al banquero, almorzaria con él, y en seguida pasaria á ver á su mujer que le esperaba.

—¡Oh! ¡qué dulce perspectiva! ¡qué mañana tan feliz! decia al dormirse.

Cuando llegó á casa del banquero al siguiente dia, este se hallaba ya en pie y le esperaba con impaciencia.

—¡Gracias á Dios que venis! exclamó; acababa de enviar á buscaros á vuestra casa.

—¿Otra vez?

—Sí tal.

—¿Tan urgente es el negocio segun eso?

—Juzgareis por vos mismo.

—¡Veamos!

—El baron acercó su sillón al de Mauricio, y le dijo en voz baja con acento de temor:

—Pueden resultar las mas fatales consecuencias para mi casa.

Mauricio redobló su atencion.

—¿Por qué motivo?

—Ahora lo sabreis: inútil es deciros, amigo mio, que mi mujer, gracias á mi astucia, tiene en mí completa confianza. No os hablo de su amor, que este todo el mundo lo conoce, y aunque alguna vez me incomoda y contraria su cariño, soy un buen marido y lo sobrellevo del mejor modo posible; pero este amor se convertiria en un tormento, en un infierno, no tendria ya ni reposo ni libertad si llegara á dudar, si la menor sospecha viniese á turbar su tranquilidad ó á despertar sus celos. Esto es lo que ha estado á punto de suceder... Sé que podrá llegar á ser todavía sino me ayudais.

—Disponed de mí como querais.

—Es lo que he hecho, le respondió el baron apretándole la mano, seguro de que no lo desaprobais ni me dejarais mal.

—¿Qué es, pues, de lo que se trata? dijo Mauricio con alguna inquietud.

—Hélo aquí: imagináos que Fedora, ya sabeis quién es, que solo sabe hacer extravagancias, habia comprado unos diamantes: esto solo es malo á medias, ¡pero vais á ver qué absurdo! Como si yo fuera soltero, ha enviado aquí la cuenta del diamantista para que la pague... ¡No parece sino que esa muchacha se ha creído que en el mundo todos los hombres son solteros!... No sé en qué estaria pensando, ni en qué piensa ahora,

pero la cuenta llegó ayer aquí estando presente mi mujer. Rehusar el saldar esta cuenta, hubiera producido una infinidad de esplicaciones á cual mas desastrosas, y además, un banquero, por su mismo crédito, debe pagar á la presentacion. He pagado, pues, sin dudar...

—¡De veras!... exclamó alegremente Mauricio.

—Pardiez, mi mujer estaba delante, y para quitarla toda sospecha, he dicho con aire indiferente:

—Ya sé lo que es: es para Mauricio... soy su banquero.

Mauricio lanzó un grito de desesperacion.

—¡Cómo!... ¡caballero! semejante falta de verdad, sin consultarme, sin pensar en las consecuencias que pudiera tener.

—¡Consecuencias! ¿ara quien? ¡Oh! diantre, no os dé la tentacion de desmentirme, porque en la turbacion que experimentó mi mujer, me pareció ver que dudaba.

—¡Estaba turbada! exclamó Mauricio con ansiedad y alegría á la vez.

—Sí tal, porque por mucho aplomo y sangre fria que tenga uno, cuando le cogen á uno de improviso y sin estar preparado, siempre se nota algo que da lugar á que se conciban sospechas. Si hubiera tenido tiempo de reflexionar y combinar, hubiera inventado otra cosa.

—Mejor hubiera sido, dijo Mauricio con aire consternado.

—Es cabalmente lo que hemos hecho ayer con Fedora, á quien he reñido por su aturdimiento, y para repararlo (porque es buena) ha inventado un medio muy superior al mío y que no permitirá á mi mujer el conservar la menor duda.

—Es preciso ponerle en planta inmediatamente, dijo Mauricio.

—Eso es cabalmente lo que vamos á hacer esta mañana, si vos recordais la idea.

—¡Cómo! ¿todavía os soy necesario?

—¡Indispensable!

—¿Y qué papel me destinais?

—El mas comodo; pues solo teneis que hacer esperar una respuesta que os daran.

—Pero se á preciso convenir!...

—Pues para eso, que era lo esencial, es para lo que queria que viniérais temprano.

En este momento se abrió la puerta del gabinete y Amelia apareció en traje de mañana. Estaba un poco pálida, pero siempre encantadora. Saludó á Mauricio como de costumbre, y este respiró.

—¡No sospecha de mí! se dijo con alegría Mauricio.

Amelia anunció á su marido que era ho-

ra de almorzar; pues para esto habia venido á buscarle y todos tres bajaron al comedor.

El principio del desayuno fué frio y silencioso; hubiérase dicho que eran tres enemigos que se observaban. Mauricio, sin embargo, no notaba ningun cambio en Amelia, que lo trataba como siempre, es decir, con alguna mas politica y ceremonia que la que, gracias al cielo, empleaba otras veces.

Amelia llevaba en el dedo una linda sortija muy sencilla, pero de mucho gusto. Mauricio la cumplimentó por ella.

—¡Oh! me complace mucho que os parezca bien, le dijo sonriendo, porque sé que sois conocedor en esto de alhajas.

—Conozco al menos el precio, respondió Mauricio con el aire mas natural del mundo; últimamente he comprado algunas para un primo mio que se casa.

Amelia no hizo observacion ninguna ni alzó los ojos para mirar al joven, pero ofreció inmediatamente á su marido de un plato que tenia delante. Desde este momento estuvo tambien tan amable como antes, pero menos cumplimentera con Mauricio.

Este habia quedado encantado con la respuesta que acababa de dar. Habia servido la causa del marido á quien debia disculpar, y á quien no podia hacer traicion sin faltar indignamente y sin cerrarse para siempre las puertas de su casa.

Por otra parte, habia defendido sus intereses propios para con Amelia. Todo con una sola palabra; y Mauricio se felicitaba, saboreando todavia con delicia una taza de té, cuando entró un lacayo con una carta en una bandeja que presentó á Mauricio.

—El jockey que la ha traído fué primero á casa del señor: le dijeron que almorzaba aqui, y ha venido á traerla; está en la antecala esperando la respuesta.

—Está bien.

—Tiene prisa y me ha encargado que os diga que es de parte de la señorita Fedora.

Habia algo de eléctrico en este nombre, porque pareció obrar á la vez y subitamente en los tres personajes que acababan de oírle; sobre todo en Mauricio, que palideciendo y ruborizándose en seguida, miraba con indecible turbacion la carta que tenia en la mano y que llevaba realmente su nombre y las señas de su casa, no sabiendo si romper la carta ó leerla, porque sabia que uno ú otro partido producirian exactamente el mismo efecto.

Amelia, tranquila ya é impasible, parecía no tomar ya interés ninguno en esta escena.

El baron reia con aire malicioso, diciendo á Mauricio:

—Leed, querido, leed con la misma franqueza que si estuviérais en vuestra casa.

Y Amelia añadió con amable acento:

—No os incomodeis por nosotros.

Sin saber casi lo que hacia, y con un movimiento convulsivo, Mauricio rompió el sobre, recorrió rápidamente el billete con la vista y lo arrojó sobre la mesa con un movimiento de despecho.

—Si teneis que contestar, exclamó el baron, pasad á mi despacho, á menos que querais hablar vos mismo al criado que está esperando.

—Sí, sí, prefiero eso, exclamó Mauricio corriendo á la antesala.

Y dirigiéndose al jockey que le esperaba respetuosamente y sombrero en mano:

—Tened la bondad de decir á vuestra ama, le dijo, que no vuelva á escribir ni á dirigirse á mi para nada de este mundo.

El jockey, poco acostumbrado á esta clase de mensajes, y menos aun á que le pagasen de aquel modo los billetes que llevaba, saludó con aire asombrado, y marchó.

Mientras que esta escena pasaba rápidamente en la antesala, otra mas rápida todavía tenia lugar en el comedor. El banquero, levantando indiferentemente la carta que habia quedado tirada sobre la mesa, leyó á media voz estas palabras:

«Gracias por tus diamantes, mi querido Mauricio; eran inútiles; sabes que sin esto te amo...»

—Por Dios, dijo Amelia interrumpiéndole... eso es una indiscreción...

—¡Bah! dijo el banquero tirando la carta, entre amigos esto no tiene nada de particular.

En este momento entró Mauricio; estaba pálido, abatido; sus facciones horriblemente alteradas; se le hubiera condenado con solo verle, si no hubiera habido pruebas escritas; el desayuno no duró mucho tiempo. Levantáronse; acababa de dar la una y el banquero tenia que hacer.

Mauricio conociendo que era imposible decir la verdad, tenia, sin embargo, mas necesidad que nunca de justificarse, y con voz tímida y mal segura recordó á Mad. de Havrecourt que tenia un encargo que hacerle, y que estaba á sus órdenes.

—Os doy gracias, caballero, por no haberme olvidado. La pobre mujer, á quien habeis socorrido, me habia suplicado que fuera la madrina de su hijo. Hubiera deseado serlo, pero despues de haberlo reflexionado bien, conozco que es imposible.

Tened la bondad, caballero, de disculparme con ella.

Saludó y salió.

Este fué el término de la época próspera de Mauricio. Desde este dia la baronesa de Havrecourt no hizo caso de l'jóven. Le trataba, cada vez que le veia, como á un convidado, como á un extraño, y habia vuelto á adoptar para con él aquellos modales finos y atentos que tanto le desesperaron en un principio.

—Me desprecia, se decia; ¡oh! ¡perder la estimacion de semejante mujer, es perderlo todo!

Veinte veces se le ocurrió el pedirle una conversacion á solas, y confesarlo todo; pero esto era una cobardia que le deshonoraria á los ojos del mundo, una traicion gratuita que no le hacia mas feliz.

Introducir el desorden en aquella casa, donde le habian tratado como amigo; descubrir á aquella mujer las faltas de su esposo!... Y si queria á su marido, ¿qué gratitud podria tener al hombre que venia á turbarla la paz y la dicha de su matrimonio?

Suponiendo (y era la hipótesis mas favorable) que el baron la fuera indiferente, los celos que este temia y su orgullo herido, ¿no podian producir un escándalo, cuya odiosidad recayera toda sobre Mauricio?

El desgraciado á cualquier lado que volvía la vista solo hallaba la vergüenza, el oprobio y la ruina. Su fortuna, comprometida por locos gastos ó en especulaciones temerarias, perdida su carrera, su porvenir sin consideracion alguna, un amor insensato y sin esperanza, que le mataba y del cual no podia curarse, tal era su posicion cuando se presentó el 4 de diciembre en la comida de Santa Bárbara; tales eran las causas de aquella sombría tristeza que no pudimos explicarnos. Sin fuerza y sin valor para luchar con la desgracia que le agobiaba, habia resuelto acabar de una vez con ella y suicidarse.

Ya se ha visto cómo nuestras súplicas, nuestra amistad y sobre todo el recuerdo de su padre le habian decidido á diferir sus proyectos y concedernos un plazo de un año. Y pensando que este año no podia cambiar nada absolutamente de su actual posicion, marchó á recorrer la Grecia, la Siria y á visitar Constantinopla.

V.

Un año despues.

Este viaje, que en otra ocasion le hubiera entusiasmado, pues que le hubiera recordado sus estudios y sus ilusiones de joven, le dejó frio é indiferente: su imaginacion estaba muerta como su juventud: nada veia en su camino, y solo tenia un deseo, que era el de alejarse de Paris, porque conocia que no podia vivir allí.

Pero cuando llegó á Constantinopla, soñó con la Francia y con Paris. Pensó que desde lejos podia hacerlo sin peligro, y los recuerdos de que queria huir se le presentaron en tropel á la memoria. Era ella y siempre ella quien le acompañaba á todas sus escursiones, sin dejarle un solo momento, y cuando en las calles de Constantinopla, en sus palacios, en sus mezquitas, en las orillas mismas del Búforo le decian: «Mirad,» su vista distraida solo percibia en aquel momento el salon y el gabinete de Amelia.

Y sin embargo, Mauricio habia encontrado en Constantinopla amigos, antiguos compañeros de Saint-Barbe. ¿Dónde no los hay? Un barbista era entonces el encargado de negocios, hoy embajador de Francia cerca de la Sublime Puerta.

Mauricio encontró en él consejos, proteccion y amistad. En el mas bello país del mundo, y bajo un cielo encantador, hubiera podido vivir feliz. Propusieronle que se quedara como agregado á la embajada, y con su instruccion, su aptitud para toda clase de trabajos, y en su posicion, sobre todo, era esta una nueva fortuna, una nueva carrera que se abria ante él.

Pero para Mauricio habian concluido todas las carreras. A los veinticinco años miraba como terminado su trabajo y como cumplida su promesa.

Adelantaba el año y su sola idea era el volver á Francia, para estar allí el 4 de diciembre como lo habia jurado.

Conocia que no podia vivir así, y no siendo mucho lo que le quedaba que vivir, queria al menos morir en Francia.

Desembarcó en Tolon á fines de noviembre, y el 3 de diciembre estaba en Paris.

Mauricio se habia prometido asimismo que su primera visita al llegar seria para sus amigos, pero la suerte lo habia dispuesto de otro modo. Aunque cansado de su viaje se vistió y salió.

Su primera intencion, como he dicho, fué la de ir á mi casa, pero en el camino pensó que no se alejaria de él pasando an-

tes por el palacio del banquero que solo queria ver.

Así que ni él ni yo hemos comprendido nunca como subió la escalera, penetró en las habitaciones, y se halló en el despacho del baron, el cual lanzó un grito de alegria al verlo.

—Gracias á Dios, exclamó, que habeis vuelto del país de los turbantes. No podiais llegar en mejor ocasion. Vais á contarnos hoy historias bellisimas... sobre las odalisecas y el harem del gran señor. Os embargo por hoy.

—¿Por qué?

—Porque os vais á venir conmigo.

—¿A dónde?

—Ya lo vereis.

—Pero, así...

—A un sitio encantador, delicioso, que yo he creado, inventado, y que parece hecho á propósito para celebrar vuestra vuelta... una partida de campo.

—Esplicáos...

—Ya lo vereis.

—¿Al campo en diciembre!

—¿Y qué importa?

—Me parece que el tiempo no es el mas á propósito.

—Precisamente eso es lo mas original del caso. Si fuera el mes de junio no tendria gracia ninguna. Es á seis leguas de aquí, en el valle de Orsay.

—Imposible, dijo Mauricio, decidido á no aceptar; tengo algunos asuntos; solo queria veros.

—¿Y á mi mujer tambien? dijo alegremente el banquero.

—Sí, señor, respondió Mauricio conmovido.

—Pues bien, quedándoos en Paris no la vereis, porque se marcha dentro de unos momentos.

—¿Al valle de Orsay! exclamó Mauricio, á quien ya comenzaba el proyecto á no parecerle tan desatinado.

—¿Sí, querido; tengo allí un pequeño Triamer, un Chantetoup, una pequeña casa de gran señor, donde vamos hoy á comer cuajada.

Y lanzó tal carcajada que Mauricio no comprendió de qué provenia aquel exceso de hilaridad.

—Las damas, continuó el banquero, se ocuparán de nuestra comida y de nuestras habitaciones, mientras que nosotros cazamos.

—¿Ah! es para cazar! exclamó Mauricio; entonces es diferente.

—Sí, querido, es diferente.

—Pues entonces acepto.

—Marcharemos dentro de poco, despues de bolsa. Encontraremos allá las escopetas. Y el baron volvió á sus carcajadas.

—En verdad, nadie sabe que he vuelto, y con tal que mañana, como me decis, volvamos á Paris...



—Dormiremos allá todos; todos, y mañana volveremos á Paris para nuestros asuntos y nuestros placeres. ¿Con que os agrada, mi querido Bayaceto? Responded.

—Os lo prometo.
—Es que mañana es 4 de diciembre, y tengo que asistir á la comida de Santa Bárbara...

—Asistireis, os lo juro: yo mismo os llevaré allá.

Y Mauricio sentia latir su corazon, diciendo:

—¡Toda una tarde, toda una noche con ella y luego morir! Qué importa: los últimos momentos de mi vida serán los mas dichosos.

En este momento vinieron á anunciar al baron que el carruaje estaba preparado.

—Marchemos, exclamó Mauricio.

—Marchemos, dijo el baron.

Cinco leguas en posta es cosa de un momento.

Subieron al carruaje, que era un excelente cupé, y con el sentimiento que da la riqueza, dijo el baron:

—Postillon, al galope!

Marcharon rápidos como el viento.

Mauricio temia tener que sufrir en el camino la conversacion y la alegria de su compañero de viaje. No hay placer sin pena, y se resignaba á todo.

Pero afortunadamente al poco tiempo el baron se durmió profundamente.

—Vamos, dijo Mauricio, hoy es un buen dia.

El baron dormia y el carruaje continuaba corriendo. En la cruz de Berny cambiaron de tiro, y media hora despues llegaron á la casa de campo del baron.

Este no habia dicho nada de mas al alabarla. A pesar de la nieve que cubria los techos y los árboles, era el sitio en que estaba construida un sitio delicioso: la casa estaba admirablemente distribuida, y nada se habia olvidado en ella respecto á elegancia ó comodidad.

Caloríferos esparcian por todos los pisos y habitaciones un dulce calor, y canastillos de flores brillaban en todas partes como en el rigor del verano: salones y cuartos vestidos de seda, muebles, alfombras, divanes orientales y todo lo mas escogido respecto á lujo y moda, hacian de este retiro misterioso una morada encantadora.

El baron gozaba con orgullo de la sorpresa de Mauricio, que alababa y admiraba lo que veia: para esto era principalmente para lo que el banquero le habia llevado.

Hay gentes cuya fastuosa felicidad necesita testigos. Desde la marcha de Mauricio la fortuna del baron de Havrecourt se habia aumentado notablemente. Casi cuantos negocios habia emprendido habian salido mal para los que con él los hicieron, pero no para él. Todo consistia en comprar y vender á tiempo, y el banquero, instruido el primero por su posicion de las probabilidades buenas ó malas de la operacion que

dirige, gana frecuentemente mas en los malos negocios que en los buenos.

Las acciones del rico banquero, viajando sin cesar, habian sido vendidas, compradas y vueltas á vender infinitas veces, siempre con un beneficio, en tanto que las del pobre Mauricio, guardadas siempre en la cartera del jóven, no tenian mas valor que lo que se pudiera dar por el papel en que estaban impresas.

Dicho esto se comprenderá el lujo y las prodigalidades del baron, quien nuevo Navucodonosor—no veia término á sus deseos ni á su orgullo. En sus insulas de *pachá*, ó si os place mas de intendente general, habia dado á aquella voluptuosa morada un destino que mas tarde conoceremos.

En este momento acababa de abrir la puerta de su encantador salon á la Pompadour, y Mauricio oyó lanzar gritos de sorpresa. Muchos jóvenes á la moda, sus antiguos camaradas de desarreglo, le acogieron lanzando algunos hurras, en tanto que Alfredo le abrazó.

—¡Gracias á Dios que te se vé el pelo.

—¡Ya estais de vuelta!

—¡Que sea enhorabuena!

—¡Bien venido!

—¡Mas vale tarde que nunca!

—Si señores, llega de Constantinopla y os lo traigo para que nos diga si las bellidades del serrallo valen tanto como las de aquí y si en Oriente entienden tan bien la vida como por acá la entendemos.

Luego, mirando alrededor con sorpresa exclamó:

—¡Todavía falta gente!... y por mas amable que sea la reunion presente... jóvenes solos... es una primavera sin rosas.

—¡Oh, Dios mio! dijo Alfredo lanzando un suspiro, ¡teneis razon! Nada falta á nuestro paraiso... nada mas que las houris.

—¡No vienen nuestras diosas! exclamó el baron asombrado.

—Tranquilizáos: vendrán; pero no á comer. Hemos trabajado mucho, pero imposible de todo punto el conseguir mas.

—¡Y qué causa?...

—Palmira y Cleofé trabajan en la primera pieza y en cuanto á las demás... hay esta tarde ensayo general en la Opera: afortunadamente no bailan mas que en el primer acto y llegarán aquí á buena hora. Ya nos desquitaremos de no comer con ellas.

—¡Comer sin ellas! dijo el baron; esto varia algo el programa.

—¡No importa, cenarán!

—Lo supongo, pero cuando se ha arre-

glado un programa, no le gusta á uno que falte nada, y aquí tenemos ya una comida desorganizada.

—Beberemos Champagne por esas damas: lo beberemos al amor y al placer... y esta noche nos devolverán nuestros brindis.

—Pues bien, señores, dijo el baron dejando su aire desesperado y aparentando de pronto cierto aspecto triunfal y de contentamiento interior: pues bien, ¿qué os he dicho veinte veces? ¡Vosotros que os dejais seducir por bellezas de teatro, ya lo veis, no se puede nunca contar con su exactitud, ni mas ni menos que con su constancia. No quiero con esto mortificar á nadie, pero desde hace tres meses he renunciado á la Opera. ¡La Opera desaparece! Y á esa infiel, esa coqueta de Fedora, que nos debia su reputacion y su fortuna, la he dejado para siempre; y ya vereis, señores, ya vereis hoy la que está destinada á sucederla, y que es dos veces mas linda que ella. Hé aquí cómo uno se venga de las pérdidas.

Un hurra de aprobacion cubrió la voz del baron, y cada cual se apresuró á felicitarle por el modo filosófico que tenia de tomar todas las cosas.

Pero durante este tiempo Mauricio, que no sabia dónde estaba, empezaba á coordinar sus ideas.

Solo habia aceptado la invitacion del banquero, por pasar el dia con la baronesa de Havrecourt; y segun lo que acababa de oír, allí únicamente se trataba de pasar una noche comiendo y bebiendo en compañía de algunas dudosas beldades, placer que no le llenaba por cierto.

¿Pero cómo marchar? ¿Cómo volver á Paris? No tenia ni caballos, ni carruaje, y con semejante tiempo no era cosa de andarse cinco leguas á pié.

En tanto que los jóvenes recorrian las habitaciones del baron, ó fumaban algunos cigarros, mientras que el baron dirigia gravemente los preparativos de la comida, Mauricio confesaba francamente á Alfredo el disgusto y el malestar que experimentaba.

—Qué diablo, le dije este, quédate á comer... preciso es que comas en algun lado... la nuestra será una comida de hombres solos, pues que hasta la noche no vendrán las señoras!... Entonces pondré á tu disposicion mi caballo y mi carruaje. He mandado á Fleon que enganche á las diez, y si quieres á esa hora te volverás solo á Paris.

—Gracias... ¿pero y tú, Alfredo?

—¡Yo! ¿no te inquietes por ello! Yo me quedo á dormir aquí, y mañana para volver á Paris, ocuparé tu puesto en el carruaje del baron.

—Siendo así acepto. Pero dime, ¿qué casa es esta y esta fiesta preparada por el baron?

Y Alfredo le refirió en pocas palabras lo que sigue.

VI.

La orgía.

Aunque el baron cuidase poco de las conveniencias sociales, tenia que guardar ciertos miramientos con su mujer, á quien todo el mundo honraba y admiraba, y á la que debia gran parte de su fortuna. Esta hasta entonces habia tenido de él muy buena opinion, que le convenia conservar á todo trance, sin que por esto se viese obligado á renunciar á sus placeres, y para conciliar muchas cosas, quiso, como los grandes señores de antaño, tener fuera de Paris una casita.

La moda habia sacado de nuevo á luz los trages y muebles de nuestros abuelos: no habia un comerciante, un provinciano, que no tuviese su gabinete á la Dubarry y su salon á la Choiseul. El banquero habia hecho mas: que tendia á imitar, no al siglo de Luis XIV, sino al mismo seberano, y tener como él *su parque de los ciervos*.

Sin que su mujer se apercibiese de ello, habia pues comprado, bajo nombre supuesto, en el valle de Orsay, esta habitacion de principes, construida antiguamente por un arrendador general; locuras de otra edad que le habian parecido demasiado razonables para la nuestra, y que acababa de sobrepasar, haciendo restaurar y amueblar de nuevo aquel elegante pabellon, que se proponia inaugurar la misma noche del 3 de diciembre; y hé aquí ahora por qué habia elegido este dia.

Su mujer tenia una hermana de su abuela, señora ya muy anciana, única parienta, con la cual estaba reñido el baron, y á la que nunca iba á visitar. Esta señora, á la que Mad. de Havrecourt profesaba un profundo respeto y una tierna afeccion, habitaba todo el año en una bonita casa á algunas leguas de Paris, en la aldea de Antony, y habia recibido al nacer, en las fuentes bautismales, de Mr. el duque de Louvine, su padrino, los nombres de Bárbara, Catalina, Perpétua.

Todos los años el 3 de diciembre, víspera de Santa Barbara, Mad. de Havrecourt iba á casa de su tia para felicitarla; pasaba la tarde y la noche en su casa y no volvia hasta el dia siguiente á Paris. El banquero,

pues, no habia podido elegir mejor ocasion, puesto que podia disponer libremente de un dia y una noche.

Habia dicho á su mujer, que durante su ausencia se iria de caza con algunos amigos; y antes de marchar dió orden á su cochero, hombre de confianza, que llevara á su mujer á Antony, á casa de la tia, y despues de dejarla allí, en vez de volver á Paris, fuera directamente á Orsay á buscarle, pues el banquero parecia que tendria necesidad del carruaje, aunque no fuera mas que para volver á conducir á Paris á las ligeras silfides, cuyas alas podrian estar cansadas de la comida y la cena de la noche anterior.

Antony estaba además en el camino de Orsay, y Gerónimo, el cochero, pertenecia en cuerpo y alma á su amo, que le daba mucho mas dinero por serle fiel, que lo que otro le hubiera podido dar porque le hiciera traicion. Era una fidelidad la suya, pura como el oro.

El banquero, pues, lo habia combinado y arreglado todo; todo debia suceder tal y conforme estaba previsto.

Y nada de esto, sin embargo, sucedió.

Hemos visto ya que por un primer contratiempo, la comida, tan delicada, tan escogida y tan sabrosa que debia ser saboreada por femeninos apetitos, embellecida y animada por siete ú ocho jóvenes beldades, á *propos*, de alegre rostro y acariciadoras miradas, iba á ser presa de estómagos masculinos y ávidos, que pedian ya á grandes gritos que se la sirvieran, dispuestos, en tanto que la comida llegaba, á resignarse con los tormentos de la ausencia. Pero el que mas alegremente parecia haberse resignado á tomar su partido era el dueño de la casa, que despues de haber salido unos momentos, acababa de entrar con aire de triunfo.

—Un momento, señores, exclamó.

—¿Para qué?

—Un momento: el tiempo necesario para arreglar un adorno que el viento de diciembre ha estropeado un poco... porque no comeremos solos.... tendremos al menos una dama.

—¿Una dama! exclamaron todos.

—¿Quién es?

—¿Qué dama es esa?

—¿Cómo se llama?

—¿De dónde viene?

—¿Quién la ha traído?

—Alto, señores: es mi sultana, mi favorita; una ninfa sencilla y pura, que no me ha sido proporcionada por los bosquecillos de la Opera.

—¿Pues de dónde ha salido?

—La he encontrado en las alturas de la calle de Nostre-Dame-de-Lorette.

—¿Una loreta!... exclamaron alegremente todos los convidados.

—Sí, señores: ya recordareis que la infiel Fedora tenia una amiga, una joven camisera, mas linda que ella, y por mas señas que todos habeis jurado llevar á cabo su conquista.

—¿Es verdad!

—Y que ninguno de vosotros habeis conseguido nada; y que me habeis apostado que no seria yo el mas dichoso de nosotros, y que Horacio de Nanteuil apostó por sí solo doscientos napoleones...

—Y van todavía apostados, dijo Horacio, á que no serás su primer vencedor.

—¿Apostados van! exclamó el banquero, y no me costará trabajo el ganarlos, porque esa beldad, tan coqueta y tan salvaje, se ha decidido por fin hoy á venir á mi casita, á esta harem que se ha de inaugurar con esta derrota: ella será la reina de la fiesta, y mañana la llevaré á Paris.

—No es posible, exclamó Horacio, porque me ha resistido á mí. Preciso es que la haya cubierto de diamantes...—y aun así... eso no seria una razon. Porque ella es muy caprichosa... y á menos que por capricho prefiera al baron... pero esto no puede ser... no lo creo.

—Pues bien, exclamó el banquero, apareced, amores míos.

Y corriendo á abrir la puertecilla de un gabinete que estaba junto á la chimenea, cogió de la mano á una joven cuyas frescas y rosadas mejillas hubieran desafiado la suavidad del vello del melocoton, morena, picante, de pequeño pié, de talle ligero y redondo, que cortada primero y con los ojos bajos, no se atrevia á mirar á la turba de jóvenes que la rodeaba.

Pero de pronto, á un grito que resonó en el salon, levantó sus negros ojos sombreados por largas pestañas, y Mauricio exclamó:

—¿Es ella... la hija del sastre! Athenaïs Tricot!

—Sí señor, yo soy, replicó Athenaïs, que parecia tranquilizarse al encontrar allí alguien conocido: luego, haciéndole una reverencia, añadió:

—¿Cómo estais, caballero?

—¿Se conocen! exclamó el banquero riendo.

—Sí, dijo Mauricio friamente, vivimos en la misma casa.

—Y me acuerdo muy bien de vos, dijo Athenaïs con cierta emocion.

—Mil gracias, señorita, yo también recuerdo haber tenido el placer de encontraros una ó dos veces.

—¡Oh! algunas más, ocho ó diez veces lo menos nos hemos encontrado en la escalera, continuó Athenais. Vos no habeis reparado en mí; ¡estabais siempre tan preocupado! Así que decia para mí: no mira á nadie; pero esto no impedia que os saludara siempre... me debeis, pues, lo menos ocho ó diez saludos.

En este momento las dos hojas de la puerta del comedor se abrieron, y un criado con gran librea anunció:

—La señora está servida.

Athenais, admirada, miró en derredor para saber á quién iban dirigidas estas palabras.

En cuanto al banquero, se lanzó galantemente para dar el brazo á la joven, que viendo á todos ofrecerla la mano, habíase cogido inmediatamente al brazo de Mauricio.

El banquero hizo un gesto; pero cierto perfume de trufas que se exhalaba de la pieza inmediata embalsamó la habitación y todos exclamaron:

—¡A la mesa! ¡á la mesa!

Precipitáronse en tumulto en la sala del festin, y como solo habia hombres, cada cual se colocó en el sitio que mejor le cupo.

Solamente frente por frente del amo de la casa estaba sentada Athenais, reina de la fiesta y soberana de aquellos sitios. Mauricio, que la habia dado el brazo, se colocó á su izquierda, y Horacio de Nanteuil se apresuró á ocupar la derecha. En cuanto á Alfredo, se apoderó de un extremo de la mesa para hacer circular el Champagne, que refrescaba á su vista en grandes vasos del Japon de porcelana dorada.

Todas las comidas en su principio son por lo general silenciosas, pero no sucede lo mismo con las comidas de jóvenes, y mucho menos si están presididas por una linda joven. La alegría las buenas viandas y la juventud son dadas al ruido, y desde las primeras palabras, desde el primer vaso de Madera, cualquiera creeria que estaban ya en los postres.

Habia trascurrido ya el intervalo de una hora, y de veinte botellas de *Champagne*.

Alfredo habia lanzado al principio algunos chistes, que la ruidosa alegría de los convidados hizo pasar desapercibidos. Habíase, pues, hecho á sí mismo la advertencia que una dama hizo en voz baja á Rousseau:

«Cállate, Santiago, no te comprenderán.»

Y habíase callado, tomando el partido de no decir nada, pero reservándose el derecho de gritar de cuando en cuando tan alto ó más que los otros.

En cuanto al banquero, su voz dominaba á todas. Era la embriaguez del orgullo, de la fortuna y del vino.

Bebiendo y comiendo hallaba medio de dirigir epigramas á los demás y elogios á sí mismo; contando sus conquistas, sus apuestas, sus chistes, los cuales reía y aplaudia el primero de todos.

No es, pues, extraño que ni él ni los convidados del extremo de la mesa oyesen las frases que durante la comida cambiaba Athenais con sus dos vecinos.

—¡Ah! tanto peor para vos, la decia Horacio de Nanteuil: yo que tanto os amaba, Athenais: qué cruel que habeis sido conmigo.

—No es culpa mia; nadie manda en su corazón.

—Pero entregarlo así á quien no amais...

—No por eso os hubiera amado más á vos.

—Pero eso es engañar al baron.

—¿De qué os quejais vos entonces? Mas vale que esto caiga sobre él que no sobre vos.

A este [singular razonamiento, Mauricio, que hasta entonces habia escuchado distraido, prestó atención.

—Pero, tranquilizáos, continuó Athenais respondiendo á su vecino de la derecha; no quiero engañar á nadie; he dicho al baron que no le amaba, que detestaba ^{el mundo} ~~este mundo~~ por él: me parece que esto basta.

—¿Cómo, no amais á nadie en el mundo, señorita? dijo Mauricio que pensaba en este momento en el Sr. Tricot y su mujer.

—No, caballero, respondió Athenais bajando los ojos: es decir, tal vez he tenido alguna vez ideas... —porque estas vienen sin que sepa uno por qué... Pero cuando he visto que no me hacian caso, que ni aun siquiera me miraban, que perdía mi tiempo y mis saludos...

En este momento levantó los ojos, se encontró con los de Mauricio, se paró y dejó por concluir la frase comenzada.

—¿Y el Sr. Mateo, replicó Mauricio, ese oficial de sastre que tanto os amaba, que queria casarse con vos?

—No le amaba.

—¿Y si vuestro padre, al saber en donde estais muriese de pesar?

—¡Oh! no me digais eso, señor. Por el contrario, para hacer su fortuna, para darle comodidades y tranquilidad, es por lo que

he venido aquí. Además, ya que es preciso decirlo todo, veía á Fedora, que vivía en la misma casa que yo, tan feliz y tan dichosa, tan estimada de todo el mundo, hasta de la Sra. Galuchet...

—¿Y es eso lo que os ha decidido?...

—Y otra cosa además. En la tienda en que trabajaba, todas se burlaban de mí y trataban de humillarme; tenían sombreros y cachemiras... una, sobre todo, Cleofé, ¡era tan insolente! Burlábase de mi calzado y de mi traje, y yo á mi vez, para humillarla, he querido tener un carruaje: esto es, sobre todo, lo que me ha decidido.

—¡Ah! ¡con que el barón os da un carruaje! exclamó su vecino de la derecha, que en medio del tumulto había escuchado estas últimas palabras.

—Sí señor, una berlina, y en la calle de Labruyere, número 33, una casita encantadora para mí sola, que desde ayer está á mi disposición; porque hasta ese día, añadió volviéndose á su vecino de la izquierda, no me he decidido. Y aun hoy no sé si lo estoy del todo.

—Pues bien, puesto que os perteneceis todavía, decid una palabra, y os llevo á casa de vuestro padre.

—¡A casa de mi padre! dijo la jóven con terror.

—Sí...

—¡Oh! ¡no sé!...

—¿No sois libre?

—No, no... despues de lo que he recibido, estoy comprometida... he prometido al barón una palabra... á menos de que él me la devuelva...

En este momento el ruido que hacia algun tiempo aumentaba, había llegado á su apogeo.

Grandes exclamaciones y carcajadas resonaban en torno de la mesa. Alfredo, que acababa de levantarse, había obtenido algun silencio y le aprovechó para exclamar:

—Debo, señores, daros á conocer un hecho importante: nuestro anfitrión, decia hace poco que tenía doble vista, y yo aseguro que no vé á Mauricio, á quien tiene enfrente, que le retó haciendo perder su apuesta.

—¿Quién! ¿Mauricio? exclamó el banquero.

—Sí.

—Ya no es terrible. No entiende nada de conquistas.

—Es verdad que nunca se las he conocido, dijo Alfredo; es orgulloso como Hipólito... no tiene pasión ninguna.

—La tiene, exclamó el banquero, exalta-

do por el vino, el ruido y el calor de la habitación.

—¡No la tiene, contestó Alfredo en el mismo tono!

—¿Que sí!

—¿Que no!

—Tiene una, replicó el barón, una desconocida que yo conozco, y que nombraré si se me obliga á ello.

—Os de afío á que lo digais, dijo friamente Mauricio.

—¿Me desafía! ¿lo ois? ¿Me desafía! Pues bien, continuó el barón, cuya razón comenzaba á tarbarse un poco; la pasión misteriosa... lo digo?

—¿Que la nombre! ¡que la nombre! exclamaron de todos lados.

—Allá va, señores; la pasión misteriosa de Mauricio... es...

—¿Quién?

—¿Cómo se llama!

—Decidlo.

—Acabad de una vez.

—Es... la baronesa de Havrecourt.

—¡Su mujer! exclamaron de todas partes.

—¡La misma, señores! repitió el barón riendo á carcajadas, como si acabara de decir un gran chiste.

Mauricio, aterrado con tan imprevisto golpe, trataba en vano de reponerse y de echar la cosa á broma.

—No, no, continuó el banquero, no os defendais ni os disculpeis.

—¿Caballero!...

—Entre amigos, inútiles son los cumplimientos.

—Pero semejante cosa...

—~~Declara aquí~~ señores, que le permito amarla cuanto quiera.

—¡Bravo!

—¡Bien!

—¡Bravísimo! exclamaron todos los convidados.

—Y que si llega á salir bien con su empresa, desde ahora doy mi aprobación.

—¡Bravo! gritaron de nuevo.

—Y yo, dijo Alfredo levantando su copa, brindo á la amistad y á los maridos filósofos.

—¡Viva la amistad!

—¡Viva la filosofía! repitieron todos los convidados, que se habían levantado de la mesa en un desorden inexplicable.

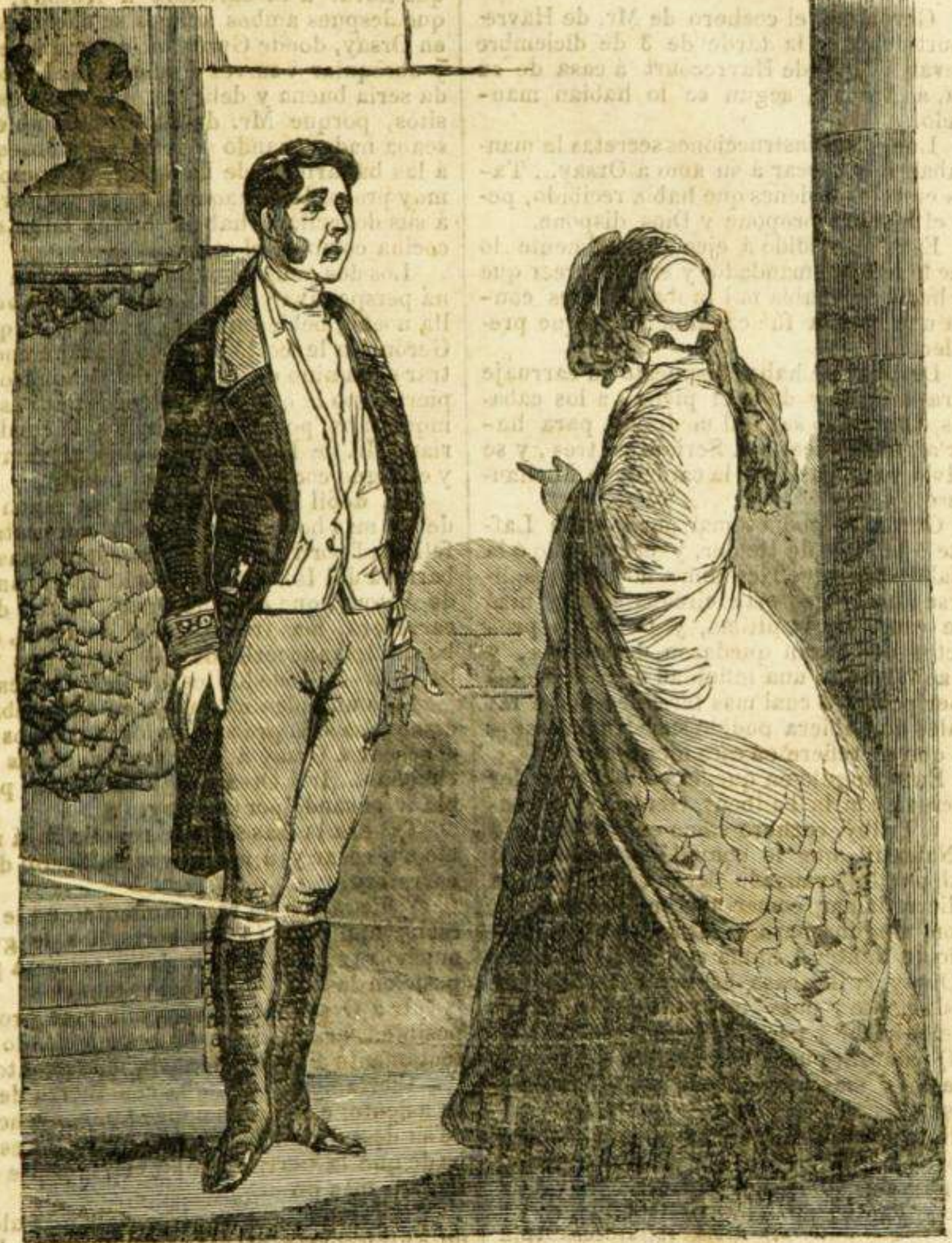
—Athenais, espantada de aquel tumulto, y queriendo además vestirse para la noche, para cuando llegasen las damas que esperaban, aprovechó aquel momento para escapar de la sala del festin y subir á su habitación.

En aquel momento se oyó resonar las

ruedas de un carruaje en las losas del patio.

—¡Viva! exclamaron todos los jóvenes.

La alegre banda se lanzó del comedor al salon, en el que se acababa de abrir una puerta.



—¡Ya están aquí!

—Ya llegaron las divinidades que esperábamos.

—¡Aquí llega una!

—¡A verla, a verla!

— Todos, incluso el banquero, se detuvieron como heridos de un rayo al ver la persona que entraba...

Era la mujer del banquero.

Era la baronesa de Havrecourt.

VII.

La estrella del marido.

Gerónimo, el cochero de Mr. de Havrecourt debía en la tarde de 3 de diciembre llevar á Mad. de Havrecourt á casa de su tía, á Antony, según se lo habían mandado...

Luego sus instrucciones secretas le mandaban ir á buscar á su amo á Orsay... Tales eran las órdenes que había recibido, pero el hombre propone y Dios dispone.

Estaba decidido á ejecutar fielmente lo que le habían mandado, y era de creer que lo haría así: había mil probabilidades contra una, y esta fué cabalmente la que prevaleció.

Después de haber dispuesto su carruaje para la tarde y dado el pienso á los caballos, Gerónimo salió al medio día para hacer algunos encargos. Serían las tres, y se volvió ya á casa por la calle de la Michaudière.

Gerónimo podía tomar por la calle Lafitte ó la calle de Helder, y el capricho ó la fatalidad (porque Gerónimo no pudo explicarse nunca bien esta circunstancia), hizo que escogiera la última, y todos los proyectos del baron quedaron destruidos, y de aquí resultó una infinidad de catástrofes y peripecias á cual más terribles y sin las cuales no hubiera podido suceder la historia que se refiere en este momento.

En el ángulo en que la calle de Helder se cruza con la Tailbout, Gerónimo encontró á Trilby, cochero como él, de Horacio de Nanteuil, que le convidó á almorza, lo cual por lo avanzado del día, más bien se pudiera llamar comer. Gerónimo no tenía razón ninguna para rehusar, y aceptó. Horacio de Nanteuil había marchado al valle de Orsay, y la casa estaba desierta, por consiguiente, pues que allí debía pasar aquella noche y parte del siguiente día.

Quedaron, pues, los criados dueños de la casa, y más aun que de esta de la despensa.

Horacio de Nanteuil tenía muy buenos vinos, y Trilby ofreció generosamente á su colega, Gerónimo, que hiciera honor á la bodega.

A la segunda ó tercera botella de Madera, las confidencias íntimas comenzaron. El anfitrión (hablo del cochero de Horacio) contó que aquella tarde tenía que ir á buscar á Orsay á su amo.

—Y yo también, dijo Gerónimo. Pero antes tenía que pasar con el carruaje por la calle de la Granga Batelière, número 3,

en cuanto concluyera el ensayo de la ópera para llevarse á la señorita Lola.

Gerónimo contó también que él tenía que llevar á la baronesa á Antony, pero que después ambos amigos se encontrarían en Orsay, donde Gerónimo esperaba recibir y obsequiar á su vez á su colega. La comida sería buena y delicada, los vinos exquisitos, porque Mr. de Havrecourt no escaseaba nada cuando se trataba de obsequiar á las bailarinas de la ópera, y como era muy probable que aquellas señoras llevaran á sus doncellas, habría broma larga en la cocina como en el salón.

Los dos amigos encantados con tan buena perspectiva y con la esperanza de aquella noche, bebieron tanto y tan bien que á Gerónimo le costó no poco trabajo encontrar el camino de la casa del banquero; sus piernas no le querían sostener pero esto le inquietaba poco; los caballos le conducirían. Mr. de Havrecourt subió al carruaje y el digno cochero ocupó su puesto.

La débil luz que ilumina la razón aun de los más borrachos, le guió con bastante felicidad por París, pero en cuanto pasó la barrera del Infierno y se vió en el camino de Antony, que es el de Orsay, el aire de la carretera, más fresco que el de París, acabó de desvanecerle de tal modo, que veía bailar á su alrededor los árboles y las casas.

Solo una idea había fija en su cerebro y como pasa siempre á todos los borrachos: «Ir á buscar á Orsay á Trilby y á aquellas muchachas... Ir á Orsay lo más pronto posible... pasando por Antony.»

Tal era la frase que se repetía á sí mismo sin cesar y á media voz en medio de la carretera.

Y luego por un razonamiento que le pareció luminoso (á los borrachos le gusta mucho razonar) dedujo de su primera proposición las siguientes consecuencias:

«Ir á Orsay por Antony lo más pronto posible... era un absurdo; porque yendo directamente á Orsay llegaría más pronto.

—Ciertamente (gritaba con fuerza desde su asiento; como un hombre tan convencido de su descubrimiento como Galileo lo estaba de que la tierra giraba); ciertamente que llegaré más pronto.

En este momento atravesaban la aldea de Antony; era noche oscura; Mad. de Havrecourt dormitaba en el carruaje; los caballos volaban; Gerónimo en el pescante llevando las riendas y pudiendo, como la Providencia, dirigir los sucesos á su antojo.

En lugar de tomar una calle de álamos á la derecha, que llevaba á casa de la tía de la baronesa, dejó á los caballos que con-

tinuasen su galope por la carretera, y media hora despues el carruaje hacia su entrada triunfal en Orsay.

Amelia se despierta: cree que ha llegado ya á casa de su tia, y se apresura á apearse del carruaje, pero el sitio en que se encuentra la es totalmente desconocido. Creeríase en casa de personas estrañas, si al primer criado que vé no fuera un criado de su casa: el criado de confianza de su marido.

—¡José, vos aquí! ¿cómo estais en esta casa?

—¡Señora! esclama el criado pálido, estupefacto y perdiendo completamente el el juicio... señora... estoy con el amo.

—¡Mi marido aquí! esclama rápidamente Amelia; y oyendo las careajadas y el estrépito que salian de un pabellon espléndidamente iluminado, se lanza hácia aquel lado y cae como un rayo en medio de aquella alegre tropa que se levantaba de la mesa y entraba en el salon.

Describiros el estupor general es imposible. La conmocion fué tan violenta, que el baron quedó completamente desvanecido, costándole gran trabajo el ordenar un poco sus ideas, para comprender que habia efectivamente allí algo suficiente para perder el juicio, y que realmente se volveria loco si no daba un golpe maestro.

Pero el baron no era bestia: era tonto, y como tal tenia un aplomo imperturbable y una confianza inmensa en sí y en su estrella, y como su mujer continuaba mirándole con curiosidad, lo mismo que a los demás convidados, preguntando con la mirada lo que aquello significaba, y de dónde provenia el espanto que en algunas caras veia impreso:

—¡Pardiez! exclamó, llegas á tiempo; ó mejor dicho un poco pronto. Te esperábamos, pero no todavía, y nos sorprendes... cuando queríamos sorprenderte.

—En verdad, murmuró Amelia, que no comprendo... ni me puedo explicar cómo el cochero en vez de llevarme á Antony me ha traído aquí.

El baron lo comprendia mejor que ella. Pero conociendo todo el peligro que habia en la desesperada posicion en que se encontraba, se decidió como he dicho á quemar sus naves, y continuó alegremente:

—Esto quiere decirte, que sin hablarte de ello he hecho una nueva adquisicion, una nueva casita encantadora que tú no conocias, y donde yo queria, para gozar de tu sorpresa, hacerte una recepcion régia. Debias encontrarnos a tu entrada reunidos todos aquí con flores y ramilletes para ofre-

certe como á los soberanos las llaves del nuevo dormitorio en una bandeja de oro.

—¿De veras? exclamó Amelia maravillada de una atencion tan galante y tan delicada que no estaba en armonia con los hábitos de su marido.

—Queríamos, continuó el banquero, improvisar una pequeña fiesta... baile, música de la Opera, algunos coros que esperábamos, pero no comprendo cómo ese imbecil de Gerónimo, á quien voy á hablar ahora mismo, ha ejecutado mis órdenes. Tu súbita llegada no nos ha dejado tiempo para acabar de organizarlo todo.

—La intencion basta, amigo mio, dijo Amelia tendiéndole la mano con aire de gratitud.

—Aquí tienes á unos cuantos amigos que se habian asociado á mí para festejarte: los conoces á casi todos... Aquí tienes uno que ha llegado espresamente de Constantinopla para eso... ¡Una sorpresa!... ¡Oh! esta no dejará de tener efecto.

Y hablando así separaba con la mano á los jóvenes que le rodeaban y presentaba á Mauricio, que ocultándose á todas las miradas, habíase mantenido escondido entre sus compañeros.

La súbita aparicion de Amelia le habia conmovido de tal modo, que sintiendo flaquear sus rodillas, se habia dejado caer en un sillón.

El recuerdo de la escena inconveniente que acababa de pasar en los postres, el apóstrofe del baron en plena mesa, el descubrimiento de su amor y aun mas que eso la idea de que las burlonas miradas de sus compañeros estaban en aquel momento fijadas en él, todo esto contribuia á aumentar su turbacion, así que se presentó á Amelia mas encarnado que la grana.

—Me complace el veros, caballero, dijo Amela un poco conmovida, así como á todos los demás amigos de mi esposo aquí reunidos... Esta sorpresa vale por cuantas habian tenido la bondad de prepararme, y no deseo ninguna otra. Permitidme, señores, puesto que estoy en mi casa, recobrar mis derechos de ama de tal.

Y al instante, con la gracia y el encanto que ella sola poseia, se puso á hacer los honores del salon.

Era ya demasiado tarde para visitar la casa que debia á la galante atencion de su marido, pero esperaba que al siguiente podría admirarla hasta en sus menores detalles.

Apresuróse á llevar la conversacion hácia aquellos objetos que pudieran interesar á los jóvenes amigos de su marido. Estos

desconcertados en un principio, comenzaron por maldecir aquella intempestiva llegada que trastornaba todos sus proyectos; pero reponiéndose poco á poco de su sorpresa y dejándose llevar de la seducción que les causaba aquella mujer tan bella, tan amable, tan confiada en su marido, tan graciosa para todos, comprendían casi que una *soirée* íntima, pasada cerca de ella, podría ofrecer tantos encantos como los arrebatados placeres que habían venido á buscar.

El baron mismo comenzaba á respirar y veía renacer la esperanza de que la noche terminaría para él sin catástrofe, cuando se abrió la puerta del gabinete y apareció Athenais Tricot.

Un estremecimiento involuntario agitó á todos los presentes. Sea que su elegante tocado la diese mas aplomo, sea que la comida la hubiera comunicado alguna audacia, Athenais no tenía el aire encogido con que se presentó por primera vez aquel día en el salon.

Estaba ya casi á la altura de su nueva posición, y en la libertad de sus pasos, en la manera de llevar la cabeza, en una sonrisa semi-amable, semi-desdenosa; todo revelaba la mujer que se cree en su casa.

Al ver una dama en el salon corrió hacia ella con aire familiar, mas no reconociendo ni á Palmira ni á Cleofé ni á ninguna de las amigas que esperaba, exclamó:

—¿Quién sois, señora?

—Es lo que yo misma iba á preguntaros, respondió Amelia sonriendo.

El banquero, temiendo la esplicacion que iba á perderle, y que parecía inevitable, se apresuró á coger de la mano á Amelia y dijo á Athenais:

—*Es mi esposa!*

Esta palabra *esposa* produce en las loretas, en las grisetas, y sobre toda clase de amores, generalmente un efecto convulsivo y repulsivo, mezclado sin embargo de respeto... ascendiente irresistible de la legitimidad. Así que Athenais, sorprendida y confusa, no encontrando nada que decir, se contentó con responder por medio de un saludo, que parecía menos una atención que un reconocimiento de principio.

Pero quedaba la cuestion mas difícil que tratar y resolver.

—¿Quién es esta señora? preguntó graciosamente Amelia á su marido, señalándole á Athenais.

Y el banquero, semejante á los hombres de ingenio, á los cuales no hace falta tiempo para contestar de improviso; el banque-

ro, que había tenido tiempo de recobrar su aplomo, respondió audazmente:

—La señora es... ó mas bien era la propietaria de esta casa que acabo de comprar. Hija de un comerciante que ha tenido varias desgracias... se ha visto obligada á deshacerse de todos los bienes de la sucesion paterna, empezando por esta propiedad, que era completamente de lujo.

—¡Ah! ¿esta señorita es huérfana? dijo Amelia mirándola con interés.

—Si señora, dijo la hija del negociante, que evidentemente no se encontraba á gusto.

—¿Y tan jóvenes os ocupais ya de vuestros negocios... de negocios tan importantes?

—La señora es casada, se apresuró á añadir el baron... casada hace poco... con un hombre que está bastante bien acomodado, y que esta señora volverá á buscar á Paris esta noche.

—Es verdad, dijo Athenais, que con la vista fija en la del baron trataba de leer en ella sus respuestas.

—La señora había habitado hasta ahora esta casa. Ella es quien á nuestra llegada nos ha hecho los honores, pero como ya he dicho, me ha manifestado su intencion de marchar esta misma noche.

—Espero que desistirá de ello, replicó Amelia; primero porque es ya tarde, y luego porque tendré que preguntarla una multitud de noticias sobre la casa, que solo su propietaria puede dar y que espero no me negará.

El banquero estaba sobre ascuas, y bien decidido á no dejar un momento á Athenais en contacto con su mujer, decidido á enviarla á Paris; pero era preciso para esto dar órdenes y tomar algunas disposiciones, que la presencia de Mad. de Havrecourt hacia difíciles en extremo.

Por otra parte, á cada momento creía oír el ruido de carruajes; temblaba de que llegasen las bailarinas de la Opera; sus compañeros de placer compartían este temor. En vano por una diestra preparacion el baron había hablado de los artistas que esperaba; estaria mucho mas á gusto y quedaria mas satisfecho que aquellas damas no llegaban en traje de diversion.

Además hasta entonces había contado con la cooperacion de Athenais, que no carecia ni de tacto ni de talento para comprender á media palabra lo que debía decir ó hacer.

Pero cómo hacer entrar en razon á una docena de jóvenes locas y atolondradas, que se precipitarían en la sala bailando, y que lejos de presentarse con la cortedad y el

embarazo de la situación, se divertirían infinito con los infortunios conyugales del baron? Esto sin contar con que aquellas niñas venían á cenar, y que no se irían sin que se les diera una satisfacción de por qué se las despedía. El banquero, á pesar de la inventiva de su genio, no encontraba medio de sustraerse á los peligros que por todas partes le amenazaban, cuando su misma mujer vino en su ayuda.

Amelia no había olvidado á su escelente tia, cuyo santo debía celebrar aquella misma noche, la cual estaría á no dudarlo inquieta con su ausencia: queria al menos escribirle y anunciarla su visita para el siguiente dia.

Su marido aprobó inmediatamente esta idea: un criado montaria á caballo é iria inmediatamente á llevar la carta. Habia en el gabinete del salon lo necesario para escribir, y Amelia pidió á sus huéspedes permiso para dejarlos por un momento, proposicion que por entonces colmaba completamente los deseos del baron.

Se apresuró, pues, á abrir la puerta del gabinete, en tanto que Mauricio, cogiendo un candelabro de la chimenea, alumbraba al baron y á la baronesa.

Todos los jóvenes se lanzaron en el acto fuera del salon: Horacio y algunos otros, para prevenir la llegada de las bailarinas y dar contraórden. Alfredo y los demás, para fumar el indispensable cigarro.

Mauricio, Mr. de Havrecourt y su mujer acababan de entrar en un gabinete á la Pompadour de última moda, asilo encantador y misterioso, cuyas paredes presentaban los dibujos mas raros y caprichosos, ó cuadros, tal vez un poco atrevidos, pero deliciosos y divinamente pintados.

En una cavidad de la pared habia un mullido divan rodeado de espejos: enfrente una chimenea de marmol de Carrara, en que una mano hábil habia esculpido unos amorcillos, aunque algun tanto desnudos, pero á quienes calentaba la llama brillante del hogar. Esta pequeña pieza estaba iluminada por una sola ventana que daba al jardin.

Amelia acababa de sentarse delante de un pequeño escritorio de bronce, adornado con cincelados é incrustaciones en oro, y Mauricio colocaba sobre la mesa el candelabro que tenia en la mano, cuando un lejano ruido que se empezaba á oír, imperceptible todavía, pero no para el oído asustado del baron, que se dijo á sí mismo:

—¡Ahí están! la ópera llegó... oh, ya era tiempo.

Y sin reflexionar en el mal efecto que

podia producir tan brusca salida, se lanzó fuera del gabinete, dejando sola y frente á frente á su mujer y á Mauricio.

Este, desde la llegada de Mad. de Havrecourt, habia sido presa de los mas encontrados sentimientos: la sorpresa, la alegría... la indignacion al ver la manera audaz con que el baron se burlaba de su mujer y la engañaba sin respeto ni temor á los ojos de todos.

Habiase contenido para no desmentir las imprudentes mentiras que oía; pero sobre todo á la llegada de Athenais, habia necesitado toda su moderacion para no estallar, y cuando Mad. de Havrecourt habia sonreído y tendido su mano á aquella jóven, se levantó y dió un paso para impedir lo que él creia un sacrilegio.

Y ahora se encontraba solo con aquella mujer, á quien en un año no habia visto, y que á través de los mares y bajo un cielo extranjero no habia podido olvidar un solo momento.

Y estaba allí, con el corazon lleno de amor, de desesperacion y de pesar, ante ella, que escribió, sin levantar los ojos hácia él, sin pensar siquiera que existiese en el mundo alguien que se moria por ella. Y siempre habia sido así, desde que la conocia y la adoraba.

Este desgraciado amor secreto que creia ocultar en el fondo de su corazon, lo conocia ya todo el muddo... excepto ella... y acordándose entonces con rabia de la escena de la comida, de las barlas de que habia sido objeto... del desafío... y del insolente permiso del baron.

—Pues bien, se dijo, una vez que era marido de costumbres tan puras y tan virtuosas, me permite amar á su mujer, puesto que el cielo le protege en todo, le da tal seguridad en sí y en su estrella... ¿qué es lo que arriesgo? ¡Volvía á Francia para matarme! Pues bien, antes de morir, sabrá al menos cuánto la he amado. Su ódio hacia mí será tan grande, que, gracias á Dios, ya no podrá aumentarlo.

En aquel momento Amelia levantó hácia él los ojos, y quedó espantada de su palidez.

—¡Mucho os ha cambiado el cansancio del viaje! le dijo con interés.

—No, señora, no; la ausencia no me ha cambiado; soy siempre el mismo; desgraciado por vos y para vos.

—Qué quereis decir, exclamó levantándose con viveza.

—Que no puedo vivir así, y que lo que voy á deciros será la primera y la última ofensa que os haga.

Y sin saber lo que hacia, fuera de sí, delirante, se dejó caer de rodillas delante de ella, y la dijo sollozando:

— ¡Maldecidme, señora, porque os amo!

A este grito insensato que partia del corazón, ante aquella accion tan imprudente como imprevista, Amelia se estremeció: sus labios tan frescos y tan encarnados se pusieron blancos y temblorosos; sus mejillas se cubrieron de una mortal palidez, y se vió obligada para sostenerse á apoyarse en la mesita que tenia al lado.

Pero esta emocion tan viva y tan punzante duró solo un momento: como si aquella noble mujer hubiera sacado del sentimiento de sus deberes una fuerza sobrenatural, como si hubiera mandado á los latidos de su corazón y á la turbacion de sus facciones, sus mejillas recobraron sus vivos colores y su frente su orgullo y serenidad. Mirando al culpable prosternado á sus piés:

— Caballero, le dijo con dignidad, sois el amigo de mi esposo: ni él ni yo sabremos el acto de locura que acabais de cometer: tratad de olvidarlo vos tambien, ó si no, no me volvais nunca á ver.

Y salió del gabinete dejando al desgraciado Mauricio agobiado de vergüenza y de dolor.

Permaneció así algunos momentos insensible y mudo, sin hallar una queja y persuadido de que llegado al último punto del infortunio nada podia ya aumentarlo. Se engañaba: oyó ruido de pasos. Era Alfredo G. que entraba rápidamente en el gabinete.

— Levántate, Mauricio, levántate y prepárate á la tempestad que te amenaza.

— ¿Qué dices?

— Te han visto: estábamos ahí, en el jardín, fumando nuestros cigarros, y el baron con nosotros.

— Tanto mejor, exclamó Mauricio con rabia: ¡Tanto mejor! me pedirá una satisfaccion; es cabalmente lo que deseo.

— El, al contrario, está satisfecho, encantado, y mas contento que nunca. No es, no, con la espada, como él piensa atacarte; es con sus bromas; ya sabes que este es su fuerte. No les des, tanto á él como á nuestros compañeros la alegría y el placer de verte confundido como lo estás ahora. Vamos, ánimo, valor. Aquí estoy yo: un compañero, un burlista: no te abandonaré en el peligro, pero para conjurar este es menester que tomes la delantera á las bromas que van á caer sobre tí como una plaga de Egipto.

Mauricio, aturdido con aquel nuevo

golpe descargado sobre él, estaba atolondrado.

— ¿Qué? decía á su amigo balbuceando, ¿me han visto?

— Sí; por la ventana del gabinete que estaba iluminada con la luz de ese candlabo; te han visto arrodillarte delante de Amelia, y esta con la dignidad de una reina ofendida, hacer con la mano un gesto majestuoso y desdeñoso, queria decir: «Perdeis vuestro tiempo, amigo mio.» Y tenia razon, continuó Alfredo con calor, te habia prevenido hace tiempo, nada puedes sacar por este lado, deja á esa mujer, no te acuerdes mas de ella, búrlate de su marido, y lo mas seguro es empezar por esto.

— Si, si, tienes razon; replicó Mauricio, que sentia subirle la sangre á la cabeza. ¡Oh! tienes razon: nada se consigue cuando uno no es virtuoso ni honrado: digalo si no el baron: todo le sonrie, nada resiste á su estrella. Pardiez, continuó con rabia, quiero hacer lo que él, quiero probar el vicio, y mostrar á la fortuna que le protege que yo tambien si quisiera seria digno de sus favores.

— ¡Bravo! exclamó Alfredo; ¡bravo! así quiero que seas esta noche.

— ¡Por esta noche! dijo Mauricio con furor; di mas bien por siempre.

— ¡Eso ya lo veremos!

— Pero, ¿dónde están? dijo Mauricio con febril agitacion: ¿que se han hecho? ¿será menester irlos á buscar?

— Están despidiendo á las bailarinas que acaban de llegar.

— ¡Tanto peor! exclamó Mauricio, ¡tanto peor! Hé ahí las bellezas que me agradan y á las que desde hoy quiero solo rendir mi culto.

— Ha sido preciso hacerlas marchar unas en pos de otras: ¡y marchar sin que hayan cenado! esto era difícil. La elocuencia del baron tal vez hubiera fracasado, pero Horacio de Nanteuil ha encontrado un medio magnífico: les ha dicho que el jardinero y dos ó tres personas mas de la casa estaban atacadas de viruelas... á pesar de la vacuna. Esta noticia debe haberlas puesto en fuga... pues á las muchachas les gusta ser siempre bonitas. ¡Es su oficio!... ¿Oyes? ¡Atencion, esas carcajadas son las guerrillas!

En efecto, los jóvenes entraban por una puerta del salon, y el banquero por otra.

— ¡Victoria! gritaron: las bailarinas se han marchado.

— ¡Viva! respondió el baron, fiel á su divisa ordinaria; ¡la ópera se va! y dentro de poco Athenais se irá tambien: vuelve á Pa-

ris, calle de la Bruyere, 33; es lo mas prudente... ¡Estamos, pues, seguros! Ya no queda aqui mas que mi mujer. Divertámonos.

Y arrojó sobre Horacio y sus amigos una mirada de inteligencia, como para decirles:

—A vuestros papeles! la mistificacion va á empezar.

Alfredo comprendió la mirada, y se acercó á Mauricio, su aliado, para ayudarle á sostener el choque que le amenazaba.

Pero mientras que se daba en el salon la gran batalla, tenia lugar otra escena en el interior de la casa.

Amelia, apenas repuesta de lo que acababa de oír habia dejado el gabinete y subido lentamente la escalera, encontrándose con José, el ayuda de cámara del baron, que la bajaba en aquel momento.

—Llevad esta carta al instante á casa de mi tia, á Antony, y decid á mi marido y á esos señores, que les pido permiso para no volver á presentarme en el salon. No estoy buena; me siento cansada y voy á descansar un rato en mi habitacion.

—Está bien, señora.

—A propósito de esto, ¿sabeis dónde está mi cuarto? llevadme á él.

Y viendo el aire cortado del criado al oír esta pregunta tan sencilla en la apariencia, añadió:

—Digo que si no podeis indicarme cuál es la habitacion destinada al ama de la casa.

—Sí señora, dijo José balbuceando y señalando la puerta número 1.^o

Era este un cuarto vestido de seda azul del gusto mas esquisito, y que sobrepujaba en lujo á todo lo demás que habia visto. Amelia ni aun reparó en ello, y ocupada aun con otras ideas que la tenian conmovida, se dejó caer sobre un sofá y permaneció allí sumida en sus reflexiones.

—Sacóla de ellas la entrada de Athenais, que preparada ya para marchar á Paris, venia á buscar su schal y su sombrero, el cual se puso y arregló cantando delante de un espejo.

Cuando Amelia, á quien no habia visto, se levantó, se apresuró á disculparse.

—Perdonad, señora, me olvidaba de que estaba en vuestra habitacion.

—Mas bien soy yo quien ocupo la vuestra.

—¡Oh! no tal: además, yo me voy á Paris.

—¡A esta hora y á pesar de nuestras súplicas!... ¿Y cómo pensais volver á Paris?

—En mi carruaje... Esto me divertirá un poco. Todo está ya preparado... enganchados los caballos. Adios, señora...

—Perdonad, pero tengo que haceros algunas preguntas... ¿A dónde dan estas campanillas?

—No lo sé, respondió aturdidamente la jóven.

—Pero ¿la pieza en que estamos da al jardin ó al patio.

—Lo ignoro: las ventanas están cerradas.

—¡Cómo lo ignoras!... pero ¿no es vuestra casa...

—¡Ah! es verdad... no me acordaba ya... Como he llegado hoy...

—Pero esta propiedad, ¿no es parte de la herencia de vuestro padre?...

—¡Oh! ¡qué torpe soy!... es verdad... pero se han hecho en ella tales variaciones...

—¿Y me hareis el obsequio de decirme en cuánto se la habeis vendido á mi marido?...

—¡Oh! señora... en una cantidad bastante alzada... ya os lo podeis imaginar... en lo mas que he podido... porque la casa como veis...

—¡Pero el precio!...

—No lo sé á punto fijo... eso es cosa del agente...

—Es extraño, dijo Amelia, pero no quiero deteneros mas... Una sola palabra... ¿esta puerta oculta entre las colgaduras, cerca de de la alcoba, es acaso la del tocador?

—Sí señora, precisamente es esa.

Amelia la abrió y se encontró en una segunda habitacion: era la de Mr. de Havre-court, porque se veian aun esparcidos sobre los muebles, el gaban, guantes, sombrero y hasta el pantalon y las botas que el banquero se habia quitado al llegar, para vestirse el traje de sociedad.

—Amelia se volvió hácia Athenais, que ruborizada y con los ojos bajos, no sabia ni qué decir ni qué hacer.

—Muy jóven sois, señorita, y ya sabeis enganar... Decidme la verdad, y no hallareis en mí ni cólera, ni ódio, sino mas bien piedad... y acaso proteccion.

La jóven se arrojó á sus piés y se lo confesó todo.

Y se oia el ruido de las risas del piso bajo, y se percibia el sonido de la voz del baron, que decia:

—Bien os decia yo que mi estrella no puede abandonarme.

Amelia reflexionó algunos momentos, y tomó su determinacion.

VIII.

La llave.

—Si, señores, repitió el baron á su joven auditorio: divertámonos, y para empezar voy contaros una anécdota reciente y original, que me toca de cerca: se trata de mi mujer...

—¡Valor! dijo Alfredo á Mauricio en voz baja, porque le vió palidecer.

—Parece probado, continuó el baron con un aire de matamoros que era ya conocido de todos ellos, y que anunciaba un diluvio de chanzonetas y chistes de no muy buen género: parece que se ha perdido una declaracion de amor... totalmente perdido. Al que la encuentre y la devuelva á su dueño se le dará una buena recompensa: su propietario está desolado... pero el joven... porque es un joven... es menester que me ayudeis á conocerle.

—No tendreis que andar mucho, mi querido baron, dijo alegremente Mauricio: soy yo que me ha apresurado á usar del permiso que vos me habíais dado.

—¡Bravo! exclamó Alfredo, yo hubiera hecho otro tanto.

—Pero me han rechazado, lo confieso, porque no podia presentar mi *licencia*, que solo era verbal. Será preciso que me la deis por escrito, mi buen baron de Havrecourt; ¡cuento con ella.

—Tiene razon, continuó Alfredo; palabra ó firma son iguales, solo para gentes como nosotros. Y si rehusais ratificar vuestro contrato, no sois entonces un marido filósofo: es un título usurpado el que os apropiáis.

—Sí, sí, dijeron los demás jóvenes, lo que habeis dicho debeis firmarlo.

—Ya lo veis, baron: todos estos caballeros son de la misma opinion: debeis firmarlo, exclamó Mauricio, que aunque parecia hablar en broma tenia los labios contraídos y apretados por la rabia; al menos por honra vuestra...

A esta palabra pronunciada seriamente, todos los asistentes lanzaron una carcajada, y la discusion, que por parte de Mauricio amenazaba calentarse, fué interrumpida por los criados que traian ponche, cigarros, y mesas de juego.

—¡Vamos! exclamó Horacio de Naneuil, que una declaracion de amor no se convierta entre amigos en una declaracion de guerra: venga el ponche y bebamos al triunfo de Mauricio. Tú, Havrecourt, debes empezar.

—¡Yo! ¡vaya una broma!

—¡Sin duda! eres un buen jugador. Ha perdido la primera partida; le debes una revancha, entre nosotros siempre se hace así.

Y todos los vasos, llenos de humeante ponche, se alzaron en honor de Mauricio, que hubiera deseado por todo cuanto hay en el mundo que d'Havrecourt se enfadase. Así que, desde este momento no perdió ocasion de contrariarle, mostrándose en todo y por todo adversario suyo.

—Baron, ¿no hay mas ponche en tu casa? exclamó Alfredo viendo desaparecer el enorme bol colocado delante de ellos.

—Aquí llega el segundo, respondió d'Havrecourt, que acababa de llamar, y añadió señalando á Mauricio: ¡bebo á todas las virtudes que tiene!

—Y yo á todas las que le faltan. Beberemos así mucho tiempo.

—¡Y yo os desafío á todos! exclamó el baron, y es valor mio, porque el médico me prohíbe el ponche y el Champagne, mas ya veis cómo le obedezco, exclamó llenando un enorme vaso.

—¡Bebo por el doctor! dijo Alfredo.

—¡Y yo á sus recetas! dijo Horacio.

—Debe estar pagado por algun rival mio, continuó d'Havrecourt mirando á Mauricio, porque me manda tambien que me contenga en todo, so pena de no vivir diez años.

—¡Tienes razon! exclamó Horacio, es un enemigo tuyo. Dame el nombre y las señas del doctor, para que en ocasion oportuna llame á cualquier otro.

—Es el tutor, el amigo de Mauricio, el doctor Julio C...

—Es distinto... ya eso varía... Julio C... no engaña nunca. Así que replicó Alfredo chocando su vaso con el del baron, bebo... á tu salud... este es el caso...

Y lo bebió de un sorbo.

—Morir de enfermedad ó morir de régimen, es lo mismo; luego de dos males se debe escoger el menor.

—Bien razonado, exclamó Horacio tendiendo las cartas de una baraja sobre una mesa de juego; si solo te quedan diez años es menester vivirlos alegremente. Te desafío al ecarté.

—Apuesto por Havrecourt.

—¡Y yo!...

—¡Y yo!... exclamaron casi todos los jóvenes, porque el banquero tenia una suerte tan insolente como él y casi nunca perdía.

—¡Apuesto por Horacio! que sin saber cómo ni por qué, sentia necesidad de luchar con Havrecourt.

—¡Admitido! exclamó el baron riendo á carcajadas.

Horacio y Mauricio ganaron tres pases seguidos con gran admiracion de la asamblea. Al cuarto, Horacio perdió.

—Ya lo sabia yo, exclamó el baron: mi estrella no puede abandonarme. La fortuna no me conoció al pronto y se engañó: ¡pero ya veremos ahora!

Y arrojó un billete de banco sobre la mesa.

Mauricio, segun costumbre, ocupó el puesto de Horacio y ganó.

Y siguió ganando mas y mas... ¡Y ganaba siempre!... Dió diez pases seguidos y los billetes de banco del baron desaparecian... Cuanto mas furioso se ponía, Mauricio le punzaba con sus bromas y con sus chanzas... Hubiérase dicho que el génio del mal se encarnizaba en la ruina del baron, sin darle plazo ni tregua, acompañando cada puñalada con una carcajada infernal.

Todos los que rodeaban la mesa, y Alfredo el primero, no conocian á Mauricio.

—¿Y de qué os admirais? respondia este con amarga ironía. ¿No ha bebido el baron á mis virtudes, de las cuales se burlaba? Tenia razon: cometia yo la tonteria de ser honrado y cándido, y esto me hacia desgraciado en todo... He dado mi dimision de ese papel, y ya veis cuál me sonrie la fortuna...

—Eso lo veremos, dijo el baron: apuesto diez mil francos.

—Van apostados, dijo Mauricio.

Y en dos juegos los ganó.

—De rabia y colera, el baron rompió un vaso de porcelana que habia sobre la chimenea.

En este momento entró en el salon Jhon, el jockey de Alfredo, para anunciar que segun las órdenes de su amo, el cabriolé estaba enganchado.

Mauricio se levantó.

—¿Dónde vais? dijo el banquero exasperado.

—A Paris.

—¿Tan pronto?

—Pienso dormir allí esta noche.

—¡Oh! no os ireis así.

—¿Por qué?

—Me ganais veinticinco mil francos, me debeis una revancha.

—Os he dado once, porque he pasado once veces, y no estoy obligado á daros mas.

—Es verdad, dijo Alfredo.

—¿Tiene razon! exclamaron los espectadores.

—Mas, sin embargo, voy á daros la duodécima, pero será la última... os lo juro.

—¡Sea la última! ¡Vengan barajas nue-

vas! exclamó el baron arrojando las que le habian servido para jugar. Esto cambiará la suerte.

Mientras que se disponia todo para la nueva partida que escitaba en alto grado el interés de los espectadores, oyóse en el patio el ruido de un carruaje que se alejaba.

—¿Qué es eso? preguntaron algunos, corriendo los á balcones.

—No os incomodeis, respondió el baron con sorna; es Athenais que se va; no podia permanecer aquí. Va á pasar la noche á Paris, calle de Labruyere, núm. 33, donde vive sola, y donde yo iré á buscarla.

—¡Vos! exclamó Horacio con despecho: el amo de la casa dejar así á sus amigos y á su mujer!

—Sabén ya que mis negocios me obligan á volver temprano á Paris. Temprano llamo yo á la una ó las dos... No es muy tarde y si Athenais está dormida, tengo llave de la casa. Aquí está, dijo sacándola del bolsillo y poniéndola sobre la mesa... Me esperará, porque así lo hemos convenido... Pero no marcharé hasta que haya ganado todo cuanto pierdo.

—Cuidado, dijo Mauricio, porque correis riesgo de dormir aquí.

—¡Oh! aun cuándo me hubiera de ganar tod ami fortuna, juro que no sufriré que me saqueis ventaja ninguna.

—Y yo hago el mismo juramento, dijo Mauricio lanzándole una mirada amenazadora.

—Lo veremos.

—¡Lo veremos!

—Pues á jugar, dijo Alfredo.

—Jugaremos, dijo el baron barajando: ¡van los veinticinco mil francos!

—¿A cuántos pases? dijo Horacio.

—De tres dos, exclamó Alfredo.

—No, exclamo Mauricio; uno solo.

—¡Convenido! exclamó el baron. Veamos ahora quién da.

Volvieron cartas.

—Doy yo, exclamó el baron: primera señal de buena suerte.

D'Havrecourt dió y volvió *el rey*.

Alfredo, que estaba detrás de Mauricio, palideció.

—*El rey y el punto*, dijo el baron con aire de triunfo.

Un sordo murmullo recorrió la asamblea. Al juego siguiente, el baron dió una *bola*. Todo el mundo callaba, atreviéndose apenas á respirar. Alfredo sentia latir su corazon con violencia. Mauricio estaba tranquilo é impasible. Todo el mundo admiraba su sangre fria.

Se habian engañado, no atendia al juego a pesar suyo, y en aquel momento su corazon y su pensamiento estaban con Amelia.

En cuanto al baron, habia vuelto a su insolencia con la buena suerte; habia vuelto a recobrar su risa burlona, su mirada dominante y su imperioso acento. Este ruido sacó a Mauricio de su abstraccion, miró su juego, y viendo los cuatro puntos del baron:

—¡Ah! dijo para sí; esa mujer ha nacido para causar mi pérdida; su imagen aun en recuerdo me hace desgraciado. Arrojemola, apartemos de ella el pensamiento. Volvamosle hacia esa jóven, hacia Athenais, que me hubiera amado, que acaso me ama todavía. Es la pasion que necesito, el solo amor que me inspira, la sola diosa a quien invoco.

—Marco el punto, exclamó en alta voz.

—¡Contra cuatro! dijo Alfredo, y un vivo sentimiento de curiosidad se pintó en los rostros de los circunstantes.

Mauricio ganó el segundo punto, y Alfredo comenzo a recobrar la confianza y la voz. El banquero dejó de reir y se tornó silencioso. En fin, en el último juego, la fortuna, largo tiempo indecisa, se declaró en favor de su nuevo protegido, y la victoria ni siquiera fué disputada.

¡El rey y oia! exclamó Mauricio levantándose. Caballero de Havrecourt, continuó friamente, me debeis cincuenta mil francos: me los enviareis cuando os parezca. Alfredo, tomo tu cabriolé para volver a Paris.

El banquero, que estaba aterrado y mudo con el golpe que acababa de recibir, levantó la cabeza al oír las últimas palabras, y presa de la angustia del jugador, obligado a renunciar definitivamente a su dinero, y lo que es aun mas terrible, a la esperanza de seguir jugando todavía, exclamó:

—No podeis negarme otra revancha.

—¡Es imposible! exclamó Alfredo.

—¡La última!... aunque sea doble contra sencillo... jugaré los cien mil francos contra los cincuenta mil que os debo: esto es justo y leal... ¿no es verdad, señores?...

—Basta de jugar, respondió Mauricio mirándole friamente; a vos que tan feliz os creéis, he querido hacer conocer por un momento la desgracia... y una desgracia de dinero... un dolor de billetes de banco... ¿Qué es pues? Menos que nada para mí... con mucha mas razon para vos.

—Puesto que en tan poco lo teneis, ¿por qué no me concedeis esa revancha?

—Justamente porque no lo aprecio, y porque habiendo ya ganado demasiado dinero, no quiero ganar mas.

—¿Qué quereis pues?

—¿Qué quiero! exclamó Mauricio, cuyos ojos brillaron en aquel instante con la idea de una nueva venganza... quiero la llave que teneis ahí encima de la mesa.

—Cómo, dijo el banquero mirándole con aire de duda, y como para asegurarse de que no hablaba en broma: ¿la llave de la casa de Athenais?

—Sí; os la juego contra vuestros cincuenta mil francos.

Un grito de admiracion y de sorpresa resonó en la sala; todos los jóvenes batieron palmas y rodearon a Mauricio, a quien esta idea acababa de colocar a sus ojos a la cabeza de todos ellos, y de toda la tropa lions y fashionable de Paris.

Alfredo fué el único que se opuso a una idea, admirable en sí misma, pero absurda por la ejecución. Mauricio habia dado ya doce pases... el décimotercero era imposible!

—¡Creo, replicó Mauricio, que el trece sea fatal! ¿Lo será para el baron!

—Aun cuando eso fuera; ¿semejante conquista no vale los cincuenta mil francos!

—¡Bah! no te conozco. Pregunta a Horacio si los hubiera dado.

—¡Es verdad!

—Pregunta al baron... que acaso los habrá ya gastado...

—Lo aseguro: en muebles, cachemiras y alhajas, sin contar el carruaje y caballos que acaban de llevarla a Paris... todo lo he gastado sobre palabra, pues nada he recibido todavía...

—Esta noche debían pagarme aquí ó en Paris...

—Segun eso, es un crédito lo que se os dió, dijo Horacio fumando tranquilamente su cigarro.

—Ya, pero... comprendiéndolo todo... casa, carruaje...

—No hay mas que hablar, continuó Horacio; se vende ó se juega una propiedad con todos sus accesorios... Si el baron pierde, renuncia al amor y al moviliario de la griseta... es una cesion de cuerpo y bienes.

—Está hecho, exclamaron los jóvenes. La puesta de Mauricio está representada por los cincuenta mil francos que le deben y la del baron por esa llave.

—¡Pues que decida la suerte! exclamó Alfredo lanzando un suspiro y alzando a la par los ojos al techo y la copa de ponche a los labios.

—¡Ahora al combate! exclamó el baron, cuyo corazon estaba henchido a la vez de cólera, de temor y ávida esperanza.

Circuló de nuevo el ponche, y todos aquellos jóvenes, con el vaso en la mano y

el cigarro en la boca, rodearon con una doble fila el campo de batalla y á los dos combatientes que se perdian casi en una nube de humo.

Un triste y profundo silencio reinó de nuevo en la habitacion. En cuanto á Mauricio, el que le hubiera visto tal como entonces estaba, pálido y frio, le hubiera creído de mármol y sin emocion ninguna, y sin embargo, bajo aquella calma aparente rugia en el fondo de su corazon una tormenta tanto mas terrible, cuanto mas concentrada.

Solo de cuando en cuando un estremecimiento nervioso le hacia traicion, y arrojando sobre Alfredo, que temblaba por él, una mirada en que brillaban una confianza é ironía infernales, parecia decirle:

—Tranquilízate, no temas; si se tratara de una buena accion perderia; pero arriesgo en una sola puesta mas de lo que una familia honrada necesita para vivir: juego á una carta la posicion y el honor de una jóven... debo ganar, estoy seguro de que ganaré. Hay en todo esto bastante inmoralidad é infamia para que gane.

La partida comenzó.

La fortuna no se contenta con ser ciega y caprichosa; es frecuentemente tan tenaz, que confunde todas las probabilidades y todos los calculos de los hombres. Diríase que no se cansa de agobiarnos, ya con los golpes mas desastrosos, ya con los mas inauditos favores. Ella que cambia y varia sin cesar, parece á veces haber enclavado su rueda. Semejante á una coqueta que no sabiendo ya qué fantasía imaginar, quiere coronar todos sus caprichos con el postrero, el mas absurdo, y el mas inverosímil de todos: la fidelidad.

La partida fué largo tiempo disputada; los dos adversarios llegaron uno en pos de otro á tener cuatro puntos; tocaba al baron dar el último. Enjugóse el sudor que humedecia su frente; cogió las cartas con mano temblorosa, las barajó torpemente, y dió á Mauricio su juego y después á si mismo. Volvió... ¡el rey!

—¡Gané! exclamó levantándose y cogiendo rápidamente la llave como para apoderarse del precio de la victoria. ¡Gané!

—Os equivocais, caballero, respondió friamente Mauricio, tendiendo su juego sobre la mesa... Tengo seis cartas, está mal dado.

El baron aturdido cayó sobre su asiento, y la partida continuó.

Pero la fortuna que tan evidentemente acababa de declararse en favor de Mauricio, no era mujer que le abandonase en el

momento decisivo. El quinto punto fué ganado por él y seguido de un largo hurra de victorias.

El banquero, no creyendo todavía en su derrota, habia quedado inmóvil, con los ojos fijos en la mesa, como el jugador de ajedrez de Delille:

Que del terrible mate convencido
apenas, y dudando,
estático se queda contemplando
aquel golpe postrer que le ha vencido.

Mauricio, sin decir una palabra, se levantó, cogió de la mesa la llave que le aseguraba la posesion de la casita de Athenais, y salió de la habitacion. Algunos minutos despues, se oyó rodar sobre el empedrado del patio el cabriolé que lo llevaba á Paris.

Al oír este ruido, el banquero levantó la cabeza.

—¡Se marcha! exclamó con rabia.

—Sí tal, y tiene derecho para ello, replicó Alfredo.

—Eso es lo que se llama un jugador, exclamó Horacio.

—Ha demostrado, repitieron los demás, generosidad, audacia y sangre fria... cabalmente porque siempre le habiamos visto tan tímido y comedido...

—Ocultaba su juego, dijo Alfredo sonriendo.

—Es un hombre *com' il faut*, dijo Horacio, y desde hoy puede contar con mi amistad.

—Y con la nuestra, dijeron todos los demás.

—Pero no con la del baron, añadió Alfredo.

—Sí tal, dijo este, que vuelto de su primer estupor habia comprendido que él, siempre victorioso, debia por honra suya soportar un poco mejor los golpes de la suerte.

Y riendo á carcajadas, continuó:

—¡Todo el mundo, aunque no sea mas que por casualidad, tiene un buen cuarto de hora! El suyo ha sido este. Mas tarde me pagará en detall lo que me ha llevado de un golpe. ¡Oh! lo que me ha hecho efecto no han sido precisamente los cincuenta mil francos... Ya saben todos lo que es esc para mí... pero renunciar á Athenais... en la que acaso mañana ni habria pensado siquiera... ¡Oh! ya sabeis que á mí no me gustan mas que las primeras representaciones.

—Y esta es extraordinaria y á beneficio, dijo Horacio.

—Sí, á beneficio de Mauricio, dijo Alfredo.

—No hablemos mas de esto, dijo el baron: preciso es resignarse. ¡Viva la filosofía! Pasaré la noche aquí, con vosotros y mi mujer.

—Pardiez, que mas bien ganas que pierdes en el cambio, dijo Horacio.

—Y á fé que si pudiéramos compartir tu infortunio, dijo Alfredo estrechándole afectuosamente la mano, seríamos bien felices.

—Si es así, replicó el baron recobrando su aire de fatuidad, os deseo felices noches. Vámonos cada uno á nuestra habitacion, porque creo que ya nada tenemos que hacer por esta noche.

—Te equivocas, Havreccourt, dijo Horacio acariciando sus bigotes con aire de triunfo. Todavía no están ajustadas nuestras cuentas. Tienes que saldar la mia.

—¡La tuya!

—Si tal. Me debes doscientos napoleones.

—¿De qué?

—De una apuesta.

—¿Qué apuesta?

—¿No habias apostado que el corazon de Athenais no podia resistir tus encantos, y que serias su primer vencedor?

—Es verdad, exclamaron á coro los asistentes.

—Y como á lo mas, si llegas á serlo, serás el segundo, porque Mauricio se ha llevado la llave, no te queda mas remedio que pagar. Paga, baron.

—Pagad, repitió la asamblea.

—No hay mas remedio, dijo Havreccourt sacando su bolsillo; cuando uno no está en suerte todo le sale mal.

—Está visto, ¡oh César! que tu estrella palidece y que la fortuna te abandona.

—Pero solo por un dia: este dia fatal va á terminar. Mirad, faltan pocos minutos para las doce: mañana... ya veremos.

Y diciendo estas palabras alincó en la mesa ocho pilas de á veinticinco napoleones.

Las doce dieron en el reló del salon.

En aquel momento se abrió una puerta del salon. Todas las miradas se dirigieron hácia aquel lado.

Vieron entrar... ¿á quién?

A Athenais.

Un grito de admiracion acogió su entrada.

—¿Me engañan los ojos? exclamó el baron estupefacto con aquella aparicion inesperada. ¿Cómo! ¿no habeis marchado á Paris, segun habiamos convenido?

—Ya lo veis.

A esta nueva peripecia que cambiaba por completo la faz de las cosas, el baron se dejó caer riendo en su butaca, y su acce-

so de alegría, compartido por sus compañeros, fué tan largo y prolongado, que se temió por un momento que lo sofocase. Repuesto ya de él:

—Y bien, continuó apresurándose á recoger las pilas de napoleones, que habia colocado en la mesa; y bien, ¿no os decia yo ahora poco que mi estrella, un momento oscurecida, iba á aparecer con nuevo y mayor brillo? ¡Ja! ¡ja!... el bueno de Mauricio que corre á todo escape hácia Paris en busca de lo que tenemos aquí.

—Pero escuchadme, replicó Athenais, que en medio del miedo no podia hacerse entender.

—Hablad, hablad, hija mia, ya os escuchamos.

El baron hizo sentar á la jóven en un sofá á su lado, en tanto que los jóvenes se agrupaban en torno suyo.

—Pero, dijo Athenais asustada con aquel auditorio, ¿me han de oír todos estos señores?

—¿Por qué no? habla sin temor; son amigos.

—Pues bien, he venido para hacerlos un favor y evitaros una desgracia. Es que he prometido permanecer en mi cuarto y no hablar á nadie, sobre todo de lo que voy á deciros. Al pronto me decidí á hacerlo así, pero he reflexionado despues y me he dicho á mí misma: Verdad es que no quiero á ese pobre baron.

—¡Eh! dijo el baron frunciendo las cejas.

—Pero no es culpa mia: él me ha querido hacer un bien; yo no debo pagarle mal, ni esponerle á semejante escena, ni á un peligro como este, cuando con una palabra puedo impedirlo.

—¿Y bien? continuó el banquero, cuya curiosidad, así como la de los que le rodeaban, iba en aumento á proporcion que hablaba Athenais.

—Pues bien, he venido para deciros: permaneced aquí y guardaos de ir esta noche á Paris á la calle de Labruyere, número 33.

—¿Y por qué?

—Por un peligro, de que me está prohibido hablaros y que no debíais saber; un peligro grande, terrible.

—¡Cielos! exclamó Alfredo, y Mauricio que ha marchado allá!...

—¡Mauricio! dijo la jóven admirada.

—Sí, en mi lugar... dijo el baron con un sentimiento de alegría egoísta. ¿Veis mi estrella?

—¡Mauricio! exclamó la jóven dejando caer sus brazos... ¡esta es otra!

—Corre á su pérdida... vos responderéi

de él, prosiguió Alfredo con calor. Vos... por no haber hablado.

—¡Hablad! exclamó el banquero.
—¡Hablad! exclamaron los jóvenes.
—Pues bien, dijo la jóven asustada de aquel tumulto; puesto que es preciso decirlo todo... me he encontrado allá arriba con la señora, la cual me ha preguntado con aire tan imponente... tan severo... y sin embargo tan bueno... hablándome de honor y de virtud... de una manera... ¡diablo!... cuando una no está habituada... siempre hace algun efecto... le desconcierta á una... y la he confesado todo... lo que pasaba.

—¡Tonta! exclamó el baron furioso. Y te habrá agobiado con dicterios y reproches...

—No tal: me ha dicho palabras sencillas, llenas de bondad que me llegaban al corazon. «Hay mas alegría en el paraíso para el que vuelve al buen camino, que para el que nunca se ha separado de él.» ¡Oh! esa noble señora me ha abrazado diciéndome: «La fortuna que te han prometido por perderte, yo te la daré, hija mia, porque vivas honrada .. Pero hay otros culpables que deben ser castigados, ó al menos desamparados por mí... esto es necesario. Ibas á marchar á Paris (la habia dicho que me esperaba el carruaje en el patio), quédate aquí, continuó, enciértrate y prométeme sobre todo no hablar á nadie. Yo voy á esperar á mi marido, toda la noche si es preciso, por tí, en la calle de Labruyere número 33.

Apenas Athenais habia terminado su frase, cuando los jóvenes y Horacio lanzaron un grito de sorpresa; Alfredo un grito de alegría, y el banquero de furor.

—¡Mis caballos! ¡mis caballos!... exclamó d'Havrecourt fuera de sí.

IX.

El cuarto de Athenais.

Mauricio, al salir del salon, habia encontrado al cabriolé y al jockey de Alfredo que le esperaban hacia largo rato.

—¿Quereis guiar? preguntó Jhon.
—No, porque no eonozco el caballo. Guia tú, y corre lo mas que puedas. Necesito llegar á Paris pronto, muy pronto.

—Está bien, señor, dentro de cinco cuartos de hora estaremos allá.

Jhon abandonó las riendas de lord Palmerston, caballo inglés, fiero y soberbio, pero sombrío, receloso y conocido por su mal carácter, cualidades que seria injusto atribuir á su nombre, pero que probablemente

habrian sido causa de que se le pusieran. El ligero carruaje, que solo era un tilbury con capota, salió rápidamente del patio y una vez ya en la carretera, lord Palmerston devoró el espacio.

Dominaba aun á Mauricio la impresion de las escenas que acababan de pasar: ardiendo la cabeza, oprimido el pecho, aunque guardaba un profundo silencio, aunque no se escapaba una palabra de su boca, todavía era presa de la agitacion febril que le habian producido el juego, el ponche y la cólera. No era feliz, pero sentia una especie de placer ó contentamiento orgulloso y vano.

Se habia vengado de aquel hombre, que durante largo tiempo lo habia humillado y desesperado: á su vez acababa de humillarle en sus riquezas y en sus amores. No habia podido hacerse amar de su mujer, de quien el baron se cuidaba poco, pero le arrebatava una querida que adoraba, y esa querida, esa jóven encantadora le pertenecia.

La fortuna se la habia dado y el amor casi tambien, porque Athenais le habia dejado comprender la inclinacion que hacia él sentia, y probablemente no se rebelaria contra una casualidad que estava de acuerdo con su corazon. Y luego, al dia siguiente, Mauricio creia oír los plácemes y felicitaciones de sus amigos sobre su triunfo, de sus sarcasmos sobre la derrota del baron.

Tales fueron durante el primer tercio de su viaje los sentimientos que le agitaron, y luego á medida que el carruaje avanzaba, el aire de la noche, el viento fresco de diciembre venia á refrescar sus sentidos y su abrasada frente, y calmábase su exaltacion. Hasta entonces solo con la pasion habia razonado, y al ver su espiritu mas tranquilo, le permitia ya mirar las cosas bajo su verdadero punto de vista.

Comenzaba á avergonzarse de las escenas que le habian sucedido y en que habia representado tan gran papel; casi tenia remordimiento de su triunfo, y en el último tercio ya, parecía vergonzoso el aprovecharse de él.

Pareciale que aunque hubiera ganado lealmente al juego aquella jóven, que era un pacto infame; echábase en cara como una indignidad el usar de sus derechos y arrebatarle su honor, honor que antes habia sido comprado por otro y negado por otro.

En fin, al acercarse á Paris, sus ideas se habian de tal modo modificado, que renunciando á Athenais se habia propuesto

no aprovecharse de su victoria, pero no queria sin embargo que fuese inútil, y que el baron, glorificándose de nuevo de su conducta, pudiera recobrar sus derechos sobre la jóven.

Era preciso buscar un medio para quitársela para siempre. Un pensamiento noble y generoso acababa de ocurrirle á Mauricio. Apenas concebido parecia ya tarde para ponerle en ejecucion, y sin embargo, veíanse ya la barrera y las primeras casas del arrabal.

—¡Aprieta! ¡aprieta! decia á Jhon.

Y Jhon obedeció.

Pero sea que el orgulloso animal se indignase de aquel modo de obrar á que no estaba acostumbrado, sea que los reverberos de las barreras y el ruido de otro carruaje que pasaba le asustasen, se encabritó, dió media vuelta, y á pesar de los desesperados esfuerzos de Jhon, salió como una flecha en direccion opuesta á Paris.

Mauricio, impaciente, desolado, no sabia qué hacer ni qué partido tomar: veíase ya llevado de nuevo á Orsay, cuando le corria prisa el acabar su camino y correr para poner en planta su obra, á la calle de Labruyere, de la que se iba alejando mas y mas.

No escuchando, pues, mas que su sudor y su vivacidad de jóven, sin decir nada á Jhon y sin que este tuviera tiempo de disuadirle ó contenerle, saltó del tilbury al suelo á riesgo de matarse, como mas de una vez ha sucedido, como lo atestiguan demasiado célebres y desgraciados ejemplos.

Mauricio se salvó de aquel incidente como por milagro, y aunque aquella misma noche hubiera insultado á la Providencia pretendiendo que protegía el vicio, pensó que la buena accion que meditaba le habia salvado del peligro y habia hecho que se le perdonase su blasfemia: Cayó al borde del camino, se levantó y no vió ya ni á Jhon ni al carruaje.

Tratar de alcanzarlos á la carrera y detenerlos era imposible. Fatigábase el caballo con sus propios esfuerzos, ó Jhon, que era un habil cochero, hallaria medio al cabo de algunas leguas de apartarle del camino y lanzarle en una tierra labrada para que la fuga desesperada de *lord-Palmerston* acabara de amortiguarse y quebrantarse allí.

Mauricio, pues, se vió obligado á tomar á pié el camino de Paris.

Caminó á pié algun tiempo por la carretera: luego encontró un fiacre que iba vacío, y se lanzó en él, gritando al cochero:

—Calle de Labruyere, número 33: corre y te pago doble.

El cochero castigó los caballos con todo el vigor de su brazo. Pero estos no tenían la susceptibilidad de *lord Palmerston*, y les hubiera sido imposible, aun cuando hubieran querido, el hacer correr á Mauricio ningun peligro, á no ser que este hubiera sido el de no llegar.

Temiólo así por un momento, pero desvaneciése su aprension y ya era un poco mas de media noche cuando el coche llegó á la calle de Labruyere.

Mauricio estaba en su barrio y no lejos de su casa: examinó algun tiempo por fuera la casa en que *Athenais* vivia sola, casi aislada, porque la calle entonces no estaba concluida del todo. Era un pabellon cuadrado, compuesto solo de un piso bajo y del cual las ventanas del Norte caian á unos terrenos en venta, los cuales costearban la calle de *Notre-Dame-de-Lorette*.

La cocina, las cuadras y las habitaciones de los criados estaban en un cuerpo del edificio, aparte, á la derecha del principal, y la entrada, puerta bastarda y misteriosa, daba al Mediodía, en la calle de *Labruyere*.

En aquella pequeña casa, que el binquero habia hecho construir y que le pertenecia, todo habia sido arreglado para que el dueño pudiese entrar y salir fácilmente de incógnito, sin ser visto de nadie. La llave, que hacia á todas las puertas, le dispensaba de criados y portero, y podia en caso de querer hacerlo así, por mas confianza que tuviera en su mérito y discrecion, podia entrar y salir sin avisar á nadie, á cualquier hora del dia y de la noche.

Amelia, que hacia ya mas de una hora que esperaba á su marido, habia tenido tiempo de coordinar sus ideas y trazar fija y claramente su plan de conducta. No sospechando nunca de él, no le habia sido difícil hasta entonces el engañarla, y su indignacion habia sido tanto mayor cuanto mas grande era la confianza que en él tenia.

No porque el sentimiento que experimentaba se pareciese en nada á los celos; amaba á *Mr. de Havrecourt*, no por inclinacion, sino por deber, y fiel á este deber, obedecia todas las órdenes de su marido, y hasta sus menores caprichos. Sometiase, sin murmurar á exigencias que la humillaban, pero esclava dócil hasta entonces, veia, en lo que acababa de descubrir, el medio de sustraerse á aquel yugo eterno.

Ella, que nada tenia que echarse en cara, queria obligar con la evidencia á *Mr. de*

Havrecourt á reconocerse culpable, y tenerle por aquel medio, á su vez, en su poder y bajo su dependencia, no para abusar de ella, sino á fin de conquistar por si misma los miramientos, y sobre todo la libertad que hasta entonces se le habia negado.

Esperaba, pues, segun las noticias que Athenais la habia dado, en el dormitorio del primer piso, y ya empezaba á cansarse cuando oyó ruido de pasos en la escalera. Apresuróse á apagar la bugia que ardia encima de un velador, y pocos momentos despues, oyó rechinar una llave en la cerradura.

Su corazon latia vivamente, é incapaz de dominar su emocion, se dejó caer en un divan que estaba cerca de la chimenea. Acababan de cerrar la puerta y andaban ya en la habitacion.

Amelia hubiera querido hablar, pero la hubiera sido imposible pronunciar una sola palabra: esperaba, pues, prudentemente que Mr. de Havrecourt empezase la conversacion.

Pero cuál no seria su sorpresa, cuando una voz que no era la de su marido, una voz que conocia demasiado bien, la dijo conmovida:

—Athenais, ¿dónde estais?

La sorpresa y el terror cerraron sus labios. Explicarse cómo Mauricio estaba allí, en medio de la noche, encerrado con ella en aquella misma casa aislada, en aquel dormitorio, es lo que no podia ocurrirse á su imaginacion tan imposible y sobrenatural le parecia.

Solo pensó en una cosa, en el peligro que corria, y por un movimiento instintivo quiso huir, pero tropezó con Mauricio, que la dijo con dulce voz:

—¡Ah! ¡estais aquí!

Volvió á caer sobre el sofá. Mauricio se sentó á su lado y la cogió una mano.

—Temblais, señorita, y lo concibo. Esperabais á Mr. de Havrecourt, y soy yo, Mauricio, quien viene en su lugar. Tranquilizáos: no abusaré ni del sitio en que me encuentro, ni de la ocasion que se me ofrece, por mas tentadora que esta sea. Ni aun me acordaré de lo que comiendo hoy me dijisteis, ese amor que yo no merecia, y que vos sin duda alguna habeis olvidado. Escuchadme solo por algunos minutos.

Refirióla entonces en pocas palabras la escena que acababa de pasar en Orsay; cómo el baron habia jugado y perdido contra cincuenta mil francos la llave de aquella habitacion.

Amelia no pudo contener un grito de indignacion y de desprecio.

Mauricio comprendió aquel movimiento, y exclamó con calor:

—Teneis razon, Athenais, pero me perdonares tal vez si supierais de qué delirio, de qué desvario era presa en aquel instante. No tenia esperanza: acababa de perder todo lo que me ligaba á la vida. El ángel por quien amaba la virtud me habia abandonado: queria arrojarlo de mi corazon. Ha vuelto á entrar á pesar mio, y con él ha vuelto tambien el honor y la lealtad.

Escuchadme, Athenais, y deponed todo temor. Os he dicho durante la comida que si vuestro padre supiera vuestra conducta esta le mataria, y os he visto temblar ante esta idea. Decís que quereis asegurarle el reposo y la comodidad, ¡y para comprar la fortuna vender vuestro honor y el suyo: no la querria á este precio: moriria mas bien el pobre hombre, y vos os quedariais sola con vuestro oro. ¿Os atreveriais á hacer uso de una fortuna que hubiera causado la muerte de vuestro padre? Yo vengo a proponeros otro medio que os costará menos. ¡Decís que no podeis habituaros á la miseria! Pues bien, casáos con Mateo, el oficial de sastre de vuestro padre, que tanto os ama y que es un hombre honrado. Me responderéis que os hace falta una dote: yo tengo esa dote y os la traigo. Vuestros son los cincuenta mil francos que he ganado esta noche. Esto me reconciliará un poco conmigo mismo, y me acercaré otro poco á mi ángel bueno, al ángel de mi guarda, porque ella es la virtud!...

¿Cómo pintar lo que Amelia sentia en aquel momento! Temblando de ser reconocida, temiendo que su emocion la descubriera, hubiera querido hablar y no se atrevia á hacerlo: pero á pesar suyo le apretó la mano como para decirle:

—Está bien.

—¿Aceptais? exclamó Mauricio.

—Hizo seña de que no.

—¿Y por qué rehusar? El dinero que yo os ofrezco no lo necesito: porque hoy, preciso es deciróslo, estaba decidido á dejar este mundo, donde no sé qué hacer, donde nadie se interesa por mi, donde nadie me ama.

Sintió caer una lágrima sobre su mano.

—Perdon, hija mia, si os aflijo. Oh, ya veo que me habeis dicho la verdad, que me amais, que no me habeis engañado. Yo tampoco quiero engañaros... Quiero deciros... ó mas bien sabeis ya mi secreto, puesto que habeis asistido á esa comida, y allí, delante de vos, delante de sus amigos, en el desorden de una orgia, el baron no ha temido profanar el nombre mas puro y respetable:

el de su mujer; puesto que vos estábais allí cuando ha dicho en alta voz que me permitia amarla, que daba de antemano su consentimiento y su aprobacion. ¡Oh! ¡esto es infame! ¿no es verdad? ¡Aun os estremeceis ahora con solo el recuerdo!

Amelia, en efecto, no habia podido contener un grito de vergüenza y de indignacion.

—Y bien, continuó Mauricio, puesto que me han hecho traicion á la vista de todos, ya que han puesto de manifesto el secreto que yo esperaba ocultar á ella y á todo el mundo, ya conoceréis que amo, y que cuando se ama, es uno insensible á cualquier otro amor, como á todo otro cualquier bien.

Sentís, hija mia, que es preciso creerme, y casaros con el que os propongo. Venid, por mas tarde que sea, quiero llevaros á casa de vuestro padre, venid... ambos vivimos en la misma casa. Llamaremos á la puerta de su buhardilla, y cuando yo le grite: «Es vuestra hija, que os traigo;» se abrirá su corazon y sus brazos. Vamos, valor. Seguidme; démonos prisa á marchar. Pero antes, para salir de aquí, encendemos luz.

Y desgarrando un papel que sacó del bolsillo, lo acercó á la lumbre de la chimenea; con ayuda del papel que acababa de inflamarse, encendió la bugia que habia sobre el velador. Pero, ¡cielos! ¡cuál no seria su sorpresa cuando vió á aquella mujer, mas alta, mas esbelta, mas majestuosa que Athenais, que ocultaba la cara entre las manos!

Al relámpago que pasó por sus ojos, al estremecimiento que recorrió su cuerpo, no comprendió, pero adivinó la verdad.

—¡Amelia! exclamó cayendo de rodillas. ¡Amelia! ¿sois vos!

Ella no le contestó, pero le tendió la mano.

Mauricio lanzó un grito de alegría y de felicidad, y todo cuanto la pasion mas verdadera puede inspirar á un enamorado delirante se escapaba en ardientes palabras de sus labios y de su corazon. El pobre jóven habia gastado sus fuerzas en la adversidad. Carecia de ellas para luchar y hacer frente á la felicidad que le sorprendia indefenso, y su razon parecia próxima á sucumbir; era casi una locura, pero ¡locura de amor.

Amelia, asustada, se vió obligada á tranquilizarle, y á volverle en sí.

—Escuchadme á vuestra vez, le dijo, como yo os he escuchado. Os amo, Mauricio, y vanos serian los esfuerzos que hiciera pa-

ra ocultároslo á vos y á mi misma: ignoro la suerte que nos está reservada; pero me conoceis lo bastante para comprender que no sobreviviria á la pérdida de mi propia estimacion. No esperéis, pues, de mi mas que la ternura de una hermana, de una amiga. No pudiendo perteneceros, no seré tampoco de nadie, ni aun de Mr. de Havre-court. Todos nuestros lazos desde este dia, os juro que están rotos.

En este momento, un carruaje que llegaba á escape se paró en la calle de Labryere, y momentos despues llamaron con grandes golpes á la puerta de la calle.

—¡Silencio! dijo Mauricio.

Escucharon.

Oíase la voz furiosa de Mr. de Havre-court que llamaba y despertaba á los criados acostados en el edificio contiguo al pabellon.

—¡Ah! ¡estoy perdida! dijo Amelia. ¡Yo que queria sorprenderle y confundirle, voy á ser encontrada por él, encerrada en este sitio y á esta hora con vos! Y ese ruido, ese escándalo... los criados... ¡Oh! mi reputacion está perdida para siempre.

—¡Es verdad, es verdad! decia Mauricio, rugiendo de rabia y de desesperacion. ¡Ella! la virtud misma, ¡perdida! ¡deshonrada por mí! ¡No, no! exclamó como inspirado; ¡suceda lo que quiera, sostened altivamente que habeis estado aquí sola esperándolo! Afirmad que no me habeis visto, que no he venido; yo me encargo de lo demás, yo me encargo de probarlo. A mí me toca justificaros y defenderos.

Oyéronse en la escalera pasos precipitados: Mauricio corrió á abrir una de las ventanas que daban á los terrenos baldíos de la calle de Notre-dame-de-Lorette, y sin mirar cuál era la altura se precipitó por ella.

Amelia lanzó un grito, y solo se tranquilizó cuando desde el pié de la tapia oyó una voz sorda y ahogada que le gritaba:

—¡Estoy en salvo! ¡Abrid!

En este momento llamaban á la puerta de la habitacion.

Amelia abrió.

Entró el baron fuera de sí, furioso, y se detuvo estupefacto al ver á su mujer sola, tranquila, inmóvil, en pié en medio de la habitacion que le decia con acento de profundo desprecio:

—¡Venís á buscar aquí á Athenais Tricot! Ella ocupó mi lugar en vuestras afec-ciones; yo he tomado por un momento el suyo en esta casa, para haceros comprender, caballero, lo que pienso de vuestra

conducta. Esperaba deciroslo á vos solo y no delante de tanta gente; pero puesto que vos habeis traído testigos, hablaré delante de ellos.

—¡No, no! exclamó el baron, que hubiera querido en aquel momento hallarse cien piés bajo tierra. No es eso, querida amiga... un *quid pro quo*. . una equivocacion... que no comprendo, pero que tenia, me ha hecho venir para libraros de un peligro... que no existe, pero del cual hubiera podido ser la causa y la víctima... Esto y no otra cosa es lo que aquí pasa .. Venia como culpable que soy, pero culpable de imprudencia, de inconsecuencia solamente, á solicitar vuestro perdon.

—Que yo os niego, caballero. Pero no creo que vos tengais por conveniente el permanecer por mas tiempo en esta casa. Volvamos á la nuestra.

El baron, que habia perdido su arrogancia y su aplomo, ofreció respetuosamente la mano á su mujer. Salieron de la casa y montaron en el carruaje de Mr. de Havrecourt que estaba á la puerta.

En el camino, que no fué largo, Amelia no habló palabra. Silencio terrible y humillante que el baron no se atrevió á romper, y del que se aprovechaba para decirse á si mismo:

—¿No estaba allí?... ¿pero cómo ha sido esto? Le habrá pasado algo, ó mis caballos habrán corrido mas y habré llegado antes? Es probable, y mañana, á los ojos de nuestros amigos, podré conservar todavía los honores de esta noche.

La entrada del coche en el palacio interrumpió estas reflexiones.

Llegada ya á su habitacion, Amelia le dijo friamente:

—Caballero, guardaré silencio sobre esta aventura, y si llega á saberse no será por mí. Dueño cada cual de su fortuna, viviremos desde hoy, vos segun vuestras inclinaciones; yo segun las mias. Os agrada el juego, el lujo y las gentes del gran mundo; yo prefiero los pobres: gastareis vuestro dinero con los unos, y yo gastaré el mio con los otros. Deseo, caballero, que este arreglo os convenga y que accedais á él.

—Ciertamente, señora, que... —dijo el baron con embarazo; sin embargo... amiga mia...

Amelia retrocedió un paso, y bajando la vista le dijo conmovida:

—Desde hoy, caballero, esta habitacion será la mia; la vuestra la que está al estremo opuesto.

Y como el baron insistiera, levantó la cabeza con orgullo, y otro que no hubiera

sido su marido hubiera visto brillar en su mirada en aquel momento un rayo de ternura. Con voz firme y segura le dijo por la primera vez de su vida:

—¡Lo quiero!

Ante estas palabras el baron quedó confundido: y tomando su bugía, saludó y salió del cuarto de su mujer.

X.

Cambio visible.

El pobre Mauricio, al tirarse por la ventana, se rompió una pierna, pero aunque sintió un dolor horrible no profirió una queja... Miró enderredor y vió con alegría que el sitio en que habia caído daba á la calle de Notre-Dame-de-Lorette. No estaba lejos de su casa. Sin embargo, solo con horribles sufrimientos, y despues de largo tiempo, pudo llegar arrastrándose á su casa.

En cuanto amaneció, Mauricio, el mas feliz de los hombres, se apresuró á prevenir á su tutor y amigo Julio C..., el cual, maravillado de la alegría y del buen humor del enfermo, poco antes atacado de tan mortal *spléén*, no podia comprender que una pierna rota pudiera cambiar de tal modo la parte moral, y meditaba, como se ha visto, su trabajo sobre este asunto.

Era medio día: Mr. de Havrecourt acababa de bajar á almorzar con su mujer, y habia encontrado en el comedor á Horacio de Nanteuil y á sus amigos de la víspera, que venian á gozar caritativamente de su falsa posicion, con pretesto de informarse y adquirir noticias suyas.

El banquero comprendió al momento lo difícil de su situacion, y tuvo buen cuidado de decir á media voz á sus amigos:

—Todo va perfectamente: llegué antes que Mauricio: mi mujer estaba sola.

Vió los cumplimientos burlescos que le dirigian y la sonrisa incrédula que se pintaba en todas las fisonomias, y la cual queria decir que nadie daba crédito á la relacion que acababa de enjaretarles, la cual se imaginaban era una fabula inventada y arreglada por él. Oyó á Horacio murmurar á media voz y decir á sus camaradas:

—¡Phs! ¡ya se ve!... ni puede ni debe decir otra cosa...

El banquero, aunque seguro de la inocencia de Amelia, habia comprometido con su imprudencia el honor de su mujer y el suyo. Herido en lo que mas estimaba, en su orgullo, bu caba y no hallaba medio ninguno de reparar aquella irreparable des-

gracia, cuando se abrió la puerta de la habitación y apareció Alfredo G., pálido y con un vivo pesar pintado en el rostro.

—Amigos, dijo: ha sucedido á Mauricio una gran desgracia; me ha escrito que vaya á verlo.

—¿Qué ha pasado?

—¿Qué hay? exclamaron todos á una voz, con tal curiosidad que les impidió ver la palidez de Amelia.

—Vengo de su casa y me ha contado que ayer noche, en la barrera del Infierno, en el momento de entrar en Paris, *lord Palmerston*, mi caballo inglés, se encabritó, se desbocó y echó á correr por medio del campo. Mauricio, á quien sabeis que un negocio importante traía á Paris, quiso saltar del *tilbury* y saltó en efecto, pero al caer se rompió una pierna.

Todos lanzaron un grito, excepto una sola persona... la que probablemente sufría mas.

—¿Qué desgracia!... exclamó todo el mundo, los mas por compasion: el banquero por satisfaccion. Así todo quedaba explicado para él y para los demás.

Mauricio peligrosamente herido, no podia haber ido á la casa de la calle de Labryere, núm. 33. El honor de su mujer quedaba á salvo... y el suyo tambien.

—¿Y ha sido Jhon, tu criado, quién le socorrió? preguntó Horacio.

—No tal: me ha dicho, que apenas vió saltar á Mauricio, arrastrado por su caballo, no pudo dominarle hasta dos leguas de aquel sitio, en medio del campo, donde fué detenido por un enorme monton de heno. Esta mañana me traído mi carruaje hecho pedazos. En esto no hay mas desgracia que la del pobre Mauricio, que quedó herido, á media noche, en medio del camino. Felizmente para él, pasó un fiacre vacío que lo recogió y lo llevó á su casa, de donde vengo de verlo. Ha sido curado por el doctor Julio C..., su amigo, que responde de todo. Podeis estar tranquilos. El mismo me ha dicho:

—Ve á casa de Havrecourt para tranquilizar... á nuestros amigos.

Alfredo había cumplido, sin saberlo él mismo, las intenciones de Mauricio, porque solamente Amelia, vuelta á la vida, había recobrado sus colores y comenzaba á respirar.

En cuanto al baron decia en voz baja:

—¿Mi estrella!... ¡es mi estrella!

Los jóvenes exclamaron:

—¡Vamos á ver á Mauricio!

Y corrieron á la casa de este.

Pero ya Mauricio no era el mismo: una sola noche habia obrado en él un cambio repentino, radical y completo.

XI.

El 4 de diciembre.

¡Era amado!

Habia recobrado el amor á la vida, al trabajo, á todos los sentimientos nobles y generosos.

¡Era amado! ¡Quería hacerse digno de la que amaba! Este era su solo objeto y su única recompensa. Ya se ha visto cómo habia renunciado al lujo, á los gastos locos é inútiles, á sus brillantes amigos de la *Chaussée-d'Autin*, para recobrar su toga de abogado y emprender de nuevo el camino del Palacio de Justicia.

Solo de cuando en cuando, y esto rara vez, iba á ver á su amigo Havrecourt, que casi siempre habia salido. Pero habia allí una persona que le acogia con la sonrisa en los labios, y Mauricio estaba contento. El dia en que ganó su primer pleito corrió á casa de Amelia. Esta le tendió la mano diciéndole:

—¡Animo!

Y Mauricio era feliz.

Atenaïs Tricot, casada con Mateo, se estableció cómodamente, gracias á los cuidados de Amelia, que teniendo una recaída, no la perdía de vista, y vigilaba siempre á su protegida. El dia de la boda, Mateo recibió como regalo de un amigo desconocido la suma de veinticinco mil francos. Amelia no quiso que Mauricio diese mas.

En cuanto al banquero, los golpes que habia llevado, y que en nada tenia para su salud, no le impidieron continuar su vida ordinaria. Burlándose de las predicciones de los médicos que le amenazaban de una apoplejia si no renunciaba al vino y á los amores, salia una noche de una comida en que se habia mantenido firme apostándolas á Horacio de Nanteuil.

Embriagado con sus proezas hizo que lo llevaran á casa de Fedora, con la cual habia vuelto á arreglarse.

Lo que pasó en aquella entrevista nadie lo sabe ni nunca se ha sabido á punto fijo: las diferentes versiones que han circulado sobre esto, recuerdan todas e las mas ó menos el accidente ocurrido á un famoso guerrero, á un mariscal de Francia, cuya vida fué gloriosa, y cuya muerte envidiaron muchos.

Lo que parece positivo es que Fedora, asustada, habia llamado á los criados del

baron; que estos trasportaron en el carruaje á su amo, ya sin sentido, á su casa; que se apresuraron á sangrarle; que solo recobró el conocimiento por algunos minutos, y que murió como habia vivido: espiró diciendo:

—¡La ópera... se va... y yo... tambien!

Algunos dias despues, Mauricio recibió una carta que contenia estas palabras:

«No vengais mas, esperad mis órdenes!

Y esperó no pensando mas que en sus trabajos, en sus clientes y en ella. ¡Esperó mas de un año!

Aquí, si tengo buena memoria, terminó Mauricio su narracion; narracion que yo me he esforzado, llamando en mi ayuda todos mis recuerdos, para daros completa, excepto el espíritu y la vivacidad del jóven, y sobre todo la pasion del amante.

Entonces, el doctor y yo, mirando alternativamente á Mauricio, y al salón dorado en que nos encontráramos en aquel momento, nos dijimos á la vez:

—¡Y bien?

—Y bien, replicó Mauricio, cuyos ojos brillaron con singular espresion de modestia y de felicidad... hace diez dias, diez solamente, que recibí por fin en mi buhardilla un billete en que estaba escrita esta palabra: *Venid*.

¡Juzgad si me haria esperar! Me dió órdenes sobre las cuales me encargó absoluto silencio, y como á todo cuanto me prescribia, obedeci.

Mas ayer me dijo: «Avisad á dos de vuestros mejores amigos;» y yo á mi vez os digo, continuó él estrechándonos las manos; venid, venid para ser testigos míos...

—¡Sus testigos! exclamó el doctor á quien la alegría volvia incrédulo y que temia engañarse en sus esperanzas. ¡Sus testigos! ¿y para qué?...

Sin contestarnos, Mauricio estendió el brazo hácia una puerta que acababa de abrirse; y cuanto habia sufrido en aquellos tres años, su fortuna perdida, su vida espuesta, su razon casi estraviada, todo quedó á nuestros ojos esplicado y justificado.

Vimos adelantarse, bella y graciosa la mas adorable de todas las casadas. Nos saludó y nos acogió como si fuéramos antiguos amigos suyos. Luego volviéndose á su prometido con una sonrisa de ángel, con esa sonrisa que parece venir del cielo:

—Venid, le dijo; todo está ya pronto.

Esperábamos su carruaje.... Llegamos en algunos minutos á la calle Grange Bateliere, á la alcaldia del segundo distrito, y un cuarto de hora despues nuestro jóven camarada barbista, el pobre abogado Mauricio, era dueño de una inmensa fortuna, y lo que es mejor todavia de una encantadora mujer.

—Y bien, le dijo el doctor; al fin ya eres feliz.

—¡Todavía no! respondió Mauricio á media voz lanzando un suspiro y mirando á su mujer.. pero dentro de dos dias á la iglesia. ¡Estaréis allí, no es verdad, amigos míos?

—Hoy exclamó el doctor, es 4 de diciembre, y tiene lugar la comida de Santa Bárbara!

Mauricio, despues de haber levantado los ojos hácia los de su mujer como para buscar en ellos su permiso, respondió apretándonos la mano á ambos:

—Iré.

—¿De qué te refieres? ¿Al doctor o al doctor?

—Sin contestar, el doctor respondió el día que había una guerra que acababa de...

—¿Qué contestación? ¿Al doctor o al doctor?

—¿Qué contestación? ¿Al doctor o al doctor?

—Y bien, le dije el doctor, si la...

—¿Y bien, le dije el doctor, si la...

—¿Y bien, le dije el doctor, si la...

—¿Y bien, le dije el doctor, si la...

—¿Y bien, le dije el doctor, si la...

—¿Y bien, le dije el doctor, si la...

—¿Y bien, le dije el doctor, si la...

—¿Y bien, le dije el doctor, si la...

—¿Y bien, le dije el doctor, si la...

—¿Y bien, le dije el doctor, si la...

—¿Y bien, le dije el doctor, si la...